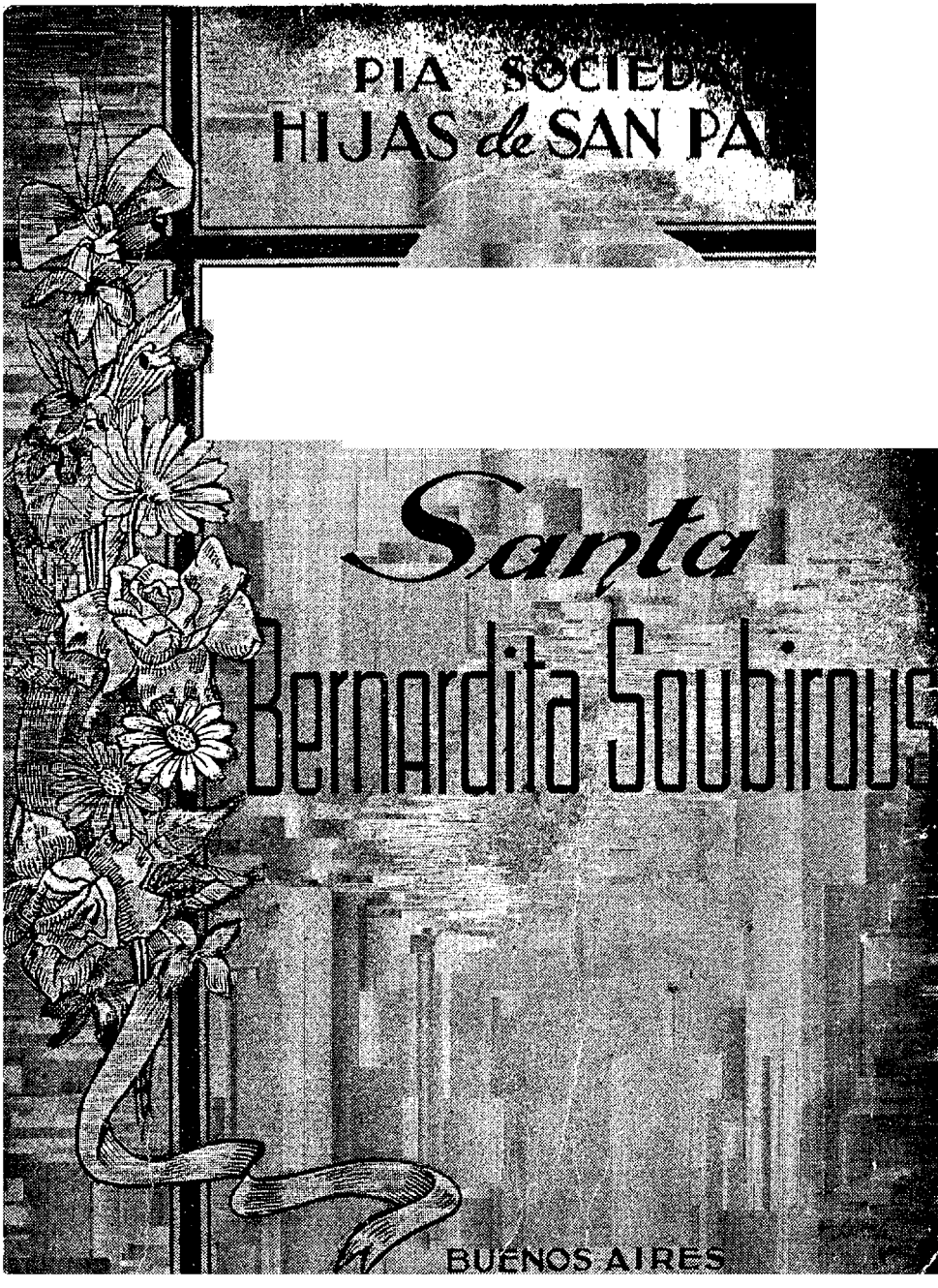
PIA SOCIED
HIJAS de SAN PA
Santa
Bernardita Soubirous
BUENOS AIRES

ABAD BLAZY

Santa Bernardita Soubirous

1940
HIJAS DE SAN PABLO
para el Apostolado - Prensa
Nazca 4249 — U. T. 50 - 2926 — BUENOS AIRES

Buenos Aires, Octubre 30 de 1940.

Nihil obstat.

Mariano Nuñez Mendoza
Asesor y Censor

Puede imprimirse.
Monseñor Antonio Rocca.

CARTA

de S. E. Monseñor de Carsalade du Pont Obispo de Perpignano al autor.

Querido Señor Cura:

Monseñor Patau, examinó vuestro libro sobre "Bernardita Soubirous" y me ha hecho el mayor elogio. Conociéndolo como juez autorizado, os envía a mi vez mis más vivas y sinceras congratulaciones. Me prometo el mayor placer al leer vuestro libro.

Reciba, estimado señor Cura, la seguridad de mis sentimientos afectuosos y devotos en X.to.

† **Julio**
Obispo de Perpignano

PREFACIO

Querido Señor Cura:

He leído con el mayor interés vuestra **"Vida de Santa Bernardita Soubirous"**. En las narraciones de Lourdes, como en las evangélicas, las palabras del Cielo se confunden a veces con las humanas.

Ahora, lo que fuera de la inspiración divina confiere al texto evangélico toda la belleza que encanta y subyuga es, según el juicio de muchos, la ocultación de los autores para poner a plena luz al Divino Maestro y los diversos personajes que gravitan en torno de El: ellos nos traen los hechos, las palabras y los gestos y por excepción interrumpen la narración con recuerdos personales.

Dios me guarde de hacer, aunque sea un ligero parangón entre estos libros divinos y nuestra pobre producción humana: Vos seríais el primero en sentiros ofendido.

Pero sin vuestra deliberada voluntad y tal vez sin advertirlo, sólo por que el asunto mismo os lleva a eso, habeis imitado en el relato de los hechos, el de los evangélicos.

El lector os agradecerá de haberos limitado a narrar hechos y traer palabras con tal sobriedad y sencillez, que no excluyen elegancia y distinción.

Considero la obra agradable y edificante; formulo votos para que tenga la acogida que merece y produzca todo el bien que teneis el derecho de obtener de ella.

Estimado Señor Cura, con mis congratulaciones, la expresión de mis sentimientos afectuosos y devotos en N. S.

† Pedro Patau

Obispo auxiliar de Perpignano

PRIMERA PARTE

LA PASTORCITA

La pastorcita

En el límite de un valle largo de los Pirineos, frente a un gran cúmulo de colinas y montañas, una inmensa y pelada roca que sostiene una vieja fortaleza, triste y silenciosa casi en ruinas, a la sombra de esta roca hacia el Sur un grupo de casitas blancas techadas con pizarras, habitadas por picapedreros muy ligados a su tradición; hacia el Norte el Gave, feroz, formado por la contribución de los torrentes Marboré y Vignamale, impetuoso primero contra una barrera de piedras que se oponen al paso, después furio-

so contra la roca triste y negra y por fin súbitamente calmo vagante tranquilo entre los prados verdes, los olmos y los álamos: así aparecía hacia la mitad del siglo XIX la pequeña aldea de Lourdes. La antigua fortaleza que había dado hospitalidad a las fortunas belicosas de un Craso en la época de la ocupación romana, de un Abderamo en la época de la invasión sarracena, de un príncipe Nero y de un Duguesclin durante la guerra de cien años, no era, en el tiempo de nuestro relato, más que un lugar de descanso y de encuentro de las numerosas diligencias con bañistas y turistas, que iban y venían de Cauterets, Baréges, Saint-Sauveur o de Cirque de Gavarnie.

En las proximidades de esta humilde aldea, no lejos del Gave en el que va a echarse el arroyuelo, La Pace, hacía girar las ruedas de seis molinos que como medrosos, adosados unos sobre otros, escondían la pobreza de su estructura rudimentaria. Uno de estos molinos el de Boly (1) dirigido por Justino Castérot el que al morir en 1841 dejaba a la viuda y cuatro hijos: Bernarda, Luisa, Basilia, Lucía y un hijo más chico Juan María.

---

(1) Llevaba el nombre de su antiguo propietario, médico antes de la Revolución.

Bernarda, casada, no vivía ya en la casa paterna.

Era necesario un hombre práctico en el trabajo de la molienda, lo más pronto posible, para proveer al sostenimiento de la familia. Luisa la segunda aceptó la mano de un joven molinero llamado Francisco Soubirous casi tan pobre como ella, pero honesto y religioso.

Luisa no tenía más que 17 años y Francisco 35. Poco importaba la diferencia de edad: se amaban, tenían las mismas ideas y sentimientos, igual fe en el porvenir.

El matrimonio fué celebrado el 19 de noviembre de 1842 y el 7 de enero de 1844 nacía la primera hija. Dos días después llevada a la fuente bautismal de la parroquia, recibía el nombre de María Bernarda, que enseguida la ternura materna lo modificaba en Bernardita.

Pequeño, inadvertido suceso para el mundo que ni el diario más noticioso se le hubiera ocurrido publicar.

Y sin embargo en esos mismos días en los que el eco de las proféticas palabras anunciantes de la Epifanía del Señor llegaban hasta los límites de la Cristiandad, en esos mismos días, la hijita de los Soubirous anunciaba al mundo un nuevo gesto de Dios: la

Epifanía de su Madre Inmaculada, y la niña iniciaba aquella ininterrumpida procesión del género humano hacia este rinconcito de la tierra.

La niña tenía ya cuatro o cinco meses.

Una noche, la madre, cansada por las fatigas del día, fué a sentarse cerca del fogón y se durmió. Un pedazo de madera resinosa que como antorcha ardía apoyada del muro, cae, sobre sus vestidos que son presa de las llamas. Por las graves quemaduras que sufrió en el pecho no pudo seguir criando a su hija y necesitó recurrir a otra ama. Al saber la desgracia acaecida a la pobre madre, una clienta del molino María Aravant de Lagues que esos días había perdido un chico de la misma edad de Bernardita, partió sin dilación de Bartrés, villa poco distante de Lourdes para ir a ofrecer sus servicios.

Luisa le confió su nena y enseguida la buena mujer le tomó tanto cariño, como si hubiera sido la madre.

La niña vivió en Bartrés poco más de dos años y después fué devuelta a la casa paterna.

La viuda de Casterot murió en 1845. Sus hijos, se casaron uno después de otro en el transcurso de pocos meses, aumentando así la carga de la familia.

La cuna de Bernardita no quedaba vacía nunca, todos los años acogía un nuevo huespedito. Eran muchas las bocas para mantener, pero Francisco, ya porque el arroyuelo que movía las ruedas del molino estaba casi seco y lo obligaba a descanso forzoso; ya por un poco de indolencia, no alcanzaba siempre a entregar a tiempo la harina a sus clientes.

Era además de un carácter tan simple y bonachón que no se atrevía a exigir de sus deudores el pago del trabajo hecho. Luisa, por su parte, no sabía reaccionar: laboriosa buena esposa y buena madre, tenía tan gran afecto a su marido que no sabía, ni se atrevía de hacerle la menor observación o, el menor reproche por sus negligencias y míseras ganancias.

Poco se cuidaba de mantener el equilibrio entre las entradas y los gastos; le bastaba tener todo el día la mesa puesta con pan, vino y queso a la disposición de las mujeres que iban a llevar al molino el grano y maíz.

A este paso, poco a poco, se hizo sentir la miseria, luego aumentó. Cuando los Soubirous advirtieron, era muy tarde, debieron dejar el molino. Era el año 1854. Comienzan las dolorosas peregrinaciones. Para dar un asilo provisorio a la familia, alquilaron una

habitación en la casa de Laborde y allí nace el 28 de febrero el sexto hijo Justino ([1]).

Poco tiempo después alquilaron el molino Bauléan, de apariencia tan triste que en lugar de atraer a la clientela la alejaba y al cabo de dos años debieron dejarlo, no alcanzando a pagar el reducido alquiler. Se trasladaron a Arcizac-ez-Angles ([2]) para arrendar el molino de Escoubes, donde ni pudieron terminar el año. Volvieron a Lourdes y se alojaron cerca del Sr. Soubies apodado Pelat, en la calle Bourg. Marido y mujer fueron al campo, ofreciéndose a trabajar por día, donde los necesitaban; pero llegado el invierno, nadie los empleó. Para colmo, ese año debieron dejar el alojamiento, pagándolo con un armario, último mueble de algún valor que aún poseían.

Como los restos de un naufragio son arro-

---

(1) Eran ocho hijos entre varones y mujeres: 1º María Bernarda (Bernardita), nacida el 7 de enero de 1844, fallecida el 16 de abril de 1879; 2º Juan, nacido el 13 de febrero de 1845, muerto el 10 de abril de 1845; 3º María Antonieta (19 septiembre 1846 - 13 octubre 1892); 4º Juan María, nacido el 10 de diciembre de 1848, fallecido el 4 de enero de 1851; 5º Juan María, nacido el 13 de mayo de 1851; 6º Justino, nacido el 28 de febrero de 1855, muerto el 1º de febrero de 1865; 7º Bernardo Pedro, nacido el 15 de diciembre de 1859; 8º Juan, nacido el 4 de febrero de 1864, muerto el 11 de septiembre del mismo año.

(2) A cinco kilómetros hacia el sud de Lourdes, en la calle Bagnère de Bigorre.

jados por el mar de un lado a otro, los traga, se cierra sobre ellos, así la miseria se echa sobre dos infelices en toda su desolación y crudeza después de haberlos arrojado de acá para allá, en busca de ayuda. Un primo de Luisa, Andrés Sajous, por compasión, los hospedó gratuitamente en un aposento de la calle de Petits Fossés, una antigua celda de la prisión de Lourdes y llevaba aun ese nombre.

Triste albergue! negros y sucios los muros, negro el cielorraso, negra y húmeda la tierra que asomaba entre las piedras mal unidas del pavimento roto.

Frente a la puerta, la camita, a la derecha apenas el lugar para dos camas, a izquierda una sola ventana por la cual pasaba una luz crepuscular. El rayo de sol no podía entrar vivo y caliente en el chiribitil, porque a dos o tres pasos se erguía alto y mohoso el muro de un viejo granero. Y sin embargo la familia sin techo, se consideraba feliz al haber hallado asilo en un lugar tan tétrico y de tan triste fama. El alma de Bernardita se iba a abrir a otro sol, a un sol grandemente refulgente.

La niña crecía pero con dificultades!; de complexión sanguínea pero débil, muy serena. Ya en el molino de Boly había sufrido un

asma tenaz y ahora cuando el mal la atacaba se sentía sofocar y hasta desfallecer.

La humedad de la nueva habitación y más aun la insuficiencia de la nutrición, favorecían el desarrollo de la enfermedad. Padre y madre se esmeraban en modificar la comida cotidiana que casi siempre consistía en polenta sola y cuando el bolsillo lo permitía compraban para Bernardita un poco de pan blanco, un poco de vino y azúcar para endulzarlo.

Pero los hermanos y hermanas de Bernardita estaban celosos por estas diferencias y en ausencia de los padres, amenazaban con los puños a su hermana.

Bernardita, toda bondad, se dejaba sacar eso tan útil a su salud, no se quejaba ni dejaba traslucir nada para no dar disgusto a sus padres.

¿Cómo tan chica aceptaba y soportaba sacrificios que otras niñas de sus edad generalmente rechazan y cuando lo aceptan lo hacen imponiendo condiciones?

Sobre las rodillas de la madre antes del desenvolvimiento del sentido de personalidad había aprendido que todo el amor de las mamás por más intenso que sea no es más que una chispita del amor infinito de Dios.

Esta gran máxima aprendida tan dulce-

mente, día a día se le imprimió en lo más profundo del corazón.

A los seis o siete años, ya sentía el gusto de la realidad espiritual; ya algo se agitaba en lo intimo de su vida interior, ya sabía lo más grande de las cosas, sabía amar.

Se esforzaba en ser ayuda de su mamá en los quehaceres domésticos, divertía a sus hermanos, jugaba con ellos, los reprendía dulcemente si alguna vez dejaban escapar alguna palabra fea. No siempre era bien recibida la reprimenda y entonces un coro de gritos y burlas se levantaba en señal de protesta; pero Bernardita, luego de haber derramado en un rincón algunas lágrimas, volvía sonriente al juego olvidando todas las injurias.

No se ruborizaba de su posición humilde. ¡Cuántas veces dice su compañera Juana Abadie la vimos comer su pobre plato de sopa sentada frente a la ventana de la prisión! Siempre estaba sonriente.

¿Podía ser su condición más humilde? El corazón se oprime ante la angustia de este padre y esta madre que trabajando por día y según la demanda, no tienen siempre el pan para dar a sus hijos, pero se siente destrozado ante la peor de las desventuras que está por caer sobre ellos. Un día el antiguo molinero acusado de haber robado una bolsa

de harina, fué puesto preso. Su inocencia fué reconocida pronto y puesto en libertad; pero la gente desconfiaba de él, porque la prisión es siempre la prisión.

He ahí un espectáculo digno de la admiración de los ángeles: la calumnia hace estragos todos los días en el honor de esta familia indefensa; pero las pobres víctimas encuentran en la religión esa paz y tranquilidad que les sostiene y hace impasibles.

Entre Francisco y Luisa, asegura Andrés Sajous que habitaba el piso superior de la misma casa — no había nunca disputa. Nunca oí que uno dijera una palabra ofensiva al otro, ni los hijos contra los padres. Luisa y los chicos no pedían nada a nadie, no se quejaban y hubieran preferido morir antes que recurrir a otro en demanda de ayuda. Cuantas veces vi a Bernardita, Antonieta, Juan y María y el pequeño Justino, saltar y reir contentos como pascuas con el estómago vacío!

Terminada la flaca e insuficiente cena, la pobre familia se recogía y de rodillas rezaba. Caía la noche cargada de todos los tristes sufrimientos, pero para sus almas no era sino una alegre aurora.

Estaban despojados de todo; pero la fe, los había colmado de resignación y serenidad.

El ama de leche no había olvidado a su Bernardita. Iba a Lourdes todos los días de mercado y le llevaba ya fruta, ya bollos que ella misma hacía.

La había llevado a su casa al principio, para ciertas fiestas; pero más tarde, cuando vió que Bernardita podía ayudarla, la tenía consigo toda la estación, para confiarle el cuidado de las ovejas, mientras el pastor cosechaba y segaba el heno. En cuanto terminaban estos trabajos la devolvía a sus padres. Así, exceptuando el invierno de 1855 que fué muy riguroso y que pasó en la casa de la tía y madrina, Bernarda vivía ya en Bartrés, ya con sus padres.

En junio de 1857 María Aravant fué como de costumbre a buscar a Bernardita. Los Soubirous sabían que la chica solo cambiaban de familia y así tendrían una boca menos que mantener y la cosa tenía su importancia. ¡Con agrado accedieron a que Bernardita tuviera de nuevo el gobierno de las ovejas.

He ahí a la pastorcilla que de mañana bien temprano, con cualquier tiempo, con su cesta en el brazo sale de la casa de Lagues, al fondo de la villa para trasladarse al establo de los pastores, en lo alto, vecino al campo de pastoreo bajo los grandes castaños. Va vestida con ropa gruesa, basta y toda remenda-

da; viejo pañuelo desteñido anudado sobre la oreja a la "bigourdanne", le esconde los cabellos y deja ver su cara redondita. Ya está fuera del pueblito, toma un camino que serpentea entre dos barrancas altas. Despacio sube la pequeña, cada tanto se detiene, pues le falta la respiración, está muy fatigada. Llega por fin al redil, abre de par en par la puerta, y los carneros que ya están en el umbral esperando, olfateando la hierba fresca con la brisa matutina, salen en tropel cubriendo de blanco el prado verde. No llega hasta allí más que el chirrido de alguna piedra de afilar sobre la guadaña o la voz de algún campesino gritando a los animales.

Iguales y tranquilos transcurrían sus días, como lo era el espectáculo que todo los días se ofrecía a sus ojos. Allá abajo las negras chozas ensombrecidas por la nube vagante de algún camino, los setos, los prados, los campos de centeno, acariciados por el viento, la sombra y el sol; las colinas de contornos cada vez más barrosos, confundiéndose con el azul del cielo y más allá, lejos, el candor de las nieves eternas sobre las montañas gigantescas.

Este espectáculo diario, tan familiar, dejaba insensible la débil imaginación de niña y buena montañesa; para ella los prados y los

campos eran cosas que sirven; el sol algo que calienta; las montañas lugares peligrosos para los que se aventuran sobre ellos. ¡Oh! de buena gana daba ella todo ese panorama por las flores que arrancaba a sus carneros para tejer guirnaldas a María. Iba a depositarlas sobre el montón de piedras que mejor representábale un altar y era así, feliz. Aún no conocía bien a Aquella, que era fiesta de su corazón, pero ya la amaba con toda el alma y le ofrecía margaritas, ranúnculos, claveles silvestres y todas esas flores que el mundo desprecia y no recoge para sus fiestas. "El buen Dios que las ha sembrado, no las desdeña, pensaba, y no por ser despreciadas por el mundo les niega El el rocío refrescante y el rayo de sol para darles color".

¡Oh! también cambiaría el panorama por su perro, el fiel Pigou o a cambio de su corderito más pequeño. "A veces, el corderito, derribaba la capilla que yo había levantado a la Virgen; pero yo lo perdonaba y en lugar de castigarlo, le daba pan y sal a la que era muy afecto".

¿Por qué este corderito era vuestro preferido?

Porque era el más chiquito y yo quiero todo lo pequeño.

Escuchémosla otra vez; un alma se revela por las palabras: "Un día mi padre vino a buscarme mientras cuidaba mis corderos y al notarme triste me preguntó la causa de mi tristeza, y yo díjele: "mira mis carneros, algunos tienen el lomo verde!".

"El me contesta sonriendo": "¿Sabes por qué? Porque la hierba que comieron subióselo al lomo y pueden morir. ¡Al oír esto yo eché a llorar a mares, por lo que papá, para consolarme, me explicó que ese color se lo habían dado los comerciantes que los habían vendido". "Todos se asombraban de mi ingenuidad; pero como no sabía mentir yo creía todo lo que me decían".

En estos pasajes había revelado su fisonomía interna: candor, sencillez, conformidad con su estado.

Las mujeres que la encontraban por la calle, mientras iba a sus quehaceres, se sentían atraidas por el mirar dulce y sereno de esos ojos negros que parecían una caricia; la detenían y dejaban caer en su cestita algún pedazo de pan blanco o carne. La chica agradecía sonriente y decía "comeré primero mi pan y luego el suyo que es más blanco. En fin era una niña sobre la cual la gente dirigía con agrado una mirada y nada más; una chica agradable a primera vista.

¿Qué hacía ella para ser considerada predilecta o distinta de las otras? Lo que hacían todas las otras pastorcillas buenas y pías, vigilar el redil, hacer medias, recoger flores, y de tanto en tanto a impulsos de su naturaleza jovial, dar algunos saltos con sus cabritos, cuando el asma se lo permitía.

Lo único que podemos decir, notable en ella es, que casi a los catorce años no sabía leer ni escribir, ni hablar francés, y la única plegaria que decía era el Rosario... y todavía saltaba las primeras palabras del comienzo, pues no las sabía bien.

Es cierto que no era culpable de su ignorancia. Sus padres no habían podido mandarla a la escuela o al catecismo y cuando María Aravant en Bartrés, satisfaciendo el deseo de la niña, consintió que fuera tres veces por semana al catecismo del Cura con sus compañeras, reputaba más conveniente emplearla el resto del tiempo en el cuidado de los corderos. A la noche cuando volvía de hacer pastar sus ovejas trataba de enseñarle al pie de la letra el catecismo en francés, palabra por palabra, en un rincón de la cocina. Pero la pastorcilla, fácilmente olvidaba vocablos de una lengua que no conocía, y entonces su maestra que no tenía ni paciencia ni otras cualidades para la enseñanza, se eno-

jaba y tirando el libro "Anda, no serás más que una necia y una ignorante" gritaba. La chica entonces echaba a llorar sentida de haber disgustado a su nodriza y después de algunos instantes le saltaba al cuello y besándola le decía sollozando: "Es cierto que no se nada, pero... sé recitar mi Rosario y amar al buen Dios con todo el corazón".

Su existencia —ya lo dijimos— era ignorada en el mundo. El mundo desprecia lo que él llama las pequeñas virtudes para admirar y aplaudir gloria clamorosa que se exalta a sí misma, se impone y deslumbra.

Y. **"La vie humble aux travaux ennuyeux et faciles. Est une oeuvre de choix qui veut beaucoup d'amour"** (1).

Y nuestra pobre pastorcilla debió dar prueba, durante el curso de estos años de una fuerza de carácter tal, que no se explica sino por su gran sencillez y humildad de corazón. Virtudes de valor inestimable porque viven y resplandecen sin necesitar de la grandeza, mientras ésta, para ser verdadera y refulgente precisa de aquellas.

La humildad de corazón es la base de todas las virtudes, la sencillez es la gracia, el coronamiento y la perfección. Un alma como

---

(1) Verlaine.

la de Bernardita que va derecho a Dios y hacia este único centro dirige exclusivamente todos sus afectos, un alma tan sencilla y humilde, es un reflejo de la sencillez de Dios mismo. Aunque obscura y humilde la vida de nuestra pastorcilla no podía escapar a la admiración de los hombres. Bernardita es flor fragante de perfume divino, decía el Cura de Bartrés al maestro del pueblo. Le aseguro que muchas veces al mirarla, pensé en los chicos de Salette. Si la Virgen se les apareció a Maximino y Melania, debieron ser buenos, simples y píos como Bernardita.

En dos ocasiones, según algunos habitantes de Bartrés, Dios mismo quiso confirmar el juicio del Abad Ader.

Un día que se desencadenó un violento huracán, nuestra pastorcita se apuraba a conducir a casa a sus carneros, pero era necesario pasar un arroyuelo. A la mañana lo había atravesado sin dificultad; pero en este momento estaba tan crecido que se desbordaba. Ella invocó a Dios y enseguida las aguas se abrieron y los carneros pasaron.

Otra vez soplaba el viento violentamente y la lluvia era copiosa, tuvo que detenerse en la calle frente a la casa Vignes.

Deja allí las ovejas —exclamó desde la ventana la señora Vignes— te mojas inútil-

mente; entra pronto, ven a secarte la ropa y zapatos. La chica entró.

¡Qué raro! dijo extrañada la mujer, el agua cae a cántaros y tú tienes la ropa seca!

—Yo no sé; ni una gota cayó sobre mí, era el viento el que me hacía sufrir.

* * *

En noviembre de 1857 el buen Abad Ader dejaba a sus feligreses para ir a retirarse a un convento de Benedictinos y la parroquia corría riesgo de quedar sin párroco.

Bernardita —ella misma lo decía más tarde— hizo advertir a sus padres que "quería volver a Lourdes para hacer su Primera Comunión". Los padres la hicieron volver a mediados de enero siguiente. Ella fué al catecismo, asidua y no llamó la atención del vicario el Abad Pomian sino por esto: que era la mayor de todas y la más ignorante (1).

* * *

Dios que hace con nada muchas cosas, o

(1) Algún tiempo después cuando quiso saber quien era la vidente, entre las chicas del catecismo, debió hacerla salir del banco.

mejor que saca todo de la nada, cuando quiere dar prueba de su omnipotencia, ya sea en el mundo espiritual o en el otro, no mira las excelsas vetas donde tienen su sede la potencia, la riqueza, el genio o la santidad misma.

Bajó su mirada y fijóla en una humilde niña, de gran corazón, porque estaba hecho de sencillez, y la exaltó. Et exaltavit humiles.

SEGUNDA PARTE

EN LA INTIMIDAD de la MADRE de DIOS

CAPITULO I

Durante las apariciones

Jueves, 11 de febrero 1858

Once de febrero de 1858, Lourdes y sus contornos estaban soñolientos bajo un cielo gris y triste. Un frío intenso, punzante entraba por las fisuras de la ventana de la celda.

En un rincón de ella, Francisco Soubirous yacía en cama enfermo; la lumbre se había apagado, no había leña, Bernardita y su hermana María Antonieta decidieron ir a recogerla a orillas del río, o en la propiedad comunal.

Demasiado mal tiempo, observó la mamá, para tí Bernardita que tienes tos, podrías

enfermarte. Oh! yo salía en Bartrés aún con tiempo así, responde dulcemente la niña. En ese momento entra una jovencita de 15 años más o menos, llamada Juana Abadie, trayendo de la mano a un hermanito. Cuando oyó de qué se trataba. —Oh! yo voy también gritó saltando de alegría y golpeando las manos. Sí, sí déjelas ir. Y sin más, lista como una ardilla, desapareció para llevar a su casa al niño. Enseguida estuvo de vuelta, diciendo que sus padres le habían dado permiso para ir al bosque. Las chicas tanto suplicaron y rogaron que la madre al fin consintió, con la condición de que Bernardita se cubriera con su capuchón de lana blanca, un pobre capuchón descolorido y deshilachado comprado en la plaza de la iglesia.

Helas ahí en camino, con un canastillo para los huesos que allí tal vez encontrasen. Los llevaremos a casa de Barón, sacaremos por ellos algún dinero y compraremos sardinas. Oh! qué fiesta ese día!

El tiempo se mantenía gris, caía una llovizna fina que helaba.

Las tres chicas estaban demasiado ocupadas, en buscar ramas secas y huesos, para advertir la garúa y el frío. Ya habían pasado la calle que corre a lo largo del cementerio y donde generalmente encontrábase

leña. Continuaron, descendieron por la costa que conduce al Ponte Vecchio sobre el Gave y haciendo alto quisieron convenir hacia donde irían, si hacia el curso superior del río o siguiendo la corriente. Encontraron a una vieijta, Pascualina Lavit, única que aún llevaba "la corneta blanca a la antigua", la que le aconsejó ascender el curso del Gave. Un poco más lejos se encontraron con una pariente, María Samaran, apodada "la Piguno". Tiita ¿dónde encontraremos leña seca? Vayan al prado del señor de La Fitte, que hizo cortar árboles y seguramente allí encontrarán ramas secas.

Brincando, bien pronto llegaron a la bajada que hoy conduce a la Basílica, atravesaron el canal de Savy por un puente de madera que no estaba lejos del molino del mismo nombre y entraron en el prado. De repente, la primogénita de Soubirous se detuvo, un escrúpulo la asaltaba: ¿si la tomaban por ladrona? Y pronto le ocurre una idea infantil. Oigan! si fuéramos a ver donde termina el canal?... Dicho y hecho: se encaminaron por la orilla del arroyo. Aquí el prado iba poco a poco estrechándose y venía a terminar casi en punta: después las chicas no pudieron avanzar más. Se encuentran sobre un banco de arena y piedras en

el lugar donde el canal se echa en el Gave. Allí a su frente, al pié de una roca quebrada y casi a pico se abría una cavidad poco profunda entre los arbustos y la hiedra que aparecía como media cúpula irregular y sobre ella a la derecha, una entrada formaba un camino inclinado que llevaba a una abertura ojival por la que penetraba la luz.

Las chicas miraron con curiosidad. Qué suerte! en la gruta había ramas secas que el Gave había dejado en la última creciente y también había huesos; además estando en reparación el molino de Savy, las compuertas del canal estaban cerradas y no dejaban pasar más que un hilito de agua; podrían atravesarlo sin dificultad.

Juana y María Antonieta no pensaron mucho, como no tenían medias entraron en la escasa corriente con los zuecos en la mano. ¡Qué fría está el agua! gritaron. Allí el agua era más profunda de lo que parecía y subieron más el vestido para no mojarlo. Bernardita, escandalizada, gritó a la hermana. —¡Qué haces María, deja más bien que se te moje la pollera.

La hermana obedeció y con la compañera entraron en la gruta donde se acurrucaron para calentarse los pies.

Bernardita indecisa no sabía que hacer;

temía que el agua fría la enfermara. Llamó a su hermana y a Juana para que la ayudaran a tirar piedras en el canal de modo de poder pasarlo sin mojarse los pies.

Haz como nosotros le respondieron las dos. Pero María Antonieta tuvo compasión de su hermana tan delicada por su mal y se ofreció para llevarla cargada. No, gracias, dice Bernardita, eres muy chica y caeremos las dos al agua... pero si Juana quisiera... Esta era más alta y más robusta, pero aun ofendida por lo de las polleras le dijo: No eres más que una llorona y una cargosa. Si no quieres pasar, quédate.

Ola! responde Bernardita seriamente, si quieres pelear anda a otra parte y no aquí...

¿Y por qué no aquí como en cualquier parte?

Vamos está muy mal y harías mejor en rogar al buen Dios.

Juana de despecho, como confesó más tarde, recoge los huesos y las ramas y arrastra consigo a María Antonieta a lo largo de la orilla del Gave. Ya estaban lejos...

Cansada de esperar, Bernardita, probó de tirar grandes piedras en el canal, pero el agua muy profunda, pasaba sobre ellas.

Fué a mirar más lejos si la corriente se estrechaba. En vano. Retornó a la gruta de-

cidida a pasar también ella, el arroyo descalza. Era medio día.

De todos los campanarios de los Pirineos, con voces potentes y joviales, ya misteriosa y profunda, ya sonora y argentina, retumbando de barranco en barranco, el Angelus, cantaba que un día el Omnipotente había mandado su Arcángel a una humilde Virgen de Nazareth a anunciarle que había sido ella, la elegida entre todas.

Pero dejemos aquí la pluma a la misma Bernardita: en sus apuntes íntimos, una sencillez deliciosa y natural brilla sobre cada palabra como la gota de rocío sobre la hoja de la hierba.

"Me había sacado solo una media, cuando oí un rumor como una ráfaga de viento. Miré hacia el prado y noté que las hojas de los árboles no estaban agitadas. Continué descalzándome y de nuevo el mismo rumor, levanté la cabeza hacia la gruta y vi una Señora vestida de blanco. Ante esa visión me sobresalté y creyendo soñar me froté los ojos. Pero yo veía siempre a la Señora. Entonces saqué del bolsillo el rosario e intenté hacer la señal de la Cruz; pero mi mano no pudo llegar hasta la frente. Aumentaba mi sorpresa y temor. La Señora tomó el rosario que tenía en las manos e

hizo la señal de la Cruz. Traté de hacer lo mismo y esta vez lo conseguí. Sentí enseguida desvanecer esa turbación que me había invadido, me arrodillé y recé el Rosario frente a la Señora bella. Cuando hube terminado, me hizo señal que me aproximara, pero yo no osé y Ella desapareció".

A sus amigos Estrade, ella dijo muchas veces: "Mirando hacia la gruta yo ví en una abertura de la roca, que un rosal silvestre, uno solo, se agitaba, como sacudido por un gran viento. Casi al mismo tiempo salió del interior una nubecita dorada y poco después apareció una Señora joven y bella, de una belleza como yo jamás ví igual. Se detuvo en la abertura, sobre el rosal, me miró, me sonrió, me hizo señal que me acercara, como si hubiera sido mi madre. La Señora estaba allí sonriéndome y haciéndome entender que yo no me engañaba. Me dejó rezar sola mientras los dedos hacían pasar una por una, las cuentas del rosario y sus labios quedaban unidos; solo al fin de cada decena su voz se unía a la mía para decir: "*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*" (1).

No era pues un fantasma vaporoso e indefinido lo que Bernardita veía: era un ser

(1) La Virgen no podía evidentemente saludarse a sí misma, ni pedir perdón o fuerza en las tentaciones.

viviente que cambiaba de posición, se inclinaba, saludaba y hacía la señal de la Cruz. Era una señorita, es decir una señora muy joven era una "Madam" o una "Madamizelo", no más grande que yo, decía Bernardita la que como sabemos era baja para su edad. Usaba un vestido blanco, largo hasta los pies, de los que solo dejaba ver las puntas; tenía en el cuello un cinta blanca que caía hasta el pecho. Su cabeza cubierta por un velo blanco que cubría también espalda y brazos y llegaba al ruedo del vestido. Sobre cada pié una rosa amarilla refulgente como el oro, parecían pegadas al ruedo. El cinturón azul largo como tres veces mi mano, que después del nudo caía hasta debajo la rodilla. La cadena del rosario amarillas como las rosas, las cuentas blancas grandes y muy distanciadas. La "muchacha" era muy jovencita, viva, circundada de luz".

Desaparecida la visión, la chica se halló de rodillas sobre las piedras, vecinas al lugar donde moría el arroyuelo. Miró aún pero el encanto había desaparecido, vacía la ojiva y la roca fría y muda. Fué presa de una gran tristeza, hubiera querido seguir viendo y quedarse allí para siempre. Juana y María Antonia estaban de vuelta, cada una con un hacecillo de leña.

Mira —dice María— Bernarda reza.

Oh, loca —dice Juana— que linda idea, venir hasta aquí a rezar. ¿No basta rezar en la iglesia? Dejémosla esta no sabe hacer otra cosa más que rezar. Diciendo así la hermana le tira dos piedritas. Bernarda no se mueve, sus ojos están dirigidos al nicho.

María Antonia grita entonces —Bernarda está muerta! Pero no, no está muerta, si lo estuviera habría caído al suelo dice Juana.

Bernardita al final se levantó.

Oh! animal! —gritó la hermana ir a rezar sobre las piedras. Santurrona e inútil —añade Juana. ¿Quieres o no venir con nosotros?

Las oraciones responde dulcemente la pastorcita, están bien donde se hagan.

Sin prestar atención a lo que hubiera podido añadir, Juana y María Antonieta para sacarse el frío, se pusieron a correr y saltar frente de la gruta; Bernardita se sacó la otra media y entró en el arroyo.

—Que mentirosas! —exclamó— por qué gritaron si el agua del canal no estaba fría como me dijeron, está caliente como la de lavar los platos.

Bueno está! —responde María Antonieta — no viste que nuestros pies estaban hinchados y amoratados? Y las dos, Juana y

María Antonieta se agachan para tocar los pies de Bernardita. Estaban calientes.

Bien afortunada de sentir caliente esa agua, nosotros la hemos encontrado muy diferente.

Bernardita se calzó y hechos tres hacecillos de ramas recogidas tomó el suyo y comenzaron la vuelta.

Subieron la ruda pendiente de Massabielle y encontraron el sendero del bosque.

En el camino —dice— pregunté a mis compañeras si habían visto algo.

"No" —responden — ¿Y tú?

—Oh! no si Vds. no vieron nada, yo tampoco.

Yo quería estar callada y no contar nada, pero ellas insistieron tanto que me decidí a contarles con la condición de no decir a nadie. Me prometieron guardar el secreto; pero en cuanto llegaron a la casa se apuraron a revelar todo.

Aquí termina la narración de la primera aparición tal como la describió más tarde Bernardita.

Por María Antonia sabemos lo que ocurre la tarde de ese día.

Llegadas a casa tiramos los haces junto a la ventana y después de haber comido, mi

madre me llamó cerca de la ventana para peinarme.

Me quemaba la lengua, hubiera querido detallar todo enseguida pero mamá al oirme suspirar una y otra vez y decir "mah" y después "¡hum!" —¿Qué quiere decir esto? ¿qué tienes? me preguntó. Entonces todo de un golpe dije lo que había oído a Bernardita. "¡Ay pobre de mi!" gritó mi madre turbada y pesarosa. ¿Qué diablos me cuentas? y llamó a Bernardita quién repitió la narración. Se enojó mucho y dijo a Bernardita: "Son tus ojos los que te han engañado! será alguna piedra blanca que tú habrás visto". "No —respondió Bernardita— Ella tiene un rostro bellísimo". Es necesario rogar a Dios — agrega mi madre. Puede ser que sea el alma de alguno de nuestros parientes que está en el purgatorio. Mientras tanto prohibió severamente volver a la gruta.

Mi padre estaba en cama, enfermo; se enojó el también y creyendo que hubiera algo grave dijo a Bernardita: Lindo! tu también quieres empezar a hacer tus truhanerías? (1).

La buena chica se turbó. Por todo el oro del mundo no hubiera querido disgustar a

(1) Información: Antonieta Soubirous.

sus padres, ni desobedecerlos. Esa noche en el momento de la oración, rompe en sollozos.

¿Qué tienes? pregunta la mamá ansiosa.

—"Nada, siento necesidad de llorar".

Cuando se tranquilizó un poco por delicadeza y escrúpulo de conciencia, quiso que se comenzase de nuevo la plegaria.

Fué a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Volvía siempre a mi memoria la imagen de aquella Señora tan bella y gentil, y las palabras de mamá no lograron convencerme que yo me hubiera engañado".

* * *

En tal circunstancia ,en un triste día de invierno, a una chica pobre ignorante, desconocida del vulgo y de los hombres de ciencia que se le aparece una Señora, en una nube de oro, joven, bella, sobre todo bella y gentil más que ninguna otra cosa en el mundo.

II

Domingo, 14 de febrero.

Los dos días siguientes viernes y sábado estuvo Bernardita pensativa y melancólica,

ella que era alegre; la perseguía el recuerdo de la visión.

La mamá para distraerla le contó historias de diablos que se transforman en ángeles y la chica escuchaba en silencio por respeto filial; pero no podía resignarse a la idea de haber sido víctima de maquinaciones diabólicas.

Y sin cesar se sentía llamada hacia la gruta.

El domingo de mañana la misma voz se hizo más viva, e imperiosa ¿cómo vencer la obstinación materna?

Después de la Misa mayor, en cuanto terminaron de comer algunas chicas que habían sabido por Juana y María Antonia la aventura, fueron a buscar a Bernardita.

—"Quieres que vayamos juntas a la gruta?" —"Oh! yo quisiera pero mamá no quiere".

No importa, nosotros le rogaremos... y verás ¿Probamos?

Y todas a una voz tanto hicieron y dijeron, que después de mil promesas de portarse bien, la mamá por sacárselas de encima les dice: Vayan a pedir permiso a vuestro padre.

Y la buena mujer pensó enseguida que

Bernardita no vería nada más, en la gruta y así quedaría sanada de su ilusión.

Francisco Soubirous, repuesto de la enfermedad, estaba en ese momento en la caballeriza del albergue vecino limpiando los caballos. Negó rotundamente el permiso. Pero el patrón que había oido le dice: "déjela ir! —Una señora con un rosario en la mano. ¿Qué tiene de malo?" —El padre consiente.

Las chicas contentas corrieron a avisar a la mamá que habían obtenido el permiso deseado, y ésta fingiéndose algo contrariada les dice:

—"Vayan y no me molesten más. Pero cuiden de estar aquí antes de anochecer sino ya saben lo que les espera!"

Vamos! exclama María Antonieta, tal vez veré yo también a la Señora. —Si, justamente tú, carabinero, dicen todas en coro acompañando con una carcajada.

Vinieron otras chicas a unirse y dispersadas en grupos, en camino ya, entre la curiosidad y el temor iban cuando Bernardita las advirtió: "No creais de ir a haceros las locas. Debemos portarnos muy bien y rogar devotamente al Señor. Tienen todas su rosario?"

Después de haberlas calmado un poco, de

este modo, mandó a su casa a las que lo habían olvidado. Estaba bien persuadida de que la visión no podía ser maléfica; pero la mamá le había hablado del demonio y de sus terribles jugarretas. Tuvo cuidado de entrar en la Iglesia para munirse de un poco de agua bendita y entre las compañeras convinieron que si aparecía la Señora le arrojarían de esa agua diciendo: "Si vienes de parte de Dios adelante; pero si eres mensajera del demonio márchate".

Esa tarde del domingo, en que el sol con su sonrisa expresiva alegraba el campo, las jovencitas, quince más o menos, después de atravesar el "Ponte Vecchio" y el molino Savy, salieron al camino de la foresta y descendieron el barranco de Massabielle.

Llegaron a la gruta y se arrodillaron alrededor de Bernardita y siguiendo su ejemplo comenzaron a recitar en voz baja y cada una por su cuenta el Rosario.

Una de ellas empezó a preguntar: ¿La ves? la ves? Bernardita no respondió, pero en la tercera decena, ebria de alegría gritó: Ahí está. ¿No la veis? —Las compañeras abrieron sus ojos, miraron; pero no vieron nada.

—Sí, sí... allí está. Ella sonriente, saluda y pasando el brazo alrededor del cuello de

la vecina, mostrábale con el dedo el nicho diciendo: "Pero allá... allá".

La que llevaba el frasquito con el agua bendita se lo alcanzó a Bernardita, diciéndole: "Pronto, tírale el agua", era María Hillot. La vidente obedeció, arrojó el agua hacia la ojiva. Las gotas cayeron sobre el rosal silvestre.

"Si vienes de parte de Dios adelante" había dicho al mismo tiempo. Y la Señora, obediente, se acercó al borde del nicho, inclinó la cabeza y sonrió. "No se ofendió" dijo la vidente "al contrario aprueba con la cabeza y nos sonríe".

Todas las chicas se habían puesto de nuevo de rodillas.

Bernardita junta las manos. Su rostro empalidece, se aclara, se ilumina; está allí, inmóvil con los ojos radiantes de alegría, fijos en la ojiva.

Al verla así las compañeras se asustan y una dice: Bernardita se muere.

Luego el susto se torna terror, una gran piedra cae a pico de lo alto de la montaña y viene a quedar a sus pies. Huyen todas y abandonan a Bernardita.

Sobre la gruta encuentran a Juana Abadie que venía algo retrasada con otras compañeras y confesó que era ella la que había

tirado la piedra, para asustar a la Señora y para vengarse porque no la habían esperado. Repuestas del susto, vuelven y encuentran a Bernardita siempre allí inmóvil y creyendo que realmente estuviera por morir, la rodean, la llaman dulcemente por su nombre, la sacuden; pero Bernardita permanece muda e insensible. Deciden llevarla cargada. En ese instante llegan la madre y la tía del molinero de Savy que Paulina Bourdeu, una de las chicas, había ido a buscar para que las ayudase.

Las dos mujeres creyeron que fácilmente podrían apartar a Bernardita de su contemplación. Prueban, en vano. Una de ellas entonces corre a llamar a su hijo, el molinero Nicolás, joven de veintiocho años el que irónicamente escéptico creía que se trataba de tontera o juego de chicas. Al verla el hombre retrocedió sorprendido y permaneció inmóvil con las manos cruzadas. "Estaba dispuesto pero me sentí indignado de tocar aquella jovencita"... "De rodillas, pálida, con los ojos abiertos fijos en el nicho. Tenía juntas las manos con el rosario entre los dedos. Caían lágrimas de sus ojos, tenía sonriente su semblante lívido, el más bello que he visto. Sentí junto alegría y dolor y todo el día estuve con el corazón rebo-

zante. Quedé unos instantes mirándola estático. Atónitas las otras chicas susurraban una que otra palabra. Mi madre y mi tía estaban estupefactas como yo. Miraron hacia el nicho pero no vieron nada".

Levantaron a Bernardita, la madre y el hijo y la llevaron al molino ayudados por la tía y las chicas.

"Era necesario fuerzas para llevarla — añadió Nicolás —, y yo solo aunque robusto no hubiera podido sino con mucho trabajo". "Cuando llegamos al llano yo estaba bañado en sudor".

La vidente transportada así estaba aún en éxtasis "la cara blanca y los ojos vueltos hacia el cielo".

El molinero le bajaba la cabeza y le ponía la mano delante de los ojos pero las lágrimas surgían de esos ojos inmensamente abiertos y el semblante se alumbraba siempre con nuevas sonrisas. De repente junto al molino volvió hacia atrás la cabeza, la sangre afluyó a sus mejillas y volvió los ojos. La Señora había desaparecido.

Vuelta en sí, en la cocina todas querían interrogarla, volvía a ser la pobre y sencilla Bernardita de siempre. Respondía afablemente suspirando de tanto en tanto. Su pensamiento la absorbía la Señora vestida de

blanco que tenía las manos juntas, el rosario entre los dedos y sonreía... con una sonrisa tan amable!

Las otras chicas habían corrido a llevar a casa noticia de lo acontecido. Luisa Soubirous llegó indignada con una vara en la mano: —Que seamos el blanco de las burlas de todos por tu causa! Te voy a dar el aire de encantamiento y la historia de la Señora. —Intervino la molinera. ¿Qué haces? ¿Qué hizo tu hija para tratarla así? Es un ángel y un ángel del cielo que Vd. tiene, comprende? No me olvidaré nunca como la he visto en la gruta.

Al oir esto la madre se abandonó sobre una silla llorando y mirando a su hija que apesar de todo era tan buena, tan devota, tan sincera... Se calmó con las amistosas palabras de Nicolás y después con la hija volvieron a casa.

Bernardita a escondidas se volvía para mirar la roca de Massabielle.

III

Jueves, 18 de febrero.

Las compañeras de Bernardita no habían perdido el tiempo, habían ido por todas par-

tes charlando y el mismo Nicolás contaba a unos y otros lo ocurrido dando sus impresiones personales.

Con la rapidez del relámpago estuvo de boca en boca la noticia como el nombre de Bernardita estuvo en boca de todos. Esa noche no se habló de otra cosa. Algunos sin saber nada preciso, admitían que algo había ocurrido; otros, la mayor parte, no daban crédito a esos díceres y Nicolás se había engañado, las compañeras eran loquitas sin cabeza, y la creída vidente una mentirosilla algo tonta, eso era todo.

Al siguiente día en la escuela a la que asistía desde pocos días atrás, Bernardita fué puesta en la picota y hasta recibió algún cachetón de sus compañeras. La Superiora creyéndose en el deber de intervenir la reprendió delante de todas las religiosas reunidas.

El catequista, el abad Pomian cuando conoció el hecho se contentó con sonreir y el Cura Peyramale no se dignó conocer la chica.

En el café Francés había un círculo compuesto de notables del lugar; médicos, abogados, magistrados, funcionarios. Que el vulgo pueda dar crédito a tales tonterías es admisible y deplorable pero que nosotros los

intelectuales creamos esos cuentos inverosímiles es completamente ridículo ¿cómo no reir? Una cosa es el prejuicio de los ignorantes de antaño y otra la luz que invade el Siglo XIX e ilustra de todas las leyes inmutables de la naturaleza.

Los mismos Soubirous quedaban perplejos; su Bernardita no los engañaba, tal vez ella estaba engañada.

El rumor de tal aventura había hecho concurrir a la celda un gentío deseoso de oir y saber. Una señorita Antonieta Peyret cuando oyó hablar de vestido blanco y de mantilla blanca creyó sin más ni más que se trataba del alma de Elisa Latapie directora de las hijas de María muerta unos días antes. Habló enseguida a la Sra. Millet, junto a la cual trabajaba y las dos el miércoles por la noche fueron a rogar a Luisa Soubirous que la dejara ir con su Bernardita a Massabielle.

Coincidió con el pedido que Bernardita hacía a su madre para que la dejara ir de nuevo a la gruta. La mamá se mantenía inflexible en su negativa. La señora Millet no se desanimó, propuso ir a buscar a Bernardita al día siguiente muy temprano y así nadie lo sabría. Primero Luisa no cedía, pero los argumentos la decidieron a permitir. Después de todo si a los ojos del mundo

algo ridículo o grotesco podía surgir le tocaba a ella en parte la mofa.

Al alba fué a buscar a Bernardita; hacía frío y las calles estaban desiertas. Al oir, las campanas entraron para asistir a Misa y luego se pusieron en camino. De lo alto de Massabielle las dos mujeres descendían despacito estudiando los pasos; la chica desapareció como un relámpago. La encontraron arrodillada delante del nicho.

—He ahí que viene. Está allí, está allí! gritó con júbilo.

—Mira bien querida, dijo la señora Millet, que si me dices que ves algo mientras no ves nada te tomaré para mofa.

Hela ahí, hela ahí, contesta la vidente, y diciendo así radiante de alegría inclinó la cabeza hasta el suelo. La señora Millet encendió una vela que puso sobre una piedra reparada del viento y las tres comenzaron el Rosario.

Después de algunos instantes Antonia Peyret pone en manos de Bernardita una pluma, una hoja de papel y le sugiere: Pregúntale quién es, que quiere, si tiene necesidad de misas u otra cosa. Dile que escriba todos sus deseos; lo haremos gustosas! Pero que escriba. Bernardita que después de su exorcismo del domingo anterior no temía

más a la Señora y la quería, se levantó, salió hasta el lugar debajo del rosal silvestre, se empinó y colocó cerca de la ojiva papel y pluma dejando de mirar arriba. —Oh! no está más— dijo ella.

En efecto la aparición descendía a lo largo del corredor que une el nicho al interior de la gruta para venir a encontrarse cara a cara con la chica.

—Si venís de parte de Dios —balbuceó— tened la bondad de escribir vuestro nombre y que deseais de mi. Quedó algunos instantes inmóvil como para escuchar, hizo una reverencia y volvió con las compañeras: "La Señora se puso a reir y después me ha dicho: No hay necesidad de escribir lo que yo quiero; quieres hacerme el favor de venir aquí durante quince días?" Yo le dije: sí. Después añadió: "No te prometo hacerte feliz en este mundo pero sí en el otro" (1).

Mientras tanto Bernardita no retiraba los ojos del nicho.

Pregúntale si no importa que vengamos nosotros contigo —dijo Antonieta Peyret. La visión había vuelto a subir al nicho. La

---

(1) La aparición hablando patois bigourdan había dicho: Co que b'ey a disé n'ey pas necessari de bonta par scrit... Boulet me he èra gracia dé bié penden quinze dios... Nous proumete pas deb'hé hurons en este mounde mes en aoute.

chica miró arriba del rosal y luego se volvió diciendo: "Sí, sí, pueden venir, y vengan con muchas otras, yo deseo aquí ver a mucha gente". Bernardita volvió a arrodillarse, poco después todo había desaparecido. La Señora había desaparecido en su aureola de luz más dulce y pura que cualquiera de los rayos del sol que alegra la primavera terrestre.

Ese día la vidente no había presentado los signos exteriores del éxtasis, perfectamente libre de alma y cuerpo pudo ir de la aparición a las compañeras y de éstas a la aparición. Pero que gran felicidad la Señora se había entretenido con ella en íntimo coloquio confidencial!

IV

Viernes, 19 de febrero.

¿Qué podía ser esta visión que ahora hablaba, preguntaba y hasta prometía? Un alma del purgatorio no se habría presentado con tanta serenidad, no habría pedido más que oraciones, y misas buscando de conmover a los otros con la demostración de su suerte. Y si en todo esto había algo celestial y divino por qué no permitir

a Bernardita ser fiel a la cita que la Señora le había dado?

Los Soubirous estaban perplejos y turbados. Luisa fué a aconsejarse de la hermana Bernarda que gozaba fama de mujer discreta y atinada. Esta antes de pronunciarse en un asunto de tanta importancia quiso reflexionar. La misma noche fué a casa de Soubirous. "No; es necesario no impedir que la chica vaya, nosotros hicimos mal al no acompañarla. Vayamos con ella mañana temprano, veremos de que se trata y resolveremos lo que nos parezca más oportuno".

A la mañana siguiente a pesar del frío, muy de madrugada partieron con la chica y una pequeña caravana del vecindario. Llegados a la gruta todos se arrodillaron para rezar.

Bernardita acurrucada bajo su capucho blanco muy gastado empezó a recitar el Rosario haciendo una gran señal de la Cruz que llamó la atención de todos los presentes. Silencio y espectativa. Su cara se puso "blanca como la cera, apenas coloreados los labios y en los pómulos puntos transparentes como atravesados de una luz. Toda la sangre había afluído al corazón.

Señor! Dios mío! exclamó la madre presa de estupor y miedo, no me quites mi pe-

queña. Muchas voces se oyeron diciendo: "qué bella está!" "qué linda!" Después de media hora casi, la vidente se frotó los ojos como rehecha del peso de toda su felicidad y fué a caer en los brazos de su mamá.

Para substraerla a la curiosidad del gentío Luisa y tía Bernarda la condujeron a Lourdes rapidamente. En el camino Bernardita contó lo que había oído. Un gran rumor de voces y gritos desde el lado del Gave y una voz más fuerte decía: ¡Salvaos, poneos en salvo! Y que la Señora con una simple mirada los había dispersados al instante.

V

Sábado, 20 de febrero.

Los padres no querían ya prohibir a su hija ir a Massabielle; la madre en cambio propuso acompañarla al día siguiente. Cuando llegan a la gruta a eso de las seis y media un gran número de personas ya esperaban. Bernardita sin preocuparse de ellas y como si hubiera estado sola fué a arrodillarse al lugar habitual. Apenas se había hincado un murmullo se levantó: "Ella ve, ella ve".

En realidad, la hija del jornalero Soubi-

rous no parecía más ella. Sus ojos resplandecían con una luz no terrena, su rostro se llenaba de un esplendor tan completo y divino, que todos los asistentes estaban asombrados, pasmados.

Después de sus saludos "tan bellos y graciosos que parecían habituales" se podían seguir en su semblante las diversas fases de una conversación entre ella y el ser misterioso. Eran sonrisas inefables, ofuscada de cuando en cuando por una nube de tristeza, eran suspiros que salían de sus labios; largos, profundos; todo el cuerpo echado hacia adelante como para asirla, absorberla, identificarse con la visión. En este íntimo coloquio, corazón con corazón, la Señora, enseñó a Bernardita, una plegaria palabra por palabra, que nunca ella reveló a nadie.

La visión desapareció y se obscurecieron los rayos radiantes de la niña, como las cosas de la naturaleza al caer el sol.

Con su silabario bajo el brazo la pobrecita desconociéndose a sí misma subía con dificultad la cuesta del hospicio para ir a la escuela matutina.

Jugaba y reía con las otras escolares y la maestra encontraba que era tan ruda como antes.

VI

Domingo, 21 de febrero.

Nadie ignoraba los hechos resonantes de la gruta y ya algunas personas influyentes proclamaban en alta voz, que todo era cosa preparada, una lección aprendida de memoria. "Mentir; y admitamos aún; pretender ver sin ver nada, puede ser muy bien; pero cambiar el semblante y trasfigurarse de ese modo, eso no!"

Los sabios del Café Francés declararon que se trataba de simples alucinaciones y no dudaron en diagnosticar la enfermedad que afectaba a la hija de los Soubirous, sentenciando con solemnidad: Catalepsia.

Entre los que frecuentaban el círculo, uno se interesaba y quiso estudiar por su cuenta a fondo, el caso, como más que raro, único. Era el Dr. Dozous, clínico de valer que tenía una cátedra en la Facultad de Medicina de Montpellier.

El domingo 21 de febrero, se unió a la caravana de curiosos que aprovechando el descanso dominical iba a la roca de Massabielle.

He aquí su relato, que escribió después: "Apenas llegada a la Gruta, Bernardita se

"arrodilló, sacó su rosario del bolsillo y se
"puso a rezar. Su rostro sufrió enseguida
"una transfiguración ,advertida por todos
"los que la rodeaban, indicando que estaba
"comunicada con su aparición. Mientras
"pasaba con la izquierda las cuentas del ro-
"sario, con la mano derecha sostenía una
"vela encendida, la que se apagaba amenu-
"do por el viento que llegaba desde el Gave.
"Ella la aproximaba a una vecina para que
"la volviera a encender. Yo seguía con
"mucha atención todos sus movimientos y
"decidido a estudiarla desde todo punto de
"vista, quise observar su circulación en ese
"momento. Le así un brazo y tomé el pul-
"so: regular y tranquilo; respiración fácil,
"ningún disturbio de origen nervioso pudo
"influir en su organismo. Terminaba de
"dejar su brazo, cuando Bernardita se
"adelantó hacia lo alto de la gruta. Vi su
"semblante que hasta entonces había con-
"servado la apariencia de la más perfecta
"beatitud, obscurecerse de golpe. Dos gran-
"des lágrimas corrieron por sus mejillas.
"Estos cambios repentinos aguzaron mi cu-
"riosidad. Le pregunté cuando terminó de
"orar y la aparición había desaparecido,
"que era lo que sentía en ese tiempo, en sí.
"Y me respondió' La Señora apartó un ins-

"tante la mirada de mi cara, la dirigió por "sobre mi cabeza, después volvió a mirar-"me y al interrogarla por el motivo de su "tristeza me dijo: "Ruega por los pobres "pecadores y por el mundo tan agitado. En-"seguida me confortó la expresión de bon-"dad y serenidad de su semblante y des-"apareció".

"Bernardita abandonó esos lugares don-"de había despertado general emoción sin "cuidarse del gentío conmovido y elogioso".

El docto médico que tal vez todavía no creía, quedó desconcertado. Se puso a estudiar el fenómeno, al que había asistido, en sus particularidades y al cabo se declaró conquistado por la misteriosa Señora.

Cuando la gente, llena de santa emoción y maravillada, volvió a la ciudad, trataba de convencer aún a los que se mostraban escépticos y hostiles, a menudo se animaban las discusiones y si de las palabras se llegara à los hechos.

Intervino la autoridad. Esa misma mañana en el municipio se reunía el Síndico Lacadé, el procurador imperial Dutour, el comisario de policía Jacomet y deliberaron cortar estas manifestaciones debidas al fanatismo.

Para no afectar la susceptibilidad pública

deberían persuadir con precaución y delicadeza a Bernardita de la irrealidad de la visión. La pobrecita se cuidará bien de desobedecer al representante oficial del Estado, no iría más a la gruta y la tranquilidad pública se restablecería en el acto.

El procurador hizo llamar a la niña a su despacho quien se presentó antes que anocheciera. He aquí su retrato, aparecido en una memoria autógrafa del procurador: "A primera vista, Bernardita Soubirous era una jovencita como tantas, de sencillez casi vulgar. En su cara, nada de particular llamaba la atención. Sus vestidos no tenían rebuscamientos, pero lindos y limpios, signo de respeto a sí y dignidad en la miseria. Un pañuelo (de algodón desteñido por los lavados) le cubría mitad de la frente, y envuelta hasta el cuello con un manto de tela parecida a la del pañuelo, semejaba, con los miles pliegues, uno de esos bustos que los escultores tienen apenas esbozados. Bajo aquel pesado fardito, que sin embargo la protegía, la pobre chica apenas respiraba".

Y añadía: "Sus palabras eran todo ingenuidad y su acento tan dulce y convencido que enseguida se captaba fé.

"Es cierto que cuando un pensamiento noble y fuera de lo común le venía a la

mente y quería expresarlo, tal gracia iluminaba su semblante, que revelaba el candor de su alma".

Transcribimos el fin del interrogatorio según el relato oficial:

—"Y entonces Vd. tiene la intención de ir todas las mañanas a la gruta?

—"Sí señor; he prometido ir quince días seguidos".

—"Pero la Superiora del hospicio y la hermana asistente que son mujeres pías me dijeron que su visión es un sueño, una quimera, por qué no sigue sus consejos?"

—"Oh! yo siento tanta alegría cuando voy a la gruta!"

—"Vd. puede abstenerse de ir y nosotros podemos también prohibírselo".

—"Yo me siento solicitada por una fuerza irresistible!"

—"Ah ¿si? Preste atención, querida mía. Corre la voz que Vd. y sus padres quieren hacer una fortunita con la credulidad de la gente y yo casi también lo creo. Vds. eran muy pobres, pero... después de sus visitas a la gruta, estuvieron rodeados y colmados de tantas delicadezas a las que no estaban acostumbrados y... esperan más. Oiga bien; si al contar las apariciones no fué Vd. sincera y Vd. y sus padres tienen intención de

obtener alguna ventaja, yo les digo que corre el riesgo de ser procesada y severamente condenada".

—"Yo no espero ninguna ganancia en este mundo".

—"Vd. lo dice! pero mientras tanto ya aceptó hospitalidad de la señora Millet y sus padres esperan mejorar su condición, contando con Vd. y sus visiones, que no serán tal vez más que sueños o peor... mentiras".

—"La señora Millet quiso llevarme a su casa, y vino ella misma a buscarme. Fuí porque me rogó y por darle el gusto, y no lo hice por mi interés. Yo no mentí nunca ni a Vd. ni a nadie".

—Como sea; su conducta en la gruta es un escándalo; Vd. hace correr hacia allí a la gente y... es necesario concluir ¿me promete no volver más a Massabielle?

—"No señor, yo no se lo prometo".

—¿Es esta su última palabra?

—"Sí señor".

—Entonces váyase, nosotros tomaremos las medidas debidas.

—"Mi pobre mamá lloraba —escribe Bernardita en sus notas íntimas— y redoblaron sus lágrimas cuando oyó que nos pondrían presos". Yo la animaba diciendo: "Eres

bien buena en llorar porque nos pongan presos sin haber hecho nada a nadie".

El comisario de policía Jacomet estaba dotado de esa dialéctica hábil y sútil que descubre al culpable y le obliga a confesar. El creía que en un abrir y cerrar de ojos y al primer asalto de sus astutas preguntas, la "mentirosilla" como la llamaba, se habría confundido. El buen hombre se equivocaba grandemente.

Veamos lo que sigue diciendo la pluma de Bernardita:

El primer domingo de la quincena, al salir de la Iglesia, me sentí asir por el capuchón; era un agente de policía que me intimó a que lo siguiera. Obedecíle. Por la calle le pregunté adonde me conducía y me contestó que iba a ver la prisión. Guardé silencio, y llegamos a la oficina del comisario. Este me hizo entrar en una habitación donde estaba solo; me ofreció una silla, y me senté. Tomó papel y me pidió le narrara todo lo ocurrido en la gruta y yo se lo conté. El escribía las palabras que yo decía, pero añadía otras. Cuando terminó, me dijo que iba a leerme lo escrito por si había algún error. Yo me preparé a escucharlo atenta. A las primeras líneas le interrumpí vivamente: "Señor eso yo no dije". El encolerizado de-

cía sí y yo no. Este altercado duró algunos minutos. Viendo que yo insistía en que se había equivocado y que no eran mías las palabras que me atribuía. leía más adelante y luego volvía a releer lo anterior y así me entretuvo durante una hora y media. Al primer error la chica hubiera caído en la trampa, pero ella había visto, y lo que había visto lo podía decir clara, abiertamente y sin esfuerzo.

Al fin el comisario habiendo agotado su provisión de argumentos sútiles pensó que la chica podía estar cansada del largo debate. Se levantó rápidamente y dirigiéndole feroz mirada la amenazó con la mano mientras le decía: si en el instante no me prometes dejar de ir a Massabielle llamo a los gendarmes para que te lleven presa.

Los gendarmes! la prisión! la justicia! que miedo para una pobrecita tímida tan escrupulosa, que el día de la primera aparición no había osado recoger ramas secas en campo ajeno por temor de pasar por ladrona! Pero había una voz que hablaba dentro de ella, una voz fuerte que anulaba todo temor. La voz de la señora que le decía: "Bernardita permanece tranquila e impasible". No bien terminó el comisario su amenaza, la puerta se abre y aparece una cabeza de montañés.

—"¿Qué desea Ud.?" exclamó el Comisario.

—"Soy el padre" responde con voz temblorosa el pobre hombre que iba en busca de su hija.

—Ah! ¿Ud. es el padre? muy bien. Pase adelante. Ha hecho bien en venir porque en este momento lo iba mandar llamar. Está Ud. al corriente de los disparates que su hija, enseñada, quizás, por alguna comadre del barrio está haciendo desde hace algunos días: se las da de inspirada, hace miles gestos de mono y todo esto trastorna la cabeza a los imbéciles. Es necesario que termine esta comedia. O se siente suficiente autoridad para retener en su casa a su hija, o sabré yo donde tenerla!

Señor, permítame que le hable con toda franqueza: lo que puedo decir por mi parte es que... no creo que mi hija no sea sincera en lo que cuenta. Ahora ¿se engaña ella? esa es la cuestión.

Le confieso que mi mujer y yo estamos cansados de ser importunados: desde hace tres o cuatro días nuestra casa está llena de gentes y no sabemos como deshacernos de ellas. Estaría muy contento de poder hacer uso de sus órdenes para poder impedir la entrada a casa. En cuanto a Bernardita —agrega Fran-

cisco Soubirous— que no tenía ni la misma convicción ni el sostén interno de la hija— trataremos de no dejarla ir más a Massabielle.

El comisario Jacomet no estaba satisfecho completamente: él, hombre, astuto, se había empeñado batalla con una miserable cualquiera y quedaba humillado y triste. Se resignó a la derrota esperando una próxima victoria.

Organizó una especie de espionaje alrededor de Bernardita y los que la rodeaban amigos improvisados, debían presentarse con regalos. Policías, vigilarían todo el día el ir y venir de todos los miembros de la familia y espiar de noche, por las rendijas de puertas y ventanas. Necesita a cualquier precio descubrir maquinaciones de un manejo sospechoso.

VII

Martes, 23 de febrero.

La familia pasó la noche junto al mísero fuego, bajo el peso de la mayor tristeza, elevando al Cielo de tanto en tanto una ferviente plegaria.

El padre presa aún del temor persistía en

la promesa hecha al comisario y Bernardita angustiada terminó por decir "Y bien haré lo posible por no volver a la gruta".

A la mañana siguiente corrió derechito a la escuela, pues sus padres le habían recomendado no "volver la cabeza ni a derecha ni izquierda". Llegada allí una nueva tortura con una reprensión. "¡Mala! —le dice una religiosa— haciendo carnaval justamente en el tiempo de la santa cuaresma!

Un poco antes de mediodía la pobrecita volvió a casa para comer y volver a salir para la escuela de la tarde. Después de pasar frente al cuartel un obstáculo, una barrera invisible la sujetó subitamente. Se detuvo, se dirige hacia adelante, quiere dar un paso; imposible.

Una fuerza misteriosa, dulce pero potente la arrastraba hacia la roca de Massabielle.

Dos gendarmes del cuartel que la habían visto pasar y luego volver se dieron cuenta y con dos curiosos la siguieron.

Se arrodilló en el lugar de siempre junto a la gruta, se puso a orar, rogó más... pero su cara no se mudaba. La Señora no aparecía. Bañada en lágrimas se levantó y en su ingenuidad infantil, como excusando su propia desilusión —Oh! no puedo ver nada porque... porque aquí está el mariscal!...

—Si no fuera una pobre tonta —contesta éste— sabría que la Santa Virgen no teme a los gendarmes. Yo tengo buena vista pero no veo nada. Tu tienes las visiones como las tengo yo...

—Yo le decía cosas por el estilo —añade el mariscal— lo más dulcemente posible, posando mi mano en la espalda para no asustarla ([1]). Cuando los intelectuales del círculo, supieron, rieron en grande. Se comprende! decían. La Señora tuvo miedo de los gendarmes... y si interviene ese zorro de Jacomet no tardará en escapar y mudar de domicilio. El triunfo de ellos duró poco. En ese mismo día se leía en la Epístola de la Misa: Os alegrareis en Dios si es necesario que seais atribulados, a fin de que vuestra fe, infinitamente más preciosa que el oro, el cual es también sometido a la prueba del fuego, se reafirme y consolide más solo por loor, gloria y honor de Cristo Jesús.

Era necesario que con esta dura prueba, la más cruel de todas, la fe de la chica se reforzara arraigando más en lo profundo del corazón.

Esa misma noche, la pobre Bernardita, apoyada en su cama lloraba continuamente

---

(1) Averiguación: I. A. d'Angla.

por temor de haber causado algún disgusto a la Señora y el padre conmovido al ver tantas lágrimas, sabiendo quen su hija era absolutamente incapaz de mentir, le otorgó de nuevo permiso para ir a Massabielle.

Oh! desde ahora podría ir libremente a la gruta.

El día siguiente martes 23 de febrero, fué enseguida de la Misa. Tras el acostumbrado gentío ese día se encontraba el Receptor de Rentas indirectas, Señor Estrade; iba también a la gruta por primera vez, por las reiteradas insistencias de la hermana curiosa por ver. Por la calle se creía gracioso diciendo alguna bagatela, no muy reverente, hacia la Señora y cuando se encontró en la roca de Massabielle estaba como avergonzado y arrepentido de haber ido.

Pero tomó coraje al ver al Dr. Dozous, al abogado Dufó, el capitán del fuerte y el Sr. De la Fitte ex-intendente militar, los que se habían llegado unos minutos antes.

Eran por todo ciento cincuenta o doscientas personas.

El mismo Sr. Estrade describe la escena:

Bernardita se arrodilló e hizo una profunda reverencia. Todos sus movimientos eran libres, sin afectación absolutamente natural y desenvuelta como si la muchacha se hubie-

se presentado a la iglesia para sus habituales oraciones.

Mientras deslizaba bajo sus dedos las cuentas del rosario elevó hacia la gruta una mirada interrogativa y ansiosa.

De repente se sobresaltó y pareció renacer a una segunda vida: sus ojos brillaron, sus labios dibujaron una sonrisa de paraíso y una gracia particular e indescriptible envolvió toda su persona. Parecía que el alma de la vidente hiciera esfuerzo para librarse de su prisión corpórea para, expandirse, para mostrarse íntegra y comunicar a todos su gran alegría. Bernardita no era la misma Bernardita.

Espontáneamente, con un movimiento maquinal, los hombres se habían descubierto la cabeza y se habían inclinado.

No veíamos, ni oíamos nada; pero se podía arguir, comprender, sentir, palpar, que efectivamente un coloquio debía desenvolverse, entre la Señora misteriosa y la chica que estaba frente a nuestros ojos. Podíamos seguir las diversas fases de una conversación real, a través de las continuas y variadas expresiones que asumía el semblante de la vidente.

Esta después de los ardientes transportes por la llegada de la Señora, tomó la actitud de quien escucha y luego aprobaba con la

cabeza o parecía interrogar. Cuando la Señora hablaba, ella temblorosa se alegraba y cuando al contrario, la Señora le comunicaba su voluntad, se sentía chiquita, chiquita y se deshacía en lágrimas. En algún momento parecía suspendido el coloquio y entonces la chica volvía a su rosario; pero con los ojos fijos en la roca, por temor de perder de vista el objeto de su contemplación, de su inmensa alegría.

El éxtasis duró cerca de una hora. Casi al fin, la vidente, caminando de rodillas, se trasladó desde el lugar donde oraba, hasta debajo del rosal silvestre, que pendía de la roca. Al llegar se recogió en un acto de profunda adoración, se inclinó, besó el suelo y de nuevo de rodillas retornó a su lugar. Su semblante se iluminó de un nuevo esplendor... y después gradual, insensiblemente el encantamiento se decoloró, se debilitó... desapareció...

Teníamos de nuevo frente a nosotros la buena y tosca hija de los Soubirous. Bernardita al fin se levantó, corrió hacia su madre y juntas se perdieron entre la muchedumbre.

Interrogada sobre lo que le había dicho la Señora, dijo que le había confiado secretos, que guardaría para sí ([1]).

(1) Estrade: **Las apariciones de Lourdes.**

* * *

La Señora se había hecho como ella, chica, para tratarla de igual a igual según las leyes de la amistad. Procuraba serle agradable, mirándola, sonriéndole, hablándole afectuosamente, interesándole sus tesoros de sencillez, pureza y abandono. De su parte Bernardita comprendió enseguida, qué gran amiga le era la Señora y se prendó de ella. No pensaba otra cosa fuera de Ella, deseaba complacerla y para serle más grata, trataba de imitarla en todo: saludar como Ella, hacer la señal de la Cruz como Ella, rezar, sonreir, llorar como Ella. Llena de su amor la chica quedaba insensible a cualquier otra alegría o amargura. Las dos amigas tenían la misma voluntad, el mismo flujo y reflujo de pensamiento, los mismos latidos del corazón.

La Señora, en aquel día, como para sellar y unir más los lazos de estrecha amistad, había confiado a Bernardita un triple secreto.

VIII

Miércoles, 24 de febrero

Aquel día 24 de febrero, al finalizar el éxtasis la fisonomía de la vidente tomó una

expresión de gran tristeza; de una tristeza calma y resignada. Se levantó, fué al rosal y escuchó. Se volvió y dirigiéndose a los cuatrocientos o quinientos espectadores que se hallaban allí, con los ojos bañados en lágrimas repitió tres veces la orden recibida. "Penitencia, penitencia, penitencia". Vuelta a su puesto se aclara su rostro y toma expresión alegre. De súbito, en medio del profundo silencio, el mariscal con un subalterno se adelantó entre la gente y tomándola por un brazo:

—¿Qué haces comediantilla? dijo.

Bernardita extraña a lo que no fuera su visión, quedó inmóvil y entonces el hombre de galones gritó: —Pensar que estamos en el siglo XIX y ver estas cosas todavía!

A estas palabras la gente se mostró indignada y el mariscal comprendió que era mejor batirse en retirada. Por su parte el gendarme decía: "De todos modos si se la quiere interrogar cuando se encuentra en ese estado, la visionaria se mantiene en el más completo mutismo.

IX

Jueves, 25 de febrero.

La Invisible estaba manifestándose más. El 25 de febrero los concurrentes a la gruta

y muchos nuevos vieron a Bernardita quedarse un momento en oración, dirigirse a la ojiva separar con precaución ramas del rosal silvestre, evitando un tropiezo a la Señora y volver para comenzar de nuevo el Rosario en su puesto. De un salto se puso de pié como obedeciendo a un mandato imperioso y muda y perpleja se encaminó hacia el Gave. Después de dar tres o cuatro pasos se detiene como ante un llamado, interroga con la mirada a la visión y pierde su mirada en lo profundo de la gruta. Queda quieta, mira al suelo, duda, aún consulta a la Señora y luego decidida se agacha, remueve la tierra con los dedos. Un agua mezclada con fango surge del agujerito que sus dedos hicieron, toma tres veces en el hueco de la mano, para llevarla a los labios y por tres veces la tira, la cuarta vez venciendo la repugnancia, bebe un sorbo y con ella se lava la cara. Al fin, por orden de la visión, arranca un poco de hierba y la come.

Con estas cosas extrañas los espectadores quedaron confundidos y mal impresionados, y cuando volvió la chica a su puesto con la cara sucia de barro se oyó un murmullo de desilusión y piedad: "¡Ha perdido la razón! ¡Está loca!"

La jovencita retornó a su lugar, una mu-

jer le secó la cara. Pero ella nada veía ni sentía, absorta en su visión. Terminado el éxtasis fué interrogada y respondió con la mayor sencillez del mundo: Mientras oraba, la Señora en tono amistoso pero serio: "Vé a beber y lavarte en la fuente" (1). Yo no sabía donde estaba esa fuente, creí que eso no importase e iba hacia el Gave. La Señora entonces me llamó, me hizo señal con el dedo que fuera a la izquierda debajo de la gruta. Yo obedecí; pero no vi agua en ninguna parte. No sabiendo donde ir a buscarla raspé la tierra y enseguida llegó. Esperé que se aclarara un poco, he bebido y me he lavado la cara.

Se quiere controlar la verdad de sus datos. "Yo mismo —dijo el Dr. Duzous— no he querido dejar la gruta de Massabielle, sin haber examinado primero el suelo con cuidado y por todas partes. Lo he encontrado muy seco, a excepción del punto donde Bernardita había hecho el agujero y el agua había surgido" (2).

La plazoleta se llenaba de agua; al comenzar la tarde desbordaba y un fino hilo de agua se abría camino y llegaba hasta el canal. A los dos o tres días la fuente daba

(1) Anat béoue en a houn e b'y laoua.
(2) Dr. Duzous: La gruta de Lourdes.

un normal y constante tributo de ciento veintidos mil litros de agua en las veinticuatro horas.

Y desde entonces, los pueblos vienen a beber en esta fuente de vida.

X

Viernes, 26 de febrero.

La noticia del surgimiento maravilloso de esa fuente, había reanimado la fe y el entusiasmo en todos.

Al día siguiente, según los datos de la policía, alrededor de la gruta habría más de ochocientas personas.

Llegó Bernardita y con su habitual aire simple y natural fué hacia la fuente sin mostrarse sorprendida por la abundancia de agua. Hizo la señal de la cruz, bebió y se lavó la cara. En cuanto llegaba a su puesto y comenzaba el rosario cuando la Señora atrajo la mirada, la atención y toda el alma de Bernardita.

Esta saludó tres veces a la Señora; primero con una señal con la cabeza, luego inclinando el busto y al fin una reverencia hasta la tierra. Se la vió mover los labios y hacer señales ora afirmativa ora negativas,

se sacó después el capucho y lo puso junto con la bujía, al lado de su tía Lucila que estaba cerca. Separó las manos y se inclinó muchas veces a besar el suelo; y así en esta actitud de profunda humillación, llegó hasta el rosal. Allí se volvió al pueblo, gruesas lágrimas como perlas, rodaban por sus mejillas, con un gesto enérgico hizo señas a todos que se inclinaran y besaran el suelo. Ninguno parece comprender la señal, invadidos de gran emoción, nadie se mueve. Entonces Bernardita repite el mandato con más energía y casi indignada. Al instante todo el pueblo se encorvó como bajo la influencia de una corriente eléctrica y todos besaron el suelo. Había algunos que no pudiendo por estar demasiado apretados por el gentío tomaron un puñado de tierra y la besaron en la mano. Espectáculo sublime, igual al espectáculo de los cruzados cuando desde la cumbre de Mar Elías comenzaron a descender los muros de Jerusalen. "La Señora —contó después la vidente— me pidió que ruegue y haga penitencia por los pecadores y yo contesté: sí. "Enseguida me preguntó si caminar de rodillas no me fatigaba demasiado y si no me repugnaba besar la tierra,

y yo respondí: no; y me dijo que la bese así por los pecadores". (1).

La pobrecilla, que con un simple gesto había hecho inclinar todas las frentes, aún la de los incrédulos y de los soberbios, retornó a su sitio caminando de rodillas y besando la tierra y de nuevo vuelve los ojos extasiados hacia el nicho.

Una mujer la toma de un brazo y sacudiéndola le dice: ¡Arriba, ponte de pie! ¿estás loca?

La tía Lucila al ver a su sobrina que quedaba muda e insensible, vencida por la emoción, cayó desmayada. La chica se levantó rápida y le dice: "Tía mía, no temas". La visión había desaparecido...

Viernes, 26 de febrero.

Escribía el comisario al prefecto. La joven visionaria comenzó a besar la tierra dando a entender que esto era también orden de la visión. Naturalmente los demás tenían que hacer lo mismo.

Sábado, 27 de febrero.

Ese día con la presencia de más de mil espectadores, el éxtasis fué más radiante y

(1) Averiguación: Pene Peyrard.

más largo. Un testigo, el director de la Escuela superior de Lourdes escribía así: "Bernardita estuvo orando algunos instantes completamente inmóvil con vela en la mano. Un tiempo después su cara empalideció de una manera extraña. La ví sonreir haciendo reverencias para saludar, repentinamente obscurecerse como para llorar luego volver a sonreir y a saludar. Esa tristeza particular que adquiría su semblante en algunos instantes, esa sonrisa dulce e indefinida, aquellos ojos vueltos hacia el cielo y de los que no se veía más que lo blanco la hacían, a Bernardita, irreconocible, se hubiera dicho que no era de este mundo.

"Se levantó y arrodilló de nuevo, recorrió hincada el camino que la gente le abría para llegar a la gruta. Se acercó a la roca, quedó allí quieta unos instantes y descendió para salir del mismo modo. Yo estaba ya impresionado vivamente, pero cuando la ví ir y venir andando de rodillas, la tuve gran compasión.

Constaté que la chica en ese estado era ajena a todo lo que la circundaba y que su visión derivaba de la concentración de sus facultades intelectuales.

El éxtasis iba a terminar, la Señora le encargó un mensaje. "Ve a decirle a los sacer-

dotes que se debe construir una capilla en este lugar".

Por la calle la chica iba pensativa. Deseaba cumplir la orden de la Señora; pero ¿cómo tener el coraje de presentarse al tosco cura de Lourdes? "El es bueno, decía para sí, pero me amedrenta más él, que un gendarme". En su juicio solo atendía a la apariencia exterior.

El cura de Lourdes era un hombre de más de cincuenta años: cabello crespo, facciones duras como hachadas, frente alta y espaciosa, espalda de atleta, voz gruesa, imperiosa, algo ronca.

Aún los menos tímidos podrían cohibirse por su apariencia ceñuda y su voz airosa y retumbante, al no saber que bajo ese aspecto rudo se escondía un alma franca y leal un corazón siempre abierto a todas las miserias. "A primera vista no atraía", decía su amigo Estrade. Dos hombres había en él: uno todo rudeza, el otro bueno, sencillo, digno de la mayor estima y veneración. El segundo hacía olvidar al primero ([1]). Como medida prudente, evitó siempre mezclarse en el asunto de Massabielle, aún más: un día había llamado a sus tres vicarios y con ellos

(1) Estrade: Las apariciones de Lourdes.

sostuvo más o menos esta conversación: Sabeis las voces que corren respecto a la aparición que parece haber ocurrido en la gruta cerca el Gave. No sé que podría haber de real y de fantástico en ello. Lo que debemos hacer, nosotros sacerdotes, es mantenernos en la más absoluta reserva. Si las apariciones son reales y de origen celestial Dios nos lo hará saber a tiempo y lugar; pero si son frutos de la imaginación o sueño de una mente enferma, o trucos para engañar, Dios no necesitará de nosotros para poner a luz la verdad".

Estaba en el jardín leyendo el breviario, cuando un tímido campanillazo le hizo suspender la lectura. Fue él mismo a abrir la puerta, picado por la curiosidad, dado que toda la gente del pueblo podía entrar libremente en el presbiterio sin necesidad de llamar.

Era una niña humilde y avergonzada, envuelta en su capucho blanco, acompañada de una mujer. Bernardita y la tía Lucila.

¿Quién eres tú? le preguntó a quemarropa el abad Peyramale. Señor cura —responde afablemente la chica—, yo soy Bernardita Soubirous.

Ah! tú eres Bernardita —dice el abad arrugando el entre cejo— Aquella Bernar-

dta de quien es cuenta tan lindas historias... pero entra chica. Y después de haber cerrado la puerta, pasó él adelante sin proferir palabra. En el salón bajo un crucifijo negro, único ornato de la pared blanqueada a la cal, el cura se sentó en un sillón viejo que dejaba ver el relleno y sin ofrecer asiento a las dos visitas se volvió hacia Bernardita que sentía latir fuerte el corazón.

¿Y bien qué quieres?

Después de un breve silencio, en el que la chica, que en vano había implorado con los ojos un estímulo, respondía tranquila y sin esfuerzo.

La Señora de la gruta me ha encargado que diga a los sacerdotes, que desea tener una capilla en Massabielle, y por eso he venido.

El cura quedó mudo, con una calma impenetrable y después de un instante: Pero... ¿qué es esa Señora de la gruta?

—Es una Señora muy bella que me aparece sobre la roca de Massabielle.

—Bien, pero... ¿quién es esta Señora? ¿la conoces? ¿es de Lourdes?

—No, no es de Lourdes y no la conozco.

—Valiente! —¿entonces haces encargos para una persona que no conoces?

—Oh! Sr. cura, la Señora que me manda no es como las otras!

—¿Qué quieres decir con esto?

—Quiero decir que es tan bella que creo no se puede serlo tanto, sino en el cielo.

—¿Y tú no le preguntaste el nombre?

—Sí pero cuando se lo pregunto, baja la cabeza, sonríe y no responde.

—Entonces es muda!

Oh! no! no es muda porque todos los días se entretiene conmigo...; y además si fuese muda no me hubiera dicho que viniera a hablarlo.

—Cuéntame, como te encontraste con Ella.

La hizo sentar al lado y escuchó, sin pestañar, con emoción mal contenida el relato de lo acontecido.

Enseguida comprendió que esta chica del pueblo, sin instrucción, decía simplemente lo que pensaba y que estaba tratando con un almita ingenua, límpida como el agua de los lagos montañeses en los que se refleja el cielo, y pensó para sí que esa sencillez debía estar unida a la verdad. Disimulaba sus pensamientos íntimos y la turbación interior y adoptando tono brusco dijo a Bernardita: En todo caso dile a la Señora que te ha mandado, que el cura de Lourdes

no tiene costumbre de tratar con personas que no conoce, y le dirás además que el cura exige antes que nada, que diga su nombre y pruebe que es efectivamente el suyo. Si esta Señora se cree con derecho a una capilla sabrá comprender mis palabras; si no las comprende, puedes decirle que en adelante se abstenga de enviar mensajes a la parroquia. Y sin más, como cerrando una conversación sin importancia, se levantó y acompañó a Bernardita y la tía hasta la puerta.

XII

Domingo, 28 de febrero

No había amanecido el 28 de febrero cuando ya una multitud de más de dos mil personas de Lourdes y sus contornos se encontraba en las proximidades de la gruta.

Hombres, mujeres, chicos, habían tomado por asalto las barrancas de Massabielle, los árboles y cualquier roca saliente.

Cuando a eso de las 7 llegó Bernardita, seguida de la tía Lucila apenas pudo abrirse paso.

"Yo pretendí seguirla —escribe Estrade — pero en cuanto pasaba, el gentío se cerra-

ba tras ella, y para ver tuve que ir a arrinconarme, no precisamente sobre un árbol como Zaqueo del Evangelio; pero sí sobre el borde de una roca que domina la gruta. Desde mi observatorio un cuadro de sublime grandeza que no olvidaré, se ofreció a mis ojos: alrededor de Bernardita, como una inmensa corona, un mar de cabezas, unas sobre otras, juntas, llevadas hacia adelante para ver mejor y en el fondo de este anfiteatro humano, el rostro seráfico de la niña reflejando sobre los espectadores como un pequeño sol, la irradiación de la Señora, escondida en el seno de la roca.

Imponente, majestuoso espectáculo del que no se podía apartar la mirada. Acá un obrero que de tanto en tanto, entre dientes iba agotando el bagaje de bajas y vulgares interjecciones para expresar su gran embeleso; allá un hombre de letras que habiendo olvidado a Dios, se esforzaba por hacer asomar de sus labios la antigua plegaria aprendida en la niñez. Obedeciendo a la aparición, la niña repitió los mismos actos de penitencia del día anterior. Cuando quiso salir arrodillada no había forma de conseguirlo. Dos soldados del fuerte rompieron el gentío, se pararon frente a la vidente y emprendieron a codazos y espaldazos gritando: "Paso, de-

jad paso" y la chica pasó. Uno de los soldados visiblemente conmovido en cierto momento dirigióse al compañero en estos términos: "Y después que nos digan a nosotros que la aparición es un embuste". "Tendrán que vérselas conmigo aquellos estúpidos fanfarrones de la compañía. A pesar de la garúa la chica delicada, con una vivacidad sorprendente no habitual en ella, tres veces subió y bajó de rodillas, manos y labios en la tierra mojada.

La misma guarda de campo que se encontraba, no pudiendo contener su entusiasmo y admiración, gritó en tono de mando ¡Abajo las cabezas, besad el suelo todos! Singular, ridículo y grotesco hubiera resultado en otro lugar. Todos se inclinaron y todos sin repugnancia besaron el fango.

Vuelta a su estado normal, la niña quiso ocultarse a la mirada y curiosidad de todos, y seguida de un grupo convenido fué a la iglesia para asistir a la Misa mayor. En el relato a la prefectura ese día describían lacónicamente y sin floreo todo lo ocurrido: "Domingo 28 de febrero: la misma muchedumbre en escena y los mismos gestos; éstos desde el viernes fueron aumentando. No solo la visionaria se arrodilla, sino toda la gente, para rezar el rosario como ella".

La misma mañana algunos obreros de Lourdes cavaron un canal por el que el agua de la fuente iba a echarse en un lago vasto circundado de gruesas piedras. Abrieron un sendero que en zig-zag conducía desde la gruta a la cumbre de la roca.

Por su parte el comisario pasaba y repasaba todas las hojas del código: no encontraba ningún artículo que prohibiese arrodillarse sobre un terreno de propiedad comunal. No era la vidente que atraía y reunía tanto gentío; en ese lugar tan chico no había ocurrido ningún accidente, ni desórden y además se sabía que ni la niña ni ninguno de su familia habían procurado obtener la menor ventaja material.

Era bien notorio al querer acusar, a la pobre familia Soubirous, de mentir, el procurador general había desplegado todo su arte y Jacomet toda su astucia.

El juez de instrucción, Rives, se creyó más vivo que sus colegas.

No bien Bernardita salió de la iglesia con sus compañeras de escuela, cuando el cantonero Latapie, por orden del comisario la toma de un brazo!

—¿Qué quiere Vd? preguntó ella.

—Pequeña mía, debes venir conmigo.

—Tiee me hort, e quem des caparei. Tenedme fuerte, que yo escaparé lo mismo.

Cuando estuvo frente al juez éste la recibe diciendo:

—¿Estás aquí pilluela?

—Sí, sí estoy aquí.

—Te encerraremos... ¿qué diablo vas a buscar en aquella gruta? ¿Y por qué haces correr hacia allí a toda la gente?

¿Hay alguién que te acicatea para hacer eso?

Basta, te pondremos presa. Y la pobre que tenía en el pecho todo el tesoro de verdad, como Juana de Arco, respondió:

Que soï presto: boutami, e que sia souli doé pla clabado e qu'en descapereï. "Estoy pronta, prendedme y ponedme en una prisión bien sólida y cerrada, escaparé lo mismo".

El juez encolerizado dice: Renuncias a ir a la gruta o te hago cerrar en la prisión. "Num pribareï pas de y aná". "No me privaré de ir"

Y yo te haré morir en la prisión.

La superiora del hospicio entró en ese momento. "Señor! Le suplicó dejeis esa niña, no la hagais morir".

El cantonero mientras tanto ignorando todo, y que había asistido al interrogatorio

no paraba de exclamar: Es preciso que sea una santa o que tenga mucha inspiración la pobre chica, para quedarse tan tranquila y conservar toda su sangre fría.

Al fin el juez se inclinó y susurró al oído del comisario: "Basta, dejémosla ir, no tenemos nada que hacer".

Bernardita salió, con la más evidente señal de lo sobrenatural y por la calle dice a le hermana: Que y bonï, aná, qu'ei et darré dia ditjaous. Quiero ir el jueves, como último día. (1).

XIII

Lunes, 1º de marzo.

Se aproximaba a grandes pasos el final de los quince días y los éxtasis eran cada vez más radiantes, la chica adquiría caracteres de una tristeza cada vez más profunda.

El lunes 1º de marzo, la vidente hizo los mismos gestos de dos días antes. Mientras descendía del nicho siempre de rodillas y besando la tierra, de improviso se detuvo y se cubrió la cara con las manos, presa del más profundo dolor: alguien pasando había

(1) Deposición Letapie.

movido una rama del rosal y ella temió que hubiera hecho caer a la Señora. Ya el día anterior el guardia que le había dicho "cuidaré que nadie te pise la mano" le había dicho: "prefiero que cuide que nadie toque el rosal" Expresión sincera del amor hacia la Señora y prueba tangible de su sencillez, y de su profunda convicción de que la visión era una persona de carne y hueso con la que conversaba —decía ella— libremente como haría con cualquiera otra.

Cuando estuvo de vuelta en su habitual puesto, la vidente sacó del bolsillo un rosario y se lo mostró a la Señora, llevándola a la frente. La gente creyó que se trataba de una bendición de los rosarios y cada uno levantaba el suyo como había hecho Bernardita. Esta había usado el rosario de una señora pía para complacerla, y la Señora le preguntó: ¿dónde tienes el tuyo? La chica sacó el suyo que valía veinte o treinta centavos y la Señora mostró agrado con una sonrisa. A cambio de su condescendencia la Señora le enseñó que su corona, aunque fea y sin valor, debía ser un tesoro.

Dos o tres días después se leía en un diario parisiense: "La pequeña comediante del molinero de Lourdes, la mañana del primero de marzo, volvía a reunir a su alrededor

en la roca de Massabielle un gentío de cerca de dos mil quinientos imbéciles. Es imposible describir su tontería y cretinismo. La visionaria se sirve de ellos como de una banda de monos y les hace repetir toda clase de gestos. Esta mañana la petonisa pretendiendo hacerse la inspirada se cambió en sacerdote, para variar, y dándose aires de autoridad, hizo que todos encantados presentaran sus rosarios e imparte la bendición general. "El autor de este artículo era un faro de ciencia, pertenecía al círculo del Café Francés".

XIV

Martes, 2 de marzo.

Al finalizar el éxtasis del martes 2 de marzo, Bernardita declaró que la Señora le había encargado una doble misión: "Vd. irá a decir a los sacerdotes que construyan aquí una capilla y que vengan en procesión". (1).

Se había levantado triste, al pensar que debía ir a ver de nuevo al abad Peyramale, que no lo tenía "tan a mano" decía ella más tarde. Fué a rogar a su tía Basilia, que la acompañara.

(1) Averiguación: Abad Pomian.

Esta no quería ir a la parroquia, pero al fin viendo tan afligida a la sobrina consintió.

El recibimiento no fué como para animar.

—¿Qué vienes a contarme otra vez? dijo el cura áspero. Cuando oyó la palabra procesión, se obscureció y con voz agria y cortante responde: "otra más fresca para añadir " a todas las otras, mi buena chica. O me " cuentas mentiras o la Señora que te habla " no es más que la falsificación de aquella " que quiere parecer. Si fuese la que desea " aparentar sabría que un cura no tiene " autorización de tomar la iniciativa para " manifestaciones de ese género. Debería " haberte dirigido al Obispo de Tarles y no " a mí. Basta. Cortemos: si esta Señora es " realmente la que haces presumir su nom- " bre yo le enseñaré un medio para hacerse " conocer. Está sobre un rosal no? Bien dile " que uno de estos días lo haga florecer en " presencia de toda la gente. Cuando ven- " gas a decirme que eso acaeció te creeré e " iré yo acompañarte a Massabielle".

Bernardita sonrió y se despidió junto con la Tía.

El excelente Abad quería un prodigio y hasta indicaba cual. Olvidaba que Dios no

es siervo como para dejarse imponer condiciones.

* * *

La mañana del miércoles 3 de marzo la pobrecita estuvo llorando y suplicando; pero la ojiva quedó vacía. Se levantó en un mar de lágrimas. No podía resignarse de no haber visto a la Señora, pero lo que más la afligía era haberse hecho indigna por alguna falta. De las cuatro mil personas allí reunidas, unas se fueron desilucionadas, otras conservaron la impresión de la perfecta sinceridad de la chica. Si la aparición, pensaban estas fuese un fenómeno de alucinación, éste se hubiera producido tanto el miércoles como el martes y los días anteriores, siendo iguales las condiciones de tiempo lugar y personas.

XV

Jueves, 4 de marzo.

Corría la voz, sin que Bernardita hubiera dicho palabra, que en la última aparición la Señora daría su nombre y haría florecer el rosal. Así al caer la tarde el barón Massy, prefecto de Tarbes, había enviado al síndico

de Lourdes la siguiente misiva: Teniendo conocimiento que la visita fijada por la visionaria para mañana 4 de marzo, día de mercado, estaría marcada por algún acontecimiento extraordinario, tenemos motivo para creer que la afluencia a la gruta será mayor que de ordinario. Lo invitamos pues a tomar las medidas necesarias para garantizar el orden público. Con el fin de evitar el error a esa parte de la población que se ha dejado inducir a dar crédito a las alucinaciones de la chica, la gruta deberá ser vigilada toda esta noche y que mañana se encuentren allí un miembro de la Administración municipal y el comisario de policía.

Estas órdenes fueron seguidas al pie de la letra: la gruta, sus alrededores, cada roca de Massabielle, todo era puesto bajo la más severa custodia. Mientras tanto el sub-prefecto y el pretor habían dado aviso a las autoridades eclesiásticas que con gendarmes de Lourdes, de Saint-Pé, Argelez y guardias municipales se habría mantenido órden.

Al despuntar el alba, la gruta, las pendientes de la montaña, los árboles, el gran prado del otro lado del Gave, estaban negros de gente, más de veintiun mil personas apiñadas con atención febril para ver aparecer a la extática. La tropa y los gendarmes a ca-

ballo hacían circular la gente a las buenas o a las malas. El síndico, el asesor más antiguo, el comisario de policía con sus bandas a la entrada de la gruta, vigilaban que el orden fuera mantenido escrupulosamente.

Llegó Bernardita precedida de dos gendarmes que con el sable desenvainado la hicieron pasar. Se arrodilló en el mismo puesto donde lo hacía todos los días, y después de algunos instantes la visión comenzó. El éxtasis duró más de una hora; pero todo ocurrió como siempre. La Señora no había revelado su nombre, el rosal no floreció.

A la tarde, la chica fué a decirle al Señor cura que la Señora había contestado a sus preguntas con sonrisas.

Y yo —dice, el Abad Peyramale— no puedo hacer lo que Ella pide. No me dice el nombre... ¿Te pidió que vuelvas a la gruta?

No, no me dijo nada.

La Visitante celestial se había ido sin dar sus últimos adios.

* * *

Durante la quincena, excepto una sola mañana, el tiempo se mantuvo lindo y sereno y un aire tibio hacía pensar en una primavera anticipada, en ese lugar. Luego de nuevo

el frío, de nuevo la nieve cubre de blanco manto las montañas, la aldea, la gruta.

Los días pasaron tristes, muy tristes para Bernardita. Aguijoneada por aquel dulce recuerdo cotidiano, del que sacaba fuerza y vida, al salir por la tarde de la escuela, corría a Massabielle. La ojiva siempre vacía. Estaba terminando marzo. El invierno se había ido. Cada árbol presentaba sus brotes y el blanco espino estaba en flor. El corazón de Bernardita siempre sumergido en profunda tristeza.

Jueves, 25 de marzo.

La noche del 25 de marzo sintió en lo profundo del alma un nuevo y más fuerte llamado de la visión. Ebria de gozo contó a sus padres y se fué a acostar. Pero como conciliar el sueño? ¡Qué larga fué la noche!

Al alba ya estaba levantada y acompañada por la madre corrió a Massabielle llena de esperanzas.

Cielo sereno, algunos peregrinos llegan a celebrar el aniversario del día que el Arcángel S. Gabriel dijo a una jovencita de Galilea "Ave, llena de gracias".

Oh! que estupor, que deliciosa sorpresa para Bernardita! La Señora estaba como es-

perándola, dulcísima y sonriente, acariciaba con una mirada tierna como de madre, a la gente en oración.

Bernardita cae de rodillas, queda unos instantes inmóvil en muda contemplación y enseguida su cara cambia de expresión, poco a poco y sus labios se separan como otras veces.

Ella quería indagar el nombre de la Señora "Señora mía ¿quereis tener la bondad de decirme quien sois? Dos veces formuló la pregunta y dos veces una sonrisa fué la respuesta. Pero esta sonrisa era tan amable y suave que con voz suplicante Bernardita por tercera vez insistió. Entonces tomó la Señora un aire grave y humilde, tendió hacia abajo los brazos como en actitud de conceder, elevó al cielo la mirada y levantando las manos juntas hasta el pecho dice: "*Que soy era Immaculado Conception*". *Yo soy la Inmaculada Concepción.* Y desapareció en el mismo momento.

La fuente continúa murmurando, el "Que soy".

Cuando Dios dijo: "Yo soy El que soy" quiere decir que es el Ser Eterno y María al proferir las palabras dulces: "Yo soy la Inmaculada Concepción" reveló su nombre, si, bien suyo, perteneciente a Ella sola, como

El Ser pertenece a Dios y al mismo tiempo quiere significar que Ella es la pureza, la única sin mancha, la única belleza, la única colmada de dones, obra maestra de amor por excelencia, la apoteosis, el complemento de toda la Trinidad; quiere declarar que Ella es la personificación del reconocimiento a Dios.

Levantándose, Bernardita pidió a su tía Lucila la vela que tenía encendida. La Señora me preguntó, si quería dejar consumir la vela en la gruta; pero no siendo mía, no podía hacerlo sin el consentimiento de Vd. La tomó y la llevó al pie del nicho.

Dos días después, el comisario de policía escribía al prefecto: Si quiere tener una idea de la gruta, durante todo el día 25 de marzo bástele saber que ardían cincuenta y dos velas aun a las once de la noche y que a medio día se contaban setenta y cinco. Desde ese día centenares y millares de bujías iluminan la gruta y consumiéndose lentamente gota a gota, prolongan el homenaje y la plegaria de los corazones cristianos.

El 8 de diciembre de 1876 nuestra pastorcita convertida en Sor María Bernarda preguntaba a una religiosa ¿Han escrito otros libros sobre Lourdes?

—No creo —no he oído hablar— responde la Hermana quien nos narra esto.

—Pregunté eso porque desearía que la aparición en la que la Santísima Virgen dijo su nombre, fuera mejor descrita en todos sus detalles.

¿Ha olvidado decir algo importante?

—Oh! no. Yo dije todo; pero encuentro que en los labios, cuando se habla de esta aparición, se va muy rápidamente y se saltan muchos detalles.

¿Y cuáles son estos detalles? Hermana mía.

Bernardita quedó pensativa un momento y luego dibujóse en sus labios una de esas sonrisas divinas que hacían pensar: "Cuando la Virgen sonreía debía hacerlo como Bernardita" y comenzó esta descripción, de la que conservo el más vivo recuerdo: "El abad Peyramale me había amenazado con no recibirme más e impedirme hacer mi primera comunión, si no obligaba a la Señora a decirme quien era. Tres veces le había preguntado y tres veces me respondió con sonrisas. Un día comprendí en la expresión de su sonrisa que me lo diría: "Yo soy la Inmaculada Concepción" murmuró dirigiendo sus bellos ojos al cielo. Al oír estas palabras que yo no comprendí se me ocurrió decirle:

¿Pero entonces sois Vos la Santa Virgen? En ese momento creí, que fuese alguna alma del purgatorio que en vida hubiera llevado ese nombre.

—¿Y, dijo su nombre? me preguntaban todos rodeándome. Este fué otro gran dolor para mí.

—Sí, contestaba yo avergonzada.

—¿Es la Santa Virgen?

—"Yo no lo sé". En efecto en cuanto pregunté si era la Santa Virgen la aparición desapareció. Quedé triste y turbada, puesto que no podía persuadirme que Aquella que se había presentado como Inmaculada Concepción fuese la Virgen María.

El cura estaba ya advertido de lo que había pasado y cuando fuí a hablarlo me esperaba en la Sacristía. Me presenté temblando y sus primeras palabras que no olvidé ni olvidaré fueron: Bernardita si continúas burlándote de nosotros, te dejaré llevar presa por el comisario. Yo lo miré asombrada ¿Te haces la ingenua? Me dijeron que la llamada aparición te ha dicho el nombre y ahora... no te lo acuerdas.

—Sí, Sr. cura, yo lo recuerdo muy bien; pero temiendo haberme engañado no lo dije a nadie.

—En fin, es la Virgen a quién ves?

—No creo; es la Inmaculada Concepción.

En este momento el abad Peyramale, ordinariamente rojo empalidece y con voz trémula interrógame.

¿Quién te enseñó estas palabras?

—La Señora.

—¿No la has oído talvez ya?

—No, nunca, Señor cura.

—Vete, pues.

La misma noche la querida chica fué invitada a casa de Estrade, recibidor de contribución indirecta y le rogaron que contara la aparición de esa mañana. Consintió gustosa y cuando llegó al fin de la narración, se detuvo un momento —escribe Estrade— sus ojos se llenan de lágrimas y con voz temblorosa y con expresión seráfica repite la contestación de la Virgen "Yo soy la Inmaculada Concepción". Se volvió hacia mi hermana y con su ingenuidad le preguntó: Pero... señorita que significan estas palabras "¿Yo soy la Inmaculada Concepción?"

Se engaña a la gente con palabras que se conocen —agrega dicho Sr. Estrade— pero no con las que se ignora el significado.

Oh! Virgen Inmaculada! Permitidnos que os saludemos con estas mismas palabras que Vos con gran júbilo del Cielo, quisiste hacerlas conocer profiriéndola con vuestros

mismos labios purísimos. Nosotros la repetimos con el corazón lleno de toda la admiración para vuestra belleza y de todo el amor para vuestra divina bondad.

Desde la orilla del Gave se elevó un canto sin fin, que no se debilitará sino que se hará potente, inmenso, el canto de vuestros innumerables hijos, que desde los límites extremos del mundo acudieron y acuden para venerar los rastros de vuestros pasos y traeros sus homenajes, oh! Virgen Inmaculada.

* * *

El pueblo se mostraba contento y satisfecho y el comisario en acecho escribía al prefecto: Desde el 4 de marzo no habíamos visto una afluencia tal; un ir y venir continuo de la ciudad a la gruta y de la gruta a la ciudad, hasta las diez de la noche. Este asunto no terminará por si mismo. "Entonces el Barón Massy para cortar todas estas manifestaciones que le parecían transpasar los límites consentidos por las leyes, recurrió a medios extremos y escribió al Ministro de Cultos, Rouland: "Di la orden de someter a la chica a un examen médico y si es el caso hacerla internar".

El síndico encargado de ejecutar la orden para estar más seguro, por su parte, nombró

una comisión de tres médicos. Estos fueron a la escuela de las Hermanas y embebidos de las teorías de Gall y Broca hicieron comparecer a la chica y delante de la superiora, comenzaron a golpearle el cráneo acá y allá, de arriba a abajo y por todas partes. Con la mayor desilusión no encontraron ninguna protuberancia reveladora de la locura y para añadir, la chica a sus miles preguntas minuciosas responde con su característica ingenuidad y franqueza, calma y precisión como para desarmar a cualquiera.

He aquí el proceso verbal: "Nada prueba que Bernardita haya querido imponerse al público. Esta chica es naturalmente impresionable y pudo ser víctima de una alucinación. Sin duda un reflejo de luz llamó su atención hacia la gruta y su imaginación, bajo la influencia de una disposición especial moral, dió a este reflejo de luz, la forma que comúnmente impresiona a los chicos: la de las estatuas de la Virgen que ven en los altares. Por lo tanto los suscriptos creen que Bernardita Soubirous pudo presentarse en un estado de éxtasis reproducido muchas veces; que dicha niña sufre especial afección moral cuyos efectos se revelan en esos fenómenos de la visión. En las condiciones actuales, la enfermedad que creemos

poder atribuir a Bernardita no da lugar a apreciaciones y es presumible que en cuanto Bernardita vuelva a sus habituales ocupaciones, cesará de soñar con la gruta y las cosas maravillosas que cuenta" (1).

Al leer este documento, el prefecto no pudo contener un acto de impaciencia y mal humor. Había esperado que la ciencia revelaría cualquier misterio y he aquí que salían con una serie de conjeturas y aserciones dudosas en lugar de una condena en forma. Resultaba un documento sin ningún valor, era mejor no tenerlo en cuenta y continuar en su empresa. Y tuvo esta osadía.

El síndico de Lourdes y el procurador general, debían presentarse en su nombre al abad Peyramale para anunciarle que Bernardita sería conducida a Tarbes y retenida por cuenta del departamento.

---

(1) Uno de ellos el Dr. Balencie que más tarde consagró quince años de su vida, a constatar y afirmar en Lourdes los certificados de curas milagrosas, escribía en 1878 después de la muerte de sus dos colegas: "Nosotros no habíamos podido nunca sospechar de Bernardita, doblez, estábamos desconcertados no en una sola visión, sino observando su continuidad, la variedad y todo el complejo de fenómenos que se producía en las diversas apariciones nos dejaba más perplejos y menos inclinados a aceptar la hipótesis de las alucinaciones. No podíamos comprender como un mismo sujeto en las mismas condiciones de tiempo y lugar se encontrara en la imposibilidad de ver, en dos veces consecutivas, lo que vió en la primera vez.

A esta noticia el buen sacerdote dió rienda suelta a una de las más santas indignaciones de su vida.

—Si el Obispo, el clero y yo mismo, esperamos que se haga más luz sobre los sucesos de la gruta para pronunciarnos sobre su carácter sobrenatural, es porque tenemos elementos esenciales y suficientes, para emitir juicio sobre la sinceridad de Bernardita y la integridad de sus facultades intelectuales.

Vuestros propios médicos no encontraron lesión cerebral alguna y no tuvieron el coraje de afirmar nada concluyente. Conozco el deber de protección que incumbe al pastor en su parroquia. Id a decir al Sr. Massy que sus gendarmes me encontrarán resguardando a esta pobre familia y podrán tirarme al suelo, pisotearme pasando sobre mi cuerpo, antes que tocar un solo cabello de aquella chica.

Podía comprenderse que esas palabras prometían hechos.

El prefecto comprendió la antífona y aunque a su pesar, creyó prudente capitular para no provocar la indignación general.

XVII

Miércoles, 7 de abril.

Pasaron quince días sin que el corazón de Bernardita sintiera el dulce llamado que precedía a las visiones.

La noche del martes después de Pascua, la voz celeste se dejó oír de nuevo y al día siguiente tempranito Bernardita fué a la gruta.

La Inmaculada ubicaba junto a la niña, ese día, a un hombre de gran probidad científica, sin prevenciones nada propenso a aceptar explicación de hechos milagrosos de ninguna especie y verdaderamente excéptico a todas las creencias basadas en lo sobrenatural.

Era el Dr. Dozous que ya hemos mencionado.

He aquí el resultado de sus observaciones:

"Bernardita arrodillada, recitaba su rosario con un fervor angelical, con la izquierda pasaba las cuentas y con la mano derecha sostenía una vela encendida. Se preparaba para ascender como siempre, de rodillas; pero súbitamente se detuvo; acercó su diestra con la vela prendida, a la mano izquierda y la llama lamía sus dedos bastante se-

parados uno de otro, de modo que fácilmente pasaba entre ellos. En ese momento soplaba el viento y no observó alteración en la piel tocada por la llama. Extrañado de esto, impedí a los presentes que hicieran acto alguno que pudiera turbar a la chica y con reloj en mano observé un cuarto de hora esa actitud suya. Bernardita después de este intérvalo adelantó siempre en éxtasis, hacia lo alto de la gruta y alejó las manos una de otra separando así su izquierda de la llama. Cuando hubo terminado la oración volvió al estado natural, se levantó, quiso irse.

Yo la retuve un momento, y le rogué me mostrara su mano izquierda. La dí vuelta y examiné por todos lados. No había ni trazas de quemaduras. No satisfecho plenamente pedí a la persona que llevaba la vela que volviera a encenderla. La puse varias veces bajo la mano izquierda de Bernardita y ella la retiraba instantaneamente diciendo: Oh! quema! "Narro el hecho tal como lo ví, muchos que estaban cerca como yo de Bernardita, constataron: cuento sin comentarios". (1).

Se sabe que en el recrudecimiento de ciertas crisis nerviosas, histerismo, epilepsia, la

(1) Dr. Dozous: La gruta de Lourdes "Este milagro —asegura Estrade— ya se había producido otra vez".

carne puede quedar insensible al dolor. La ciencia explica estos hechos ¿Pero llega a explicar como la llama de una bujía, pueda estar quince minutos bajo una mano sin quemarla, o producirle a lo menos una mínima lastimadura? La insensibilidad atribuida a cualquier enfermedad nerviosa no habría impedido que los tejidos en contacto con la llama se carbonizaran. ¿Se puede entonces suponer que las manos de Bernardita estuvieran protegidas por una substancia, refractaria incombustible? Eso sería pueril ¿Y podría esta substancia preservarla durante quince minutos? Además, la chica no habría recobrado la sensación de dolor, cuando el Dr. Dozous, sin advertirla, le ponía bajo su mano una vela encendida. Es necesario reconocer que se dejaba momentáneamente, de cumplir una de las leyes fundamentales de la nautraleza, de un modo excepcional. ¿Y no nos obliga a reconocer que la Virgen María con este prodigio quiere refutar todos los esfuerzos de aquella comisión de médicos?

* * *

El gentío aumentaba cada vez más en torno de la gruta, según la estadística ofi-

cial era visitada diariamente por muchos miles de personas.

Esto molestaba al Sr. prefecto, el cual no pudiendo sacar del medio a la vidente y suprimir de golpe la causa de las manifestaciones, recurre a la idea de poner obstáculo a la concurrencia. Creyó evitar la responsabilidad dirigiéndose al ministro quien contestó: Nadie tiene derecho de constituir oratorios o reunir personas en lugar público para el culto, sin previo consentimiento de la autoridad civil y eclesiástica.

Para dar cumplimiento a los artículos de la ley —añadía— se puede proceder a la inmediata clausura de la gruta, la que está transformada en capilla" pero inmediatamente observaba: Es de temer que haciendo bruscamente uso de estos derechos, surjan graves inconvenientes, es prudente por el momento limitarse a impedir que la joven visionaria retorne a la gruta. Tómense todas las medidas tendientes a impedir las visitas frecuentes a dicho lugar, a reducir la afluencia desviando poco a poco la atención del público. Y concluía con esta recomendación: Es necesario que se ponga de acuerdo con el clero, sería de enorme utilidad, dirigirse a Monseñor Obispo de Tarbes, en un asunto tan delicado; lo autorizo hacerlo en

mi nombre, diciéndole que no creo que él consienta un estado de cosas que siguiendo así puede dar lugar a nuevos ataques al clero y a la religión".

Munido de la orden del barón se presentó al obispo Monseñor Laurence. Era una mente fría, meditativa, práctica, tenía el hábito de pesar y controlar bien antes de pronunciarse.

El angel de las tinieblas, mientras, para engañar a la gente y destruir la obra de la Inmaculada, recurrió a las parodias: muchas chicas, tenían también sus visiones en la misma gruta. Todo esto turbaba la opinión pública, engendraba temores y desesperanzas, suscitaba orgullos e ilícitos deseos.

Así se le ocurrió al Sr. Prefecto el siguiente dilema que propuso al prelado: "O las apariciones son verdaderas y merecen sanción o son falsas y deben reprobarse".

El Obispo respondió que era su deber aplazar por el momento cualquier juicio, esperando en la Providencia. Ella sola pondría en claro la verdad.

Después de esta nueva afrenta, el barón Massy no sabiendo como desahogar su ira, se las tomó con los síndicos del cantón de Lourdes que ese día había ido a la ciudad para acompañar a los conscriptos. Se diri-

gió a ellos apelando a su buen sentido, a su iluminado juicio, su devoción para contener la masa fanática que partiendo de sus comunas iban a volcarse en Lourdes, invadían todos los lugares adyacentes a la gruta, hacían miles genuflexiones y se daban a prácticas de idolatría.

Los síndicos, todos buena gente, la mayor parte de los que ya habían estado en Massabielle y allí se habían arrodillado con sus familias se sintieron incómodos al verse considerados "fanáticos, idólatras" y quedaron mudos e impertubables, bajo esas ínfulas de elocuencia oficial.

El orador se volvió a la prefectura cabizbajo.

No sabiendo que más hacer, ni que inventar fuera de si por la verguenza y la ira, el representante del estado dió entonces la orden al comisario de hacer sacar de la gruta todos los emblemas religiosos, imágenes y ornamentos que desde hacía un tiempo habían llevado allá "en contra de la ley".

La ejecución de esta obra no se hizo sin dificultad.

Jacomet fué de puerta en puerta pidiendo un carrito para llevar esos objetos religiosos; pero en cada puerta no encontró más que miradas torvas, reproches, injurias.

Recurrió a la amenaza y al fin encontró una buena mujer que le prestó carro y caballo.

Cuando las mujeres oyeron que el pregonero público decía que todos esos objetos serían levados al municipio y puestos a disposición de quienes lo reclamaran, fueron en masa, cada uno tomó el suyo y lo volvió a llevar a la gruta.

En la noche las bujías en cantidad iluminaban la gruta.

En el círculo de libre pensadores se alimentaba la esperanza que al terminar la fusión de la nieve la fuente se secaría; pero esa esperanza no se vió cumplida; en torno, el terreno era seco y la fuente se obstinaba a dar su constante tributo.

Lo peor es que ella hacía curaciones instantáneas, (1) las cuales eran efectivas y re-

---

(1) No citaremos más que algunas.

El 27 de febrero un minero de Lourdes Luigi Bouriette, mojándose los ojos con un poco de esa agua todavía llena de fango, curó de una amaurosis crónica incurable, que se la había producido en la explosión de una mina.

Al día siguiente un chico de dos años, Justino Bouhohorts, fué sumergido en ella con los ojos fijos y la respiración imperceptible. Vuelto a su cuna durmió un sueño tranquilo, y cuando se despertó con sus mejillas rosadas, ojos vivarachos y apesar de no haber caminado nunca, se puso a correr y saltar sin ayuda alguna.

Biagetta Soupenne, cuyo apellido de casada era Cazenave, afectada de estrabismo con inversión e infragione de la

conocidas por certificados de médicos de valor como el Dr. Dozous y el Dr. Verges profesor agregado de la Universidad de Montpellier.

¿Se debía entonces poner en duda estas curaciones y decir con el filósofo Hegel acerca de los milagros: "Tanto peor para los hechos"? Pero las curaciones aumentaban día a día y siendo los curados, la mayor parte gente de Lourdes no era muy prudente sostenerse escéptico a estas pruebas evidentes de lo sobrenatural.

Queda aun un camino que tentar, un recurso todavía: el de prohibir el uso de esta agua. Muy bien, ¿pero cómo hacer?

El prefecto se devanaba los sesos y así también los otros grandes genios.

Algunos socios del círculo, miembros del Consejo municipal de Lourdes, propusieron dar autorización al síndico del lugar para hacer analizar el agua de la gruta. Si las curaciones se producían únicamente por virtud del agua entonces no era necesario vaci-

---

mucosa de los párpados, después de lavar por tres veces los ojos con esta agua, los tejidos se regeneraron y los párpados curaron.

El 1º de marzo Catalina Latapie, con parálisis en el brazo derecho, conseguía el movimiento, después de sumergirlo en el agua de la fuente.

lar en reconocer el número y la importancia de ellas.

Como se puede imaginar las deliberaciones fueron transmitidas al prefecto, el cual se condolió para sus adentros de no haber tenido, él primero una idea tan genial y encargó del análisis a un químico de su confianza plena, el farmacéutico Latour di Trie, consejero general de su cantón.

Este para corresponder a tanta confianza y fe, ocho días después, el 6 de mayo, enviaba el informe siguiente:

ANALISIS QUIMICO

"El agua de la gruta de Lourdes: es limpidísima e inodora, sin sabor particular, su peso específico es casi siempre igual al del agua destilada.

Contiene:

1. Cloruro de sodio, calcio, magnesio en abundancia.
2. Carbonato de calcio y de magnesio.
3. Silicatos de calcio y aluminio.
4. Oxido de hierro.
5. Sulfato de sodio.
6. Fosfatos: vestigios.
7. Materia orgánica.

"Constatamos en esta agua, la ausencia

completa del sulfato de calcio, lo que le confiere la cualidad de ser liviana y de fácil digestión, útil en la economía animal para el equilibrio de las funciones vitales.

"Visto el conjunto y cualidades de las substancias que la componen, no creemos exagerar, diciendo que la ciencia médica no tardará tal vez, en reconocer, virtudes curativas especiales, las que la harán admitir en el número de las que ya forman la riqueza mineral de nuestra región.

Firmado: Latour
Farmacia de Trie.

El barón Massy y los libre-pensadores se sintieron sublevar. Cierto! las curaciones existían, habían sido reales, claras y brillantes a la luz del sol y cuidado con el que se hubiera atrevido a ponerlas en duda! La ciencia había dado su veredicto y bien pronto se habría construido, en la roca de Massabielle un establecimiento balneario con su restorante, sala de juego etc. etc...

Una cosa no resultaba bien; el análisis había sido hecho en forma poco detallado, era un análisis cuantitativo y terminaba con una hipótesis poco científica la que todo lo más que podía significar, era que el agua de la gruta era potable.

Pero esto poco importaba. La orden fué redactada, firmada por el síndico y por el prefecto. Decía así: que a partir del 8 de junio, ninguno, bajo pena de ser sometido a procesamientos legales podría ir a la gruta, servirse del agua o aunque sea solo entrar en la propiedad comunal.

Ese mismo día bajo la dirección del comisario, la gruta fué circundada por una empalizada y se puso centinela de guardia de día y de noche.

El pueblo se irritó y se sintió como provocado por tanto abuso ¿Qué podía haber de malo ir a Massabielle a orar?

¿Qué podía haber de malo ir a beber de esa agua que sanaba a los pobres enfermos?

El prefecto no tenía la intención de ceder esta vez y tampoco los habitantes de Lourdes querían soportar que se les pusiera obstáculos a su libertad religiosa.

El 10 de junio después de un día de fatigoso trabajo, los mineros se fueron en fila hacia la empalizada; un coro de voces robustas, alto y solemne, se elevó al cielo, delante de la ojiva para cantar la Letanía de la Santísima Virgen. Ellos esperaban que esta platónica demostración hubiera bastado para hacer revocar la orden prefectorial y una, dos, tres veces fueron a la gruta, pero la

autoridad quedó insensible o fingió no advertir nada.

Después de esperar una semana se les acabó la paciencia; desclavar los palos, arrancar los puntales y amontonar todo sobre la orilla del Gave fué cuestión de un segundo.

La empalizada fué reconstruída una primera y segunda vez, la tercera terminó en una hoguera.

La lucha se agriaba. El barón Massy hizo aumentar el número de los centinelas, y el número de las contravenciones también aumentó.

Los mineros ya se proponían dar a los agentes el mismo fin que a la empalizada. El fuego ardía bajo la ceniza y pronto estallaría.

El abad Peyramale previene el peligro. Desde el púlpito dijo el domingo siguiente: "Si entre nosotros hay algún obstinado que quiera hacer derramar sangre, vaya a la gruta, pero me encontrará en el puesto de los gendarmes y deberá pasar sobre mi cuerpo para avanzar".

Esta voz terrible que había conseguido atemorizar al prefecto, cuando éste quiso hacer prender a Bernardita tenía aún ascendiente sobre sus fieros paisanos.

Corrió la voz que un profesor del pequeño Seminario de Saint-Pe, laureado en ciencias Físico Matemáticas, había tachado como falso el análisis químico prefectoral; era éste un análisis de complacencia, según el docto profesor. El Consejo municipal de Lourdes deliberaba bajo la presión de la opinión pública así:

"Considerando que el agua de Massabielle analizada por el señor Latour, puede contener principios minerales.

Considerando que es interés de la Comuna que el nuevo análisis sea hecho por otro químico de igual valor, a fin de tener la opinión exacta, de dos especialistas en dicha materia; autorizamos al señor Síndico, para hacer analizar esta agua por el señor Filhol, químico de Tolosa".

El insigne profesor de química y toxicología de la Facultad de Ciencias de Tolosa, aceptó gustoso el encargo y dos meses después, enviaba su informe. En él estaban todos los datos del análisis cuantitativo y una conclusión clara y explícita exenta de todos los "tal vez": "Resulta que el agua de la gruta de Lourdes tiene una composición tal que la podemos considerar como un agua potable, análoga a las de la mayor parte de las aguas de montañas cuyo suelo es rico

en substancias calcáreas. Esta agua no contiene ninguna substancia activa a la que se le pueda atribuir alguna propiedad terapéutica. Puede ser bebida sin inconveniente".

En una carta que acompañaba a su análisis decía al Síndico: "Los efectos extraordinarios que atribuyen al uso de esta agua no pueden ser explicados, —por lo menos en el estado actual de la ciencia—, por la naturaleza de las sales que el análisis químico ha revelado".

La desilusión de los espíritus gobernantes fué cruel y completa y el prefecto que fué el primero en aceptar la virtud de esta agua, comprendió cuán humillante era su chasco.

Pero a pesar de todo con una falta de lógica incomprensible, mantiene la prohibición del acceso a la gruta.

XVIII

Viernes, 16 de julio.

Su nombre corría de boca en boca y sin embargo Bernardita era la misma pobre chica que va a la escuela, cumple su tarea escolar con esmero, juega, ríe, salta con las compañeras, toma su parte de pequeños dolores y pequeños gozos que acompañan comunmente la vida colegial.

"Fué admitida, al fin para hacer la Primera Comunión, pero por gracia decían las religiosas del hospicio, pues aún no sabía bien el catecismo".

Durante los ejercicios espirituales de preparación "ella como las demás, tuvo sus distracciones y recogimientos, sus desatenciones y sus fervores.

Bernardita confesaba que su mayor sinsabor era el de tener que encontrar algún pecado para su confesión general.

Llega el día del banquete celestial, el 3 de junio y su piedad no se manifestó con ningún signo exterior particular: ningún éxtasis, ni el mínimo indicio de misticismo. Recibió a su Dios sencillamente, con todo su candor.

Interrogada si fué más feliz en el día de su Primera Comunión, o cuando las visiones de María, había contestado: "No lo sé: esas cosas van unidas y no pueden ser comparadas entre ellas. Solo sé que en ambas circunstancias me sentí muy feliz. (1)"

He ahí que el 16 de julio, día de la fiesta del Carmelo, hacia la hora del crepúsculo mientras rezaba en compañía de algunas mujeres en el prado de Ribére, del otro lado

(1) Estrade: Las apariciones de Lourdes.

del Gave, ella ve a pesar de la distancia y la empalizada a Aquella que desde la eternidad es la delicia de Dios. "Está allá, está allá. Ella mira y sonrie a través de las barrancas.

El éxtasis duró cerca de un cuarto de hora; después la Inmaculada sonrie aún y dulcemente desaparece.

Las primeras sombras de la noche caían, el aire era tibio. Volviendo a su tugurio, la chica decía: oh! nunca la ví tan hermosa!

No la vería más aquí abajo, ní al día siguiente, ní después sino al llegar el eterno día.

* * *

La empalizada oficial no detenían la multitud que de continuo afluía a la ojiva y a la fuente.

El sargento encargado de la vigilancia y fiel a la consigna fué bien pronto insuficiente para redactar todos los procesos verbales.

Un día, en la larga lista de contraventores el comisario leyó los siguientes nombres: Almirante Bruat, gobernador del Príncipe Imperial... Luis Veiullot director del "Univers".

Cobrar la multa a personajes tan respetables le parecía delicado y peligroso; y no

proceder contra ellos era ponerse en el camino de la parcialidad injusta y arbitrariedad.

¿Qué hacer? ¿Cómo salvar el inconveniente? Corrió a casa del síndico, el que pidió consejo al prefecto, quién a su vez se dirigió al ministro. Este daba la orden de suspender todo procedimiento.

Entonces se tuvo la esperanza de que la empalizada sería retirada. Vana ilusión. El barón Massy se obstinó en que quedara fija, bajo la vigilancia del sargento. Esta era una afrenta, una injuria a la opinión pública y por este desafío se enviaban mensajeros a Napoleón III residente esos días en Biarritz. El emperador telegrafió al prefecto de atenerse a lo dispuesto el 8 de junio y no inmiscuirse más, en el asunto de Massabielle.

Así una pobre chica tímida y sin ninguna apariencia triunfaba de la triste conjuración que habían tramado prefecto, comisario de policía, síndico procurador general, ministro, químico y médicos, porque con ella y para ella estaba la Verdad.

CAPITULO II

Respecto al gentío

Los milagros son las credenciales de los embajadores de Dios. La Inmaculada para acreditar la palabra de su "evangelista", había hecho surgir instantáneamente bajo los dedos de ella un agua de infinitos prodigios, la cual curando los cuerpos reavivaba la fe en las almas.

Durante nueve años, la gente acude a Lourdes para ver a Bernardita, para oirla, para llamarla en alta voz "la buena, la virgencita, la santita".

En el transcurso de este tiempo la chica vivió primero con los padres que la habían retirado de la escuela, enseguida de haber hecho su Primera Comunión, y después a partir de 1860, con las Hermanas del Hospi-

cio que la aceptaron como indigente por recomendación del cura [1] y donde aprendió labores manuales y adquirió instrucción. La curiosidad del pueblo contrastaba con el traje modesto, pobre de la chica, y hasta con la vulgaridad de su persona, con la indiferencia constante en medio de la adulación y a las acogidas festivas. Olvidada de si misma no conservaba de sus éxtasis más que el inefable gozo en el alma. No se daba cuenta de su extraordinaria, excepcional condición y con su infantil candidez encontraba muy natural, que la Santísima Virgen se le hubiera aparecido y la hubiese elegido para ejecutante de su voluntad.

—Pero levantaos— decía a las personas que la rodeaban pidiendo su bendición. ¡Bien veis que no tengo la estola para bendeciros!

Le llevaban rosarios, medallas, imágenes para que las tocase con sus dedos. —Tocad-

---

(1) Hacia fines de 1859 el abad Peyramale alquiló para los Soubirous el molino Gras "moula del Tabacaire" no en muy buen estado. No era la abundancia pero la miseria parecía conjurada. El 13 de diciembre del mismo año, nacía allí Pedro, el hermano menor de Bernardita.

Mas tarde el 29-8-1867 el obispo compró a nombre de Francisco Soubirous el molino Lacrampe Lacadé, vecino al de Boly. Se lo llama casa paterna de Bernardita". Esta ya estaba en el convento: luego no la habitó nunca.

las vosotros mismos— decía como su émula de Domrémy — es igual.

Y dándose cuenta que una pobre mujer estaba cerca, buscando de besar su vestido, se dirigió a ella y le dijo: "¿Qué hace?" "¿Quién cree que sea yo? Yo soy como Vd. y no más que Vd. Todo lo que puedo hacer es rezar con Vd. y quizás sus plegarias serán oídas más pronto que las mías.

Los visitantes se extrañaban de esa sencillez que permanecía inalterable durante los numerosos coloquios a los que se veía obligada; admiraban esa modestia igual y constante en el curso de las declaraciones que duraron toda su vida; nunca ofuscada por el más mínimo indicio de orgullo que inconciente y naturalmente habría podido surgir. Su narración era breve y seca sin artificio ní animación, no discutía.

"Esto es lo que ví y lo que sé, decía. ¿Si no quereis creerme que puedo hacer?"

Se mostraba esquiva al hablar de si misma y cuando podía se substraía a las insistencias ajenas para correr a sus quehaceres o a sus juegos.

"La ví llorar de cansancio delante la puerta del locutorio —dice Sor Victorina— y nosotras le decíamos: "Valor, Valor, todo por la Santísima Virgen". Se secaba las lá-

grimas y sonriente entraba en la sala donde se la esperaba. Jamás, reflexionad bien en el valor de esta palabra, tratándose de una chica sin experiencia, jamás por iniciativa suya hablaba de sus apariciones, jamás contaba lo que había dicho a los otros en el locutorio y lo que le habían preguntado".

Y la influencia de tal humildad era tan grande y maravillosa que la mayor parte de los incrédulos, que llegaban por simple curiosidad, volvían conmovidos y creyentes. "Señor abad —declaraba un célebre jurisconsulto protestante al eclesiástico que lo acompañaba— me parece que toda la fuerza de la convinción está aquí: esta chica me llena de estupor y emoción; algo hay sin duda".

Bernardita testimoniaba la verdad demostrándose absolutamente desligada de todo interés material.

Ninguna suma de dinero, ni ninguna donación, por más preciosa que fuese conseguía tentar su miseria y juventud.

Buscaban todos los medios más delicados y descretos para socorrer tanta pobreza y muchas veces abrazándola dejaban caer en el bolsillo de la chica, monedas de oro; pero la niña en cuanto lo advertía se sonrojaba

como si la hubiesen injuriado y enseguida devolvía el dinero.

Las visitas al verse rehusados, pedían a su padre o madre aceptaran algo en recompensa del tiempo que les habían hecho perder; pero los Soubirous, heroicos con el ejemplo de Bernardita renunciaban categóricamente a cualquier obsequio, aunque a veces no tenían que comer.

"Un día —cuenta Juan María— dos hombres y dos señoras llegan a casa para ver e interrogar a Bernardita y me rogaron que los condujera a la gruta.

Yo los acompañé y llevaba un recipiente que me habían dado para llenarlo del agua milagrosa. Para recompensarme, me regalaron una moneda de dos francos. Muy contento y triunfante se la llevé a mi madre, pensando que bienvenida era esa moneda.

Bernardita de un golpe me arrancó la moneda y me ogligó a ir a devolverla inmediatamente. Como yo no quisiese, me dió un sonoro bofetón que bastó para decidirme.

Cuando estuve de vuelta me revisó los bolsillos para asegurarse que no la tenía escondida y severamente me prohibió aceptar en lo futuro nada, fuera de quién fuera.

Tal desinterés solo puede explicarse como extraordinaria delicadeza de esa alma que

consideraba una ofensa a la Virgen toda recompensa terrena.

La tristeza es la gran enemiga de la santidad. Bernardita era alegre, con una alegría divina, que es característica de las almas puras.

Tenía respuestas ya simples, ya sutiles, ya agudas a la francesa.

Para ponerla en apuros una persona le había dicho: "Ya que la Señora te ha prometido hacerte feliz en el otro mundo, puedes quedarte tranquila y no molestarte por nada". Y ella respondía: "oh! no se apure tanto, sí, seré feliz, pero atención: si me comporto bien, y camino derecho por mi camino". "¿No sabes?" le había dicho un día Estrade: "como tantas veces quise tomar tu defensa dicen que podría ir contigo, preso".

"Oh! que suerte! —responde ella— primero de todo mis padres ni tendrían que pensar en mi manutención y después tendría un buen maestro para enseñarme a leer y el catecismo como se hace en el hospicio".

—Pero como— ¿Vd. ha comido hierba en la gruta? se le preguntó otra vez.

—Solo los animales comen hierba cruda. Vd. se engaña —dice— ¿no comemos nosotros la ensalada? ¿No es cruda? Es cierto que le agregamos aceite y vinagre.

Ella como cualquiera otra, también gustaba hacer alguna broma inocente.

Un día durante la lección, una discípula estornuda, una compañera la imita, una tercera; en breve toda la clase estornuda. La maestra mira a todos lados fruncido el entrecejo y está por comenzar una arenga de pragmática, cuando Bernardita, cándidamente se levanta y dice: "Señora Maestra no se alarme por esto, no es nada. Me regalaron rapé porque estoy resfriada; he ofrecido un poco a mis compañeras las que no lo han aceptado, pero han querido igualmente estornudar como si lo hubiesen olido.

Señora Maestra... ellas no son culpables!

También tenía sus momentos de malhumor. Un día se obstinaba en tirar, las legumbres que le habían encargado pelar, en un canasto y no quería ponerlas en otro destinado a ello. Otra vez estuvo encaprichada, porque le habían negado el permiso para ir a visitar a sus padres.

Las religiosas notaron estos pequeños actos de terquedad ,debido más bien a su índol y carácter de montañesa; pero no encontraban en ella otro defecto que mereciera reprensión o vituperio.

La humilde Bernardita dirá más tarde "Siempre fuí una testaruda... y la Santí-

sima Virgen quiso por eso castigarme haciendo que le preguntara por tres veces su nombre".

No había nacido perfecta, pues, la amiga íntima de la Inmaculada, así que para serlo tuvo que luchar sin cesar, luchar contra los impulsos naturales de su temperamento.

Pero nosotros la amamos y la admiramos igualmente así, porque para dominar y vencer su fiera naturaleza, para reconocer y arrepentirse de sus actos de terquedad, ha debido dar pruebas, sin duda, de voluntad y energía no comunes. La amamos y la admiramos porque las religiosas observando su ignorancia y notando siempre su palabra y gestos, muy dificilmente podían descubrir sus esfuerzos internos y sus luchas íntimas.

Todo lo extraordinario de su vida consiste precisamente, en haber tenido tan poco de extraordinario.

Ninguna austeridad; ni oraciones prolongadas "Yo no sé meditar" decía. El ejercicio de la virtud cotidiana, el cumplimiento de sus deberes de estado, todo cumplido con el mayor amor ingenuo y confidente! he ahí lo que le bastaba. "Si el amor es el primer mandamiento —pensaba— por él hay que comenzar; si es el más grande, con él es necesario terminar; si comprende todas las le-

yes de Dios él es todo". Desde los días de las apariciones no fué más dueña de sí misma, continuamente cercada y asaltada con preguntas infinitas e insistentes; visitas contínuas y fastidiosas; coloquios interminables a los que debía someterse y durante los cuales le tribulaban aplausos desmedidos, mezclados con desconsideradas efusiones de entusiasmo. Todo esto era su tortura y su constante pesadilla. "No es agradable vivir con fiebre, pero la prefiero a todas las sesiones del locutorio" (1), le había dicho a una de sus compañeras que había ido a verla cuando estaba enferma, en la enfermería. Y Dios para preservar esta alma de la tentación y de las insidias de la vanidad que pudieran nacer de sus mismos grandes favores, le mandaba sufrimientos sin tregua.

Durante este período de su vida —dice Sor Victoria— ella pasó por toda clase de enfermedades y dolores; dolores de dientes, reumatismo, vómitos y espertos sanguinolentos, palpitaciones, opresiones contínuas y varias veces al año varias crisis de asma tan violentas que era necesario llevarla a la ventana: allá entre los espasmos y respiración fatigosa balbuceaba oh! abridme el pecho".

(1) P. Gros: Nuestra Señora de Lourdes.

Una vez estuvo a punto de morir a causa de una pulmonía.

Le administraron los Sacramentos y se esperaba que de un momento a otro exhalara el último suspiro, cuando de repente pidió agua de la gruta para beber.

No bien la hubo bebido, se sintió curada "He sentido como si me hubieran sacado una montaña de sobre mi pecho" decía ella.

Por un poco de tiempo gozó buena salud; pero después las cruces no tardaron para alimentar en esta alma el fuego del amor divino y para sumergirla en la más serena paz. Así se verificaba punto por punto el axioma del antiguo maestro de Colonia, axioma que expresa el ideal de los amigos de Dios: "El sufrimiento es el medio más rápido para llegar a la perfección.

Los años pasaban.

Bernardita siempre fué un libro abierto para todos en el que cualquiera podía leer.

Ninguna otra alma de niña fué tan estudiada y examinada, ninguna otra fué dotada nunca de tal candor y sencillez, teniendo el don de desconcertar hasta a los mismos psicólogos de profesión; ninguna otra tuvo ese grande y heroico desinterés por las cosas que comunmente suelen alterar las mentes jóvenes.

Un día después de largo y minucioso interrogatorio —así se expresaba el Obispo de Montpellier, Monseñor Thibaud—, "¿Qué hace entonces Monseñor Laurence en su palacio episcopal? ¿Por qué duda aun en creer en las apariciones de la gruta? Si continúa así le diré que venga aquí y haga lo que yo hice y después veremos si se volverá incrédulo todavía". Era en cambio, necesario todavía la señal manifiesta de Dios, eran necesario milagros esculpidos en carnes martirizadas, curas instantáneas efectivamente constatadas por médicos aun los no creyentes, antes que Monseñor Laurence se decidiera a nombrar una comisión encargada de aceptar la autenticidad y la naturaleza de los hechos que se habían producido en Massabielle. El decía en el artículo 5º. de su ordenanza: Nos, recomendamos vivamente a la comisión, quiera llevar en su seno hombres de ciencia versados en medicina Física, Química, Geología, etc., etc. a fin de que asistan a sus discusiones sobre los diversos hechos, que según su competencia serán llamados a juzgar. Se podrá así, saber su opinión. La comisión no debe descuidar nada para hacer completa luz y llegar a la verdad, **cualquiera sea ésta.**

La comisión procedió con lentitud y su la-

bor duró cuatro años. Exploró la gruta, analizó el agua de la surgente, estudió treinta casos de curación, reservó dieciseis que presentaban caracter sobrenatural e interrogó sobre todo a Bernardita y varios centenares de testigos. ¿Había sido sugestionada la chica? Puesto que "la psicoterapia es monopolio de raros iniciados" (1) no se puede volverse de golpe sugestionadores. ¿Quién podría ser el sugestionador de Bernardita? ¿Su nodriza? Una mujer de campo sin instrucción ni talento? ¿Sus padres, las religiosas del hospicio, el cura, los vicarios? ¡Pero si estos se habían demostrados excépticos desde el principio!

Si Bernardita no fué sugestionada por otro, ¿no podía estar autosugestionada o sea alucinada? Los alucinados son por lo general de una excitabilidad extrema y nervosismo: y bien, nuestra chica era tan calma que en vano había tentado su arte un célebre magnetizador, para hipnotizarla.

Su pulso, declaraba el Dr. Duzous era tranquilo y regular, su respiración fácil; no había nada de anormal que dejara transparentar una sobreexcitación de nervios que pudiese alterar de alguna manera las fun-

(1) Dr. Guinier.

ciones del organismo. Después de las oraciones y los éxtasis se volvía tranquila a sus quehaceres sin demostrar signos de cansancio".

El alucinado por ninguna cosa se asombra y asusta excepto el caso en que está afectada de la manía de persecución. No siente amor, alegría o dolor: egoista, triste, desconfiado, inclinado casi siempre a los peores vicios.

Bernardita tuvo miedo en la primera de las apariciones, pero enseguida se llenó de especial entusiasmo, feliz cuando sentía los dulces llamados de la Señora, feliz en cada uno de sus éxtasis. Humilde, alegre, afectuosa y pura.

El alucinado no tiene estupor.

La hija de los Soubirous habíase sentido dudosa el 11 de febrero: había buscado un vado, había tirado piedras en el canal de Savy para poderlo atravesar sin mojarse los pies; había sentido escalofríos al sacarse la primera media y pensar que el agua fría hubiera podido despertar su asma. Había desconfiado de su oído cuando se agitaba el rosal mientras la calma más profunda reinaba a su alrededor; había dudado de sus ojos y los había frotado muchas veces, los

cerró y reabrió, miró bien por temor de estar engañada.

También había dudado más tarde cuando llevó consigo agua bendita para tirar a la visión.

Entonces para tener dudas debe razonar y si razona no es un alucinado.

El alucinado no da nunca datos precisos, sobre lo que ve o cree ver y las imágenes que contempla tienen siempre la misma forma y apariencia.

Nada de ésto en las visiones de Bernardita. El primer día había observado en detalle el vestido de la Señora, con un interés propio de una mente sana. En cada uno de sus éxtasis veía a la aparición sonreir, llorar, adelantarse, retroceder, una vez la vió bajar por la ojiva. Entonces quiere decir que la aparición se movía como persona de carne y hueso, y la Señora le hablaba ¡y todas las veces con palabras nuevas! ¡Qué diferencia con la alucinación en las que el sujeto no sabe más que repetir algunas palabras y siempre las mismas!

El alucinado tiene secretas sus impresiones y si a veces las revela todo o en parte se arrepiente enseguida.

Bernardita contaba todo lo que había visto y oído todas las veces que se le pedía.

El alucinado a pesar de su cautela al confesar se deja arrastrar al fin a revelar cualquier secreto.

La primogénita de los Soubirous al contrario había recibido tres secretos que no debía revelar a nadie. Y estos secretos nunca ninguno los conoció, aunque se le hicieron las más artificiosas y astutas preguntas.

El alucinado no es capaz de inventar. Sus imágenes no son más que una repercusión o recuerdo de las sensaciones experimentadas. Ahora, Bernardita había creado el tipo de su visión, un tipo especialísimo, nuevo desconocido tanto en Bartrés como en Lourdes o en cualquier parte, un tipo de visión a cuyo solo recuerdo bastaba para imprimir en todos sus movimientos una gracia particular y gentileza.

"No olvidaré nunca esa cara y esos gestos, —escribía Fabisch el célebre artísta—.

He podido admirar en Italia y en otros países, la obra maestra de los grandes artístas que prodigaron sus genios en la pintura y en la escultura, para representar al vivo los destellos del amor divino y del éxtasis; pero en ninguno de ellos he encontrado tanta belleza y suavidad de expresión.

Todas las veces que pedí a Bernardita que se pusiera en esa pose siempre su semblante

cambiaba, se iluminaba, se transfiguraba del mismo modo".

La pastorcita había predicho y precisado el número de las apariciones, al contrario del alucinado que tiene la presunción de ver siempre. Había profetizado la multitud de gentes que iría a la gruta y el gentío fué y va siempre; había pronunciado esta frase desconcertante: "Yo soy la Inmaculada Concepción" y alteraba las palabras, tal era su ignorancia sobre el nombre y la cosa. Había hecho brotar agua surgente en un terreno seco y árido y a ella ya acudían los enfermos para beber la salud.

Es preciso rendirse a la evidencia de los hechos. El 18 de Enero de 1862, el Obispo de Tarbes enviaba una circular en la que entre otras cosas decía:

"Artículo 1o. — Nosotros juzgamos que la Virgen María, Madre de Dios se le apareció realmente a Bernardita Soubirous el 11 de febrero de 1858 y los días siguientes, dieciocho veces en la gruta de Massabielle vecina de Lourdes; que esta aparición reviste todos los caracteres de la realidad y por eso los fieles están autorizados a creer.

Artículo 3o. — Para cumplir la voluntad de la Santísima Virgen varias veces expresada en el curso de las apariciones, nosotros

decretamos constituir un santuario sobre el terreno de la gruta, el que es ahora propiedad del Obispo de Tarbes".

Hacia la mitad de octubre, sesenta operarios entre los que se contaba el padre de Bernardita dieron comienzo a los primeros trabajos. No fué puesta piedra fundamental ni hubo ceremonia de inauguración. La Santísima Virgen había bendecido con su presencia, ya, las rocas que servían de cimientos. Mientras surgían las murallas que servirían de base a la cripta y la basílica el artísta Fabisch, profesor de escultura en la escuela de Bellas Artes de Lion, tallaba en mármol de Carrara la estatua destinada al nicho. Había pedido a Bernardita los detalles de la Santísima Virgen en el momento que decía su nombre; y díjole a la chica: quisiera que al mirar la estatua me digas "Es Ella". El célebre escultor puso toda su alma de artísta y cristiano en su obra y cuando ya terminada la presentó a Bernardita la que dijo: "Es muy linda... pero no es Ella. No se podrá nunca representar como era... La chica ignorante había contemplado lo que jamás el genio humano podrá concebir.

En la tarde del 4 de abril de 1864 más de veinticinco mil peregrinos habían venido en procesión a la gruta para asistir a la bendi-

ción de la estatua. Cuando el Obispo de Tarbes se adelantó hacia el nicho, con los ornamentos episcopales, se hizo un profundo silencio en la multitud: Se oía solo el murmullo del Gave y el susurro de la hierba y las flores acariciadas por el hábito primaveral. Cae el velo, y la blanca Virgen aparece con su dulce sonrisa. El entusiasmo fué inmenso y el venerable prelado tres veces inciensó la que desde entonces se llamaría Nuestra Señora de Lourdes.

Nos parece —dice el orador oficial— que María Santísima esté aquí aun, nos parece verla como Bernardita la veía. Frente a esta imagen de mármol sin mancha, esculpida, obra del genio de artísta verdaderamente cristiano, los pueblos vendrán conmovidos a postrarse confiados en ser oídos, porque hace revivir las apariciones cuyo testigo es Bernardita. Al mirar esta imagen se acrecienta nuestra piedad y nos sentimos impulsados a evocar e invocar a Nuestra Señora de Lourdes.

Mientras el triunfo de la Inmaculada, llegaba al apogeo con jubilo universal, Bernardita con un ataque de asma yacía en cama en la enfermería.

El divino Artísta para modelar esta alma

a semejanza de la de su celestial Amiga la trabajaba con la renuncia y el dolor.

Con una carta pastoral fechada el 9 de mayo de 1866 Monseñor Laurence anunciaba finalmente la inauguración de la cripta: "Nos creímos deber dar al edificio que se eleva sobre la roca de la gruta, las proporciones y caracteres más adaptados para evocar en los futuros siglos el gran advenimiento que en 1858 se produjo en la gruta de Massabielle. Hace tres años que se trabaja: se vencieron enormes dificultades. Desigualdad del terreno, las grandes masas de roca que hubo que romper y sacar, la escavación del terreno a grande profundidad para dar al muro sólido fundamento, requirieron tiempo y dinero. La cripta con sus cinco altares, está terminada; puede abrirse al ejercicio del culto y Nos, tenemos la satisfacción de anunciaros que Nos la inauguraremos el lunes 21 de mayo corriente".

No pudiendo la cripta contener sino poco más de doscientas personas, el obispo decidió celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, junto a la estatua, Dios, permitió a la vidente, esta vez asistir a la fiesta.

"Cuando salió del hospicio —dice su amiga Juana Védére— Bernardita vestía ya su hábito de hija de María. Estaba bella como

un ángel. Un gran gentío llenaba la calle, la puerta del hospicio".

Cuando apareció todos exclamaron: "Oh! la linda Santa!".

La humilde niña trataba de esconderse detrás de sus compañeras.

A la noche toda la ciudad estaba empavesada e iluminada por llamas multicolores; parecía un inmenso templo iluminado en honor de Nuestra Señora.

Bernardita había cumplido su misión, había obtenido para su Señora una iglesia y procesiones; había satisfecho completamente el deseo de su celeste Amiga y ahora no deseaba más, no pedía otra cosa ¿Qué debía hacer? ¿Tranquilamente regocijarse por las maravillas cumplidas en su país natal?

"Cuando se quiere conocer el valor de un alma es preciso pulsarla; si no da el sonido del sacrificio, es un alma vulgar. (1).

Ahora la vidente quería desaparecer del mundo, para consumirse y desvanecerse como el incienso que emana su perfume quemándose y destruyéndose.

"Enseguida de las apariciones —asegura su madrina— Bernardita concibió la idea de

(1) Lacordaire.

entrar en religión. Hubiera querido hacerse carmelita pero le hicieron comprender que su salud no se lo permitiría". (1) Entonces deseaba entrar en la orden de las trapenses. "Me agradaría tanto! —decía—. Si tuviera un poco de salud. Allá siquiera estaría tranquila y ninguno vendría a importunarme. Pero me dicen que no podré seguir la regla. (2) La atraía también la orden de San Vicente de Paul; qué feliz era cuando podía dispensar sus cuidados a los enfermos del hospicio!". Pero, ay! sus fuerzas la traicionaban.

En 1863 el Obispo de Nevers de quien dependía la congregación de las religiosas de Lourdes en una visita al hospicio, preguntó por Bernardita y la encontró pelando legumbres.

"Hija mía —le dijo el prelado— Vd. recibió de la Santísima Virgen gracias insignes. ¿Qué le parece deber hacer para retribuir tan grandes favores? Está Vd. aquí provisoriamente y las buenas hermanas no pueden tenerla más que por un tiempo limitado".

¿Y si me tomaran como sirvienta?

—No pueden porque las sirvientas de la

(1) P. Cros: Nuestra Señora de Lourdes.
(2) P. Cros: Nuestra Señora de Lourdes.

orden están ligadas por votos, y Vd. no lo está. Abridme vuestro corazón. ¿No habeis pensado nunca entrar en la Congregación de las Hermanas que ahora la hospedan?

—Monseñor— soy pobre y muy ignorante.

—Sí, sin duda; pero frente a una verdadera vocación nos sabríamos hacer excepción a la ley.

La exhortó a reflexionar bien y a orar y un año después Bernardita manifestaba a la superiora del hospicio su deseo de ser hermana de Nevers.

Los ataques de su dolencia retardaron varias veces su partida para el noviciado. Pero durante este tiempo, siguió la vida en común, prodigando sus afectuosos cuidados a los enfermos del hospicio, como si ya fuera religiosa.

Un día la Superiora obligada a guardar cama por una dislocación de un pie, la hizo llamar y le dijo: "Yo no tengo tiempo, hija mía de quedarme aquí postrada cuarenta días: vé, dile a la Santísima Virgen que me cure". La vidente obedeció y al día siguiente con gran sorpresa del médico, la Superiora estaba en pie. (1)

El 28 de abril de 1866 Bernardita escribía

(1) Indagación.

a una hermana que había conocido en el hospicio: "Le agradezco las plegarias que tiene la bondad de elevar al Señor por mí, creo que fueron oídas porque estoy más que nunca apurada y decidida a abandonar el mundo. Cuento con partir dentro de poco. Oh! querida Madre! como anhelo el día que me será dado entrar en el noviciado. Ciertamente eso debe ser como un paraíso en la tierra. Le ruego, pues, querida Madre redoble sus preces con esta intención".

Algunos días después mandaba al padre de Leontina, una de sus compañeras la carta siguiente: "No le extrañe esta carta mía. Conociendo el vivo deseo que de tan largo tiempo tiene de entrar en el convento, me permito rogarle le otorgue su consentimiento para hacerla feliz. Comprendo muy bien que es gran sacrificio para una madre y un padre, tener que separarse de una hija tan amada; pero sed generosos con Dios grande y bueno, El que jamás se deja ganar en generosidad! El os la pide y sed liberales con El, El lo será en recompensa con vosotros os pagará bien el pequeño sacrificio hecho por El. Vendrá un día, en que se encontrará Vd. bien contento de haber dado su hija, la cual no puede estar mejor encomendada que en manos del Señor, Vd. haría los ma-

yores sacrificios por confiarla a un hombre tal vez desconocido de Vd. y que podría hacerla infeliz, ¿y la niega al Rey del cielo y de la tierra? Oh! no señor! yo conozco cuan píos y nobles son sus sentimientos ¡Cómo debe agradecer a Dios el inmenso favor que quiere conceder a Vd. y su familia la cual lo reconoce! Ruégole se decida lo más pronto posible a darle su consentimiento, porque debemos partir pronto. Haremos juntas el viaje y se hará más agradable; y juntas en Nevers nos habituaremos mejor a la nueva vida".

El padre no osó a oponerse más a la vocación de Leontina y la partida de las dos amigas hacia la Casa Madre de Nevers se fijó para el 4 de julio siguiente.

La vigilia de ese día Bernardita fué a la gruta acompañada de algunas religiosas y al ver la ojiva bendita, su cielo en la tierra rompió a llorar y exclamó: "Oh! Madre! Madre mía, ¿cómo podré tener la fuerza de dejaros?"

Se acercó a la roca y sus labios ardientes imprimieron un beso sin fin. "¡Permitidme —dijo a las hermanas— es por última vez!... Acordadme un momento" Se levantó al fin, sollozando y heroica se secó las lágrimas. Volvió aún una larga y tierna mirada a la

estatua y después con rápidos pasos, retorna al hospicio.

Al día siguiente, al alba fué a saludar y abrazar a sus padres. Los adiós fueron conmovedores, desgarrantes.

Un coche paró frente al molino, y Bernardita y Leontina salieron acompañadas de dos hermanas. Ella tenía veintidós años. Decía adiós para siempre a su padre y a su madre, a sus hermanos y hermanas, y a su divino pasado.

CAPITULO III

En Nevers

Tres días después, hacia las diez de la noche, Bernardita llamaba a la puerta de la Casa Madre de Saint-Gildard. Este acaecimiento para las reclusas, la llegada de esta postulante, era de los favores más grandes que un corazón cristiano puede esperar sobre la tierra!

Finalmente fueron oído nuestros votos —se lee en los anales del Noviciado— Bernardita está con nosotros. ¡Cómo desearon nuestros corazones, dirigidos hacia María, poseer esta gran privilegiada de la gruta de Lourdes! Ella es tal cual la describía la fama: humilde en su triunfo sobrenatural, sencilla y modesta en medio de todas las mani-

festaciones para exaltarla; sonriente y feliz, aunque la enfermedad destruya poco a poco su cuerpo frágil y delicado. Este es el sello de la santidad: siempre el sufrimiento junto a las alegrías celestiales".

La superiora general, Madre Josefina Imbert era todo una mujer, una mujer que con cabeza de hombre conservaba su corazón femenino. (1)

Enseguida comprendió que su primer deber era substraer a la nueva postulante de la curiosidad de las novicias y de las religiosas. La recibió un poco friamente.

—¿Vd. es la postulante enviada de Lourdes?

—Sí, Madre Superiora.

—¿Su nombre?

—Bernardita Soubirous.

—¿Qué sabe hacer?

—Oh! bien poco, Madre mía!

—Y entonces ¿qué quiere que hagamos con Vd?

La amiga íntima de la Inmaculada permaneció muda.

—¿Quién la recomendó a nuestra Congregación?

—Monseñor Obispo de Nevers.

---

(1) Monseñor Forcade.

Oh! el santo varón me hace siempre alguna de las suyas!

Y sin añadir nada más, dió la cena a Bernardita y le designó su trabajo para el día siguiente: lavar los platos de la comunidad. La Superiora creía someterla a dura prueba; pero se engañaba. Bernardita impertérrita y tranquila tomaba su humilde trabajo sin sospechar siquiera la intención de la Superiora. Vivía en la realidad de su sueño; ¿qué felicidad mayor podía desear aún?

Bien pronto, le pidieron que narrara frente a la comunidad, sus apariciones y luego le fué absolutamente vedado de hablar de ello. La prueba no era precisamente para Bernardita, la que voluntariamente evitaba toda investigación para ser facilmente olvidada; pero más bien para las postulantes, las novicias y las religiosas que de continuo encontraban a la privilegiada y le preguntaban.

Conociendo la naturaleza femenina podemos afirmar sin temor de equivocarnos que las postulantes, las novicias y las religiosas, estaban sujetas así a un constante heroismo.

Algunos días después de su ingreso a la

Casa de Nevers escribía así a las religiosas de Lourdes:

"Permitidme ante todo, deciros como hemos realizado nuestro viaje. Llegamos a Bordeaux el miércoles a la noche a la seis y nos quedamos hasta el viernes a la una.

Hemos aprovechado para pasear por la ciudad, y hasta en coche! todo ese tiempo. Nos hicieron visitar todas las casas religiosas. Tengo el honor de deciros que sobre todo la Institución Imperial, (1) no es la de Lourdes. Tiene más bien la apariencia de un gran palacio que de una casa religiosa. Hemos visitado también la iglesia de los carmelitas y después fuimos a la Garonne a ver los bateles.

Después al jardín Botánico y vimos algo nuevo: ¿adivinais qué? muchos pececillos rojos, negros, blancos, grises los cuales nadaban tranquilamente —esto sobre todo me agradó— frente a tantos chicos alegres y turbulentos.

El viernes pasamos la noche en Périgueux y al día siguiente volvimos a reanudar el viaje para llegar a Nevers a las diez y media de la noche más o menos.

También quiero deciros que tanto Leon-

(1) Institución nacional de sordo-mudos.

tina como yo hemos derramado tantas y tantas lágrimas el domingo.

Las hermanas para darnos aliento nos decían que eso era signo de verdadera vocación. Mucho más penoso sería para nosotros dejar ahora el noviciado; nosotros sentimos verdaderamente que ésta es la casa de Dios y la habitamos muy gustosas.

Nuestra querida Madre nos aconseja largamente y cada una de sus palabras va derechito al corazón. Yo continuamente agradezco al Señor con mis pobres plegarias todas las inmensas gracias con que sin cesar El me colma".

Se tuvo en cuenta los años que Bernardita había pasado en el hospicio de Lourdes y el 29 de julio, en una gran ceremonia, presidida por el Obispo de Nevers ella tenía la inefable dicha de vestir el hábito de la Orden tomando el nombre de María Bernarda.

"Estuve muy contenta de haber tomado el santo hábito con Sor María Bernarda —escribía una novicia— yo estaba impresionada de su modo de comportarse durante los ejercicios espirituales de preparación. ¡Qué recogimiento! Se comprendía fácilmente que ella estaba integramente absorta en Dios; nada podía distraerla y al mirarla

me sentía conmovida de una manera especial y me parecía volverme mejor".

"No estuve más que tres meses en el noviciado después de la llegada de Bernardita —escribía otra novicia— No la he oído nunca decir una sola palabra o hacer una sola acción que no fuera ejemplar. Yo la quiero, le ruego y la considero como una santa".

Con todo esto es necesario llegar a la conclusión de que ella se hubiese distinguido por un exceso de celo y de piedad?

No, nada de eso.

Después de haber recibido la grande Seráfica de Avila, a una hermana de San Francisco Borja decía: "Agradezco al Señor de haberme hecho conocer una santa así! Cada uno de nosotros puede imitarla.

Ella hace lo mismo que las otras y sin embargo es una santa; su espíritu es el del Salvador; humilde, sencilla y sincera. Las novicias de Saint Gildard decían la misma cosa de su hermana "Siempre se ha conducido de una manera ejemplar y edificante y en el cumplimiento de sus deberes de piedad nunca ha demostrado sobrepasar a las demás en celo y fervor".

Ella se mantuvo la que siempre había sido, franca, leal, sencilla e ingenua.

No era una de esas santas "encapuchadas

que en todas las cosas quieren poner una perfecta contemplación". (1)

Lo sobrenatural dominaba desde lo alto su naturaleza pero no la sofocaba. En su deliciosa conversación muy frecuentemente deslizaba palabras de alegría pura que afluían a sus labios entremezclados con palabras divinas, y parece que son las primeras las que verdaderamente enternecen, porque ellas nos muestran toda su alegre inocencia.

"¿Se puede saltar a la cuerda en el noviciado?" esta pregunta habíala hecho pocos días después de su arrivo a él.

—No, pero nuestros recreos son muy alegres.

—Si, es que me gusta mucho dar vueltas a la cuerda para hacer que las otras salten.

Un día durante el recreo se pone en medio a otras dos novicias que eran mucho más altas que ella y exclamó: "Veis lo que soy yo" No puedo ciertamente vanagloriarme de ser algo con esta estatura mía tan poca".

Al pensar que en Lourdes se vendía su retrato por diez céntimos (dos centavos), reía con su larga risa de paisana y decía: "Es muy justo; eso es lo que valgo". Dos días

---

(1) Santa Teresa.

después de haber llegado a Nevers —escribe una religiosa— yo estaba expresando a la Superiora que me había conducido, mi sentimiento por no haber tenido la ocasión de conocer a Bernardita. En ese momento al lado de la Venerable Madre estaba, como yo, una hermana joven. La Venerable Madre señalándola me dice "¿Bernardita? Hela aquí". Yo me había formado probablemente un concepto complicado, muy diferente de la cara de la vidente, desde el momento que impensadamente, casi sin darme cuenta y también con toda descortesía se me escapó un "¿Esto es todo?" Y la humilde novicia con gesto espontáneo y elegante me extiende su menuda manito y muy sonriente me responde: "Pues sí, señorita no hay más que esto".

Y sin embargo, para cuan grandes y sublimes cosas estaba destinada la que llamó "nada más que esto".

Buen número de personas y hasta ciertos teólogos hubieran querido una Bernardita continuamente absorta en el éxtasis y en la plegaria; hubieran querido que cada una de sus palabras revistiese el carácter de sublimidad de las odas, que cada gesto hubiera tenido la magnificencia de los prodigios.

La sencillez es ley natural de todo ser vi-

viente aquí en la tierra y Bernardita que recibía sus inmensos bienes conservaba para con Dios y para la Santísima Virgen la misma sencillez y abandono con las que la florecilla recibe del sol, vida y calor.

"Mire, Hermana —decía un día señalándome una novicia que llevaba siempre los ojos bajos— si no tuviese alguien que la acompañara contínuamente con toda facilidad tropezaría con cualquier peligro ¿Porqué tener los ojos cerrados cuando es necesario tenerlos bien abiertos?".

La santidad consiste en el amor, en el amor simple "San Francisco de Sales dice —Aman los que saben confundir la propia voluntad a la voluntad de Dios". Todo se comprendía en esta fórmula tan sencilla. Y Bernardita que había dado todo su corazón a Dios y a su Santísima Madre, trataba de seguir muy de cerca las huellas, aunque fuera por un camino regado con sangre. En su celda no había que buscar ni cilicios, ni cinturas de hierro; no hace falta estas cosas para amar. Su cilicio era el deber.

Su salud parecía restablecida durante los primeros meses, pero después poco a poco su pecho de nuevo se desgarraba con nuevas crisis de asma, con espectoraciones sanguinolentas.

Ningún grito en el dolor, ninguna queja: solo de tanto en tanto exclamaba con dulzura "¡Jesús mío!":

—¡Ud. sufre mucho!— le decía la hermana enfermera.

—"Oh! no es nada! hay que sufrir!"

Con fecha de 25 de octubre de 1866 en los Anales de la Casa Madre se lee:

"Sor María Bernarda está en peligro de muerte y recibe los últimos Sacramentos. Nuestra Reverenda Madre General, deseando que esta privilegiada joven tomara parte en la Congregación, ha obtenido del Señor Obispo una licencia. Se convocó el consejo y Bernardita fué recibida por unanimidad. La ceremonia estuvo presidida por el Señor Obispo, acompañado por su reverendísimo Vicario. Sor María Bernarda pronunció sus votos con fervor angelical".

No he muerto. "Estoy mejor, decía algunos días después. El Señor no me ha querido; fuí hasta la puerta y El me dijo: Vete, es muy pronto". Hablando del velo y del crucifijo que las profesas reciben el día de sus votos, solía decir: "Los tengo a los dos, son míos, nadie me los puede sacar.

Yo también formo parte de la Congregación y no pueden echarme".

Y mientras la maestra de las novicias y

aún la misma Superiora estudiaban la forma de tratarla con frialdad e infligirle por la mínima causa, humillaciones, ella escribía a las religiosas de Lourdes: "Vosotras me hablabais con gran entusiasmo de esta Santa Casa, pero todo lo que me habeis dicho está muy por debajo de la realidad.

Estoy tentada también yo de decir con el Apóstol "que bien se está aquí: "No tengo pues necesidad de decirle cómo soy de feliz".

Apenas algo repuesta, cuando un nuevo dolor grande la hiere: la muerte de su madre. Al recibir la noticia cayó desvanecida. Cuando volvió en sí, sus primeras palabras fueron: "Acepto, Dios mío, el cáliz que me habeis presentado;" "bendito sea vuestro santo nombre".

Fué gran consuelo para ella, el saber que su querida mamá había dado su alma a Dios en el día 8 de diciembre, en el momento mismo en que por primera vez, se cantaban en la cripta las Vísperas de la Inmaculada Concepción.

Habían llegado a todas las profesas, las cartas de aprobación regularmente firmada, de los votos cumplidos. Solamente Bernardita no tenía la suya.

—Hermana María Bernarda— pregunta el Obispo de Nevers.

Monseñor — responde la Superiora General, no sabemos que hacer, no sirve para nada.

¿Entonces?

"Entonces si deseais, la emplearemos de favor, para ayudar a la Hermana enfermera; es todo lo que puede hacer".

La joven religiosa, del temperamento fiero, sintió gran dolor por la humillación en público y en el recreo se mostró alegre y serena como siempre.

Estaba aún más contenta y feliz; se podría dedicar con más ardor al nuevo trabajo.

Y fué una enfermera excepcional. "Experta, hábil, rápida, nada la arredraba, no podía ver sufrir y se ingeniaba de todos modos para aliviar los males de los otros.

Su delicadeza a veces era exquisita. Buscaba cómo tener alegre a sus enfermos con narraciones interesantes en cuyo fondo siempre estaba la nota pía, y los enfermos olvidaban por un momento, sus sufrimientos". "Siempre dulce y sonriente a pesar de la fatiga, sus cuidados eran asiduos y afectuosos como los de una madre".

"En medio del dolor, su presencia era la de un ángel y cuando había agotado el tesoro de su caridad y devoción, oraba por sus enfermos.

Una noche que se había desarrollado el fuego en la farmacia, la novicia encargada, presa de gran pavor, gritaba y no había medio de calmarla. Démosle agua de Lourdes —dijo Bernardita— arrodillémonos y roguemos con fervor". Algunos instantes después, la novicia había vuelto a su habitual calma.

En su bondad y delicadeza, sabía cuando era necesario, dar prueba de energía y firmeza.

Una novicia enferma, un día sin permiso se había levantado, para ir a Misa. A su regreso, Sor María Bernarda la observó que la regla se debe seguir en la enfermería como en cualquier otra parte.

—¿Qué debo hacer?— Vaya de nuevo a la cama. Otra novicia debía estar bien abrigada, en cama y se había puesto a leer el pequeño oficio de la Santa Virgen.

—Un fervor unido a desobediencia — dijo Sor María Bernarda, y sin más le quitó el libro.

Mientras Bernardita prodigaba sus cuidados a los enfermos, un médico de Salpetriére, el Dr. Voisin escribía en una revista: "Se ha basado el milagro de Lourdes sobre las declaraciones de una pobre alucinada que ahora está internada en el convento de las "Orsoline de Nevers".

El Dr. Damoiseau presidente de la sociedad de los médicos de Orne, cuando tuvo conocimiento del artículo, rogó al Dr. Robert St-Cyr, presidente de la sociedad de médicos de Niévre, que le diera informaciones del estado actual de las facultades mentales de la vidente y obtuvo la respuesta que sigue:

Nevers, 3 Septiembre 1872.

Querido Colega:

No se pudo dirigir más acertadamente para tener los informes que desea, sobre la joven de Lourdes, hoy Sor María Bernarda. En calidad de médico de la comunidad, tuve en asistencia a esta hermana joven, cuya salud inquietaba.

Está hoy muy mejorada, y de simple enferma la niña se volvió enfermera y cumple su oficio a la perfección.

Tiene veintisiete años, chica, sútil, de apariencia delicada. Con calma, dulzura y gran inteligencia cuida de sus enfermos sin olvidar ni omitir nada, de las instrucciones.

Goza así de una gran autoridad y de mi parte de la más completa fe.

Ya ve, querido colega, que está joven humana, está muy lejos de ser una alucinada y aun más: por su naturaleza calma, simple

y dulce es la menos predispuesta a ese género de enfermedad.

Dr. Robert Saint-Cyr.

"Presidente de la sociedad de médicos de Niévre".

Por consejo del mismo médico, dos años después en 1874, Sor María Bernarda fué encargada de la sacristía como suplente, pues el cargo de enfermera resultó para ella demasiado pesado.

¿Quién puede narrar los inflamados coloquios de esta alma pura con el Cristo de la Eucaristía? ¿Quién podrá describir el amoroso cuidado para adornar el altar?

En poco tiempo se había hecho muy hábil en las labores de aguja.

Se conservan en el convento sus bordados que son una maravilla en fineza y perfección.

Mientras disponía con atención la estatua del Niño Jesús en la cuna, se le oyó decir: "¡Oh que frío debiste tener, mi pobre pe-
" queño Jesús, en aquel establo de Belén
" y como debían ser de malos y sin corazón
" aquellos habitantes para negarles hospi-
" talidad!"

Algunas veces la encontraban, desvanecida, sobre el suelo de la Iglesia y cuando recobraba el sentido decía a las que la soco-

rrían "Oh! queridas hermanas, como os he escandalizado con mi poca energía".

Ocurría también a menudo que las visitas se dirigían a ella, no conociéndola y le decían: "Hermana, deseamos conocer a Bernardita, podríais hacerla venir un momento solamente".

Ella saludaba sonriente, entraba en el convento y luego no aparecía.

La verdadera humildad, la humildad del corazón consiste en considerarse como uno es por si mismo, como se sería sin la misericordia divina, y en alegrarse con esta consideración. Y volvamos, a este luminoso distintivo de la vida espiritual de Bernardita por la que más se parecía a su celeste amiga.

"¿Qué mérito puedo tener yo? —decía a menudo— "La Santa Virgen se sirvió de mi, como de una piedrita" o sino "Yo hice como los bueyes de Betharram que han descubierto una estatua".

Un día, una religiosa le mostró, en la enfermería la imagen de la gruta.

Bernardita la miró y luego de repente dice: "¿qué se hace con la escoba?

Oh! ¡se utiliza para barrer!

—¿Y después que se ha barrido?

—Se la coloca en su puesto.

—¿Y dónde es su puesto?

—En un rincón, detrás de la puerta.

—Bien — ese es mi caso. La Santa Virgen se ha servido de mi y después me pusieron en un rincón. Este es mi lugar y estoy muy feliz de quedarme en él.

El Obispo de Nevers la había hecho llamar muchas veces ante el Cardenal Donnet, el Nuncio Apostólico, otros varios Obispos y siempre pudo notar que se comportaba ante ellos, natural y sencillamente como ante cualquier mortal. (1)

Y advirtiendo —dice el mismo Obispo— que uno de los más altos prelados, había caido casi en éxtasis, temiendo que ella lo notara le dijo en tono brusco: "¿Qué esperais aun? Ya la han visto y basta; no la necesitamos más". Ella inmediatamente se fué sin proferir palabra, y sin demostrarse ofendida; al contrario sonriéndome. (2)

Una vez había ido a pasar un día, con otras compañeras, a la casa de campo del Pensionado N. D. de los Angeles, cerca de Nevers. Vienen a avisarles que algunos obispos la esperaban en el convento.

"Estos buenos obispos —dice a una compañera— cuánto mejor hubieran hecho que-

---

(1) Mons. Forcade: Notice sur Soeur Marie Bernarde.

(2) Mons. Forcade: Notice sur Soeur Marie Bernarde.

dándose en su diócesis, que venirme a llamar. Se estaba tan bien aquí!"

Una noche un sacerdote anciano, de cabeza cana, se presentó a la puerta de la Casa Madre para hablar con Bernardita. Vestía un hábito viejo, viejo sombrero el que llevaba, como también el paraguas. La hermana portera le hizo observar que estos permisos se acordaban solo a los obispos y entonces el nuevo visitante se vió obligado a darse a conocer: Era el ilustre Obispo de Orléans Monseñor Dupanloup. Llegó incrédulo y salió convencido.

Otra vez mientras las religiosas estaban reunidas en la sala del noviciado, un venerable prelado quiere recurrir a la inocente estratagema de hacer designar a cada hermana según la diócesis de origen de cada una, Bernardita comprendió al vuelo de que se trataba y estaba en la puerta por escabullirse, cuando una compañera la retiene susurrándole al oído: ¿Perderás los quince días de indulgencias que se obtiene besando el anillo pastoral?

"Jesús mío Misericordia"! Ya he ganado cien, contesta y desaparece.

En sus notas íntimas, había escrito, cuando entró al convento:

Madre mía amabilísima, Vos habeis que-

rido bajaros hasta la tierra para aparecceros a una pobre chica, como yo, y confiarle tantas cosas, aunque yo sea tan indigna. ¡Qué ejemplo de humildad habeis dado!

Vos Reina del cielo y de la tierra, habeis querido serviros de la más pobrecita del mundo. Oh María dad a la que osa llamarse vuestra hija, la preciosa virtud de la humildad. Haced, oh querida Madre que vuestra hija pueda imitaros en todo y que sea una hija de vuestro corazón y del de Vuestro querido Hijo.

Más tarde añadía: Que emoción tan fuerte cuando recuerdo las palabras "Soy yo, no temais". Cuando las compañeras, te desprecien y los superiores te inflijan humillaciones, agradece enseguida al Señor, como una gracia el soportar cualquier palabra ofensiva para hacer un paso hacia Vuestro Señor. El amor generoso hacia este buen Maestro, será el hacha que servirá para cortar y destruir el árbol del orgullo. Cuanto más se achica el hombre viejo y se acerca al fin, más se agranda el hombre nuevo: bajaré más y seré más grande frente a Jesús, mi esposo. Es justo que la buena esposa siga al esposo".

Una hermana le pedía que la recordara en sus oraciones "Muy gustosa —responde—

pero Ud. ruegue por mi, que soy una orgullosa".

Otra le decía: ¿No le parece excesiva la severidad de la Maestra de las novicias para con Ud.?

"Oh! no — contesta afectada en lo íntimo — la Maestra tiene mucha razón de tratarme así, yo tengo demasiado orgullo... Pero ahora aquí haré lo posible por corregirme".

Un día estuvo en el recreo más alegre y expresiva. Habiéndole preguntado una compañera, el por que contestó: Ha oído el sermón. No se comete pecado más que cuando se quiere... y yo nunca lo he querido.

Y seguía en su diario: Si me detengo, Dios mío, mis numerosas culpas y vuestra justicia, me siento compunjida e invadida por gran turbación.

Tened piedad, Dios mío, de mi gran miseria y debilidad. Vengan sufrimientos y penas: son el único medio para matar el yo. No hay virtud divina, si antes no es destruida la naturaleza: no existe otro camino, perder la naturaleza para salvar el alma.

Os prometo, Dios mío, daros prueba, si me socorreis con vuestra gracia, de mi amor por Vos, aceptando gustosa todas las aflicciones y las penas que os guste enviarme, ya

sea por mis superiores o mis compañeras y aun por medio del demonio.

Jesús mío, haced que os ame; amadme y luego crucificadme como os plazca.

Jesús mío, haced que comprenda todo el celo santo del amor celeste. Atraedme hacia Vos, aumentad mis aflicciones.

Se dice que un santo religioso murió consumido de amor divino. Como quisiera llegar a ese punto. Aceptaría así generosamente, por amor de Jesús y María, a total gloria de Dios.

Devolver ternuras y gentilezas por las ofensas recibidas, por amor de Nuestro Señor Dios, no por las personas.

No descuidaba nada que pudiera hacer su amor cada vez más vivo, no retrocedía ante sacrificio alguno, por eso tal amor daba tanta grandeza a la joven en cuyo corazón se nutría.

La dulzura cristiana es la sonrisa de la humildad.

"No os incomodeis tanto por mi — decía Bernardita a la hermana que velaba junto a su cama. Quizás necesitais más que yo los cuidados que me prodigais. Id a descansar, llamaré cuando necesite.

Que dichosa sois, por poder cuidar a los enfermos, le decía a una compañera que ha-

bía sido designada enfermera en un hospital. Yo también he deseado tanto ser enfermera! pero el buen Dios ha decidido otra cosa: hágase su voluntad!".

Leamos aun en sus notas:

Cuando se presente la ocasión, vertiré aceite y vino en las llagas, como Jesús, sin distinción de persona o preferencia; o como Jesús me dedicaré a los más pobres a los más desamparados.

Y también es en sus cartas, llenas de errores ortográficos y gramaticales, donde vemos su alma buena. En ellas hablaba solo por excepción de los males que la afligían todos los días. "Estoy mejor, toso menos desde que el tiempo se hizo más benigno".

Sigue escribiendo: "Después de guardar cama tres meses, estoy otra vez resucitada. Primero me tomó una crisis de asma y después una fuerte hemorragia del pecho que me obligaba a la inmovilidad completa.

Podreis imaginar que duro era para mi temperamento vivaz. Pero he ahí que mis fuerzas ya retornan".

Y en otra circunstancia: "Camino algo coja, pues dejo recién las muletas que usé durante tres meses. No pienses que haya sido nada grave; una ciática que me hizo sufrir y que ya pasó".

Por lo común a las otras noticias no añadía más que estas breves palabras: "Mi salud no empeoró".

Se apresuraba a dirigir las atenciones de los otros sobre sus sufrimientos, hacía consideraciones de otro orden que ella consideraba de importancia muy superior.

"Olvide mi cuerpo — escribía a la Superiora del Hospicio de Lourdes — rogad más bien, mucho por mi pobre alma".

Y en otra carta a una prima: "Pide, sobre todo, al Señor, que haga de mi una religiosa según su corazón; tendré siempre suficiente salud, pero nunca suficiente amor para Nuestro Señor".

¡Con qué afecto sobrenatural, trataba de consolar a los suyos en las desventuras familiares!

"Quiso Nuestro Señor, golpearnos en lo que teníamos de más querido en el mundo, nuestro bueno y amantísimo padre — escribía a su hermana — Lloro contigo.

Pero aunque muy doloridas, mantengámonos siempre sometidas y resignadas a la mano paterna que de un tiempo a esta parte nos hiere rudamente.

Llevemos y abracemos la cruz que Jesús nos presenta. Pidámosle a El y a la Santísi-

ma Virgen la fuerza y el valor a su ejemplo, sin perder el ánimo.

La pérdida de nuestro querido padre es gran dolor, es cierto; pero confórtenos el saber que tuvo la suerte de recibir antes de morir, los últimos Sacramentos.

Agradezcamos al Señor esta suprema gracia".

Dirigiéndose a su hermano Juan María: "Pidamos unos a otros, las gracias necesarias para santificarnos. Seamos generosos en los sacrificios a los que el buen Maestro nos someta y ofrezcamos esos sacrificios para el descanso del alma de nuestros queridos difuntos".

Y a su hermana afligida por una nueva prueba.

"No te preocupes, ni inquietes, ten más bien esa gran fe que fortalece al alma. Necesitarías oir palabras que consuelan y confortan. Más habremos sufrido en esta vida, mayor consuelo experimentaremos en la hora de la muerte, porque habremos sufrido unidas a Jesús por amor de Jesús y en expiación de nuestros pecados".

Escribía a su hermano: Referente a tus lágrimas te diré, que leyendo tu carta, he tenido también yo tu misma debilidad y que he debido también recurrir a mi pañuelo.

Ves pues, querido hermano, que yo comprendo muy bien cómo sufre tu buen corazón.

Y otra vez cuando Juan María hacía el servicio militar:

"No ignoras que a menudo mi pensamiento vuela a ti, estés cerca o lejos.

No existiendo nuestros padres, me parece mi deber velar por ustedes, ya que soy la mayor. Te confieso que estoy en estos momentos, preocupada por tu porvenir y el de Pedro. Ruego todos los días al Señor y a la Santísima Virgen para que los ilumine.

Antes que nada te recomiendo ser fiel a tus deberes de cristiano, con cuyo cumplimiento encontrarás siempre fuerza y valor en la adversidad. Se todo lo que un soldado debe muchas veces sufrir en silencio. Si todas las mañanas al levantarte recitaran esta breve plegaria: "Dios mío, hoy quiero hacer todo y sufrirlo todo por amor vuestro" cuantos méritos adquirirían para la eternidad. Un soldado que hiciese así, y cumpliera los deberes de buen cristiano, tendría el mismo mérito que un religioso". ¡Cuán insinuante era su piedad!

Del cuñado pretendía aún menos: esta breve oración: "Santísimo José, rogad por mí, por mi familia y protegedme".

Después añadía delicadamente: "Estoy segura que no rehusará satisfacer este pequeño deseo mío".

Cuanto afecto y amorosa solicitud guardaba para su hermano menor, su "Pedrito"

"Sé que Pedro va a hacer su primera comunión. Cuando haya recibido la suficiente instrucción para su posición y si no tuviera vocación para el sacerdocio, quisiera que aprendiera algún oficio para ganarse la vida honestamente.

Y le escribía así: "Si crees que realmente el Señor no te llama a la vida religiosa, te aconsejo insistentemente que aprendas un oficio . Si amas el trabajo tendrás siempre como vivir. Te aconsejo, mi querido hermano que reflexiones bien, delante al buen Dios.

Oh! por nada del mundo quisiera que te hicieras sacerdote para tener una posición!

Dirigiéndose a la hermana: "Me dijeron que José tiene la intención de poner a Pedrito al cargo de una especie de bodega. Dile de mi parte que me opongo formalmente.

No está bien y el buen Dios no estaría contento de ti. Soy la mayor y tengo el deber de velar por el porvenir de mi hermano. A la misma hermana le escribía también:

"Pido al Señor y a la Santísima Virgen

que te conserve la buena hija que yo tanto quiero. Preferiría mil veces, sin embargo, saber que ha muerto, antes que saber más tarde que no hubiera sido una buena cristiana. No os olvideis que el Señor un día os pedirá cuenta de esta buena alma. Agradece a José el regalo que me mandó. Recibí con gran placer la noticia que cumple con sus deberes de cristiano y es éste el mayor consuelo que pudo darme".

Un día enviaba a su hermana dos medallas, a su cuñado una estatuita de San José, a su hermano una imagen del Sagrado Corazón. Otra vez su regalo era mucho más mísero.

"Una de nuestras hermanas me regaló un huevo rojo pensando que le gustaría a mi sobrinita; por eso te lo envío con gran placer".

Se trataba de uno de esos huevos que ella también solía pintar en tiempo perdido.

"¡Qué lindos son!" le decía un día una bienhechora del convento — "oh! no vale la pena de hablar" — respondía — "se va al paraiso tanto rascando sobre huevos como haciendo cualquiera otra cosa".

Le disgustaba no recibir más amenudo noticias de los suyos tan queridos.

"¿Qué hace Pedro? ¡Qué perezoso es para escribirme! No sé que pensar de Juan María que no me escribe desde hace mucho tiempo"

Sus cartas, por su parte, se hacían menos frecuentes por espíritu de humildad.

"Me han dicho que mis cartas pasan de una mano a otra; si eso ocurre no escribiré más a nadie".

No solamente se interesaba por sus hermanos y hermanas, sino que testimoniaba su gratitud a todas las personas que, en Lourdes, se esforzaban por realizar los deseos de la Inmaculada.

A Monseñor Laurence que atendía caritativamente a su hermanito, le escribía: "Conservaré para toda la vida, ante Dios y la Santísima Virgen, el recuerdo de tan gran beneficio. Ruego todos los días a esta buena Madre que Ella satisfaga la deuda de reconocimiento que mi familia y yo, hemos contraído hacia Vuestra Eminencia.

Y en una carta a Monseñor Peyramale:

Bien se ve, que nuestro hospicio ocupa en vuestro corazón buen puesto, ya que os habeis hecho asiduo proveedor, habiéndolo abastecido hasta de leña.

No tenía necesidad de esta prueba para conocer vuestra gran caridad.

Yo misma fuí muchas veces objeto de vuestros cuidados, no es pues como para pensar que no hubierais hecho otro tanto hacia los queridos huerfanitos.

Supe con gran placer, que el trabajo de vuestra iglesia está ya adelantado. No olvido la oración que os prometí hacer todos los días, según vuestras intenciones. Permitidme que a mi vez, os pida un Ave María cuando vayais a mi querida gruta lo necesito grandemente".

Cuando tuvo noticia de la muerte de este gran escritor sobre la Virgen (1) escribió así al abad Pomian:

La muerte repentina de nuestro querido y venerable cura me afectó profundamente. Es imposible decir todo lo que sufrí. Pero si grande fué mi dolor grande fué también mi consuelo, cuando leí que ha tenido la fortuna de recibir los últimos Sacramentos, en pleno conocimiento asistido hasta el fin, por Vos reverendo Abad, su gran amigo del corazón, su fiel y celoso servidor.

El pensar solo que nosotros tenemos un protector más en el cielo, podrá confortarnos en este gran dolor".

¿Y qué decir, de su amor o mejor aún de su pasión por la querida gruta?

Por nada del mundo hubiera querido tomar parte en las grandes ceremonias que ya

---

(1) Murió el 8 de septiembre 1877.

se celebraban en la basílica ([1]) donde ella era recordada y exaltada en todas partes; en los bajorrelieves, en los grandes vitreaux, en los discursos.

Pero cuántas veces su pensamiento volaba a aquella ojiva donde la Virgen Inmaculada la había elevado hasta Ella, tuteándola, honrándola con aquellas confidencias que son reservadas para los íntimos, derramando junto a ella, lágrimas que solo se derraman junto a los íntimos, sonriendo con sonrisas inefables que solo se reservan para los íntimos, confiándole secretos que solo se confían a los íntimos con los que se puede contar! Cuántas veces hacía con el alma la devota peregrinación hasta la ojiva!

"Yo estoy allá amenudo y sin permiso — escribía a las religiosas de Lourdes— Me encontrareis junto a la roca que tanto amo!"

Monseñor De Ladoue iba a Lourdes para la coronación de la estatua ([2]).

"¿Quiere venir conmigo?" preguntó a la Hermana María Bernarda.

"Monseñor —responde ella— estaría muy contenta si pudiera asistir al triunfo de la

(1) Fué consagrada el 2 de julio 1876 con intervención de 35 prelados en presencia de más de 100 mil peregrinos.

(2) El 3 de julio de 1876 con intervención del Nuncio apostólico Mons. Gataldi, frente a la misma afluencia de pueblo.

Santísima Virgen; pero con la condición de no ser vista de nadie; de poder observar desde arriba como un pajarito. De otro modo yo no debo volver a Lourdes. Antes de partir hacia Nevers di a la gruta mi último adiós".

Algunos días después, el vice-capellán del convento le hacía la descripción de la solemnidad de Lourdes. Cuando hubo terminado, Sor María Bernarda, retiró de él su cándida mirada y exclamó:

"¿Qué hubiera hecho en medio de tanta gente? Yo estaba mucho mejor en mi enfermería!

El amor íntimo y profundo tiene todas las exigencias, y pretende todo; no se contenta con protestas, exige sacrificio. Y la Virgen Santísima con la exigencia y la autoridad de este amor le había dicho a Bernardita: "Yo te basto". Y Bernardita en el colmo de todas sus aspiraciones había respondido: "Vos sola oh! María, no yo".

Con San Francisco de Sales habría podido añadir: Preferiría ser un moscardino, según la voluntad de Dios, que un serafín según la mía".

"No más mi voluntad, Madre mía! —leemos en sus anotaciones— no mi voluntad, sino la vuestra que es la de Jesús. Oh! María, mi dulce Madre aquí tienes a vuestra hija

abatida. Vos conoceis mis necesidades, sobre todo las espirituales.

Tened piedad de mi, haced que yo un día esté con Vos en el cielo. Yo haré todo por el cielo; allí está mi patria. Allí encontraré mi buena Madre en todo el esplendor de su gloria y con ella gozaré de la felicidad de Jesús mismo con perfecta seguridad.

Y porque aspiraba solo al cielo, el monótono trabajo cotidiano era por ella cumplido alegremente, pacientemente, diligentemente; todo lo quería sufrir por María, y María haría lo demás.

Cuando yo estuviera golpeada por las criaturas, cuando estuviera expuesta a las tentaciones y a la desolación de mi alma yo iré a refugiarme en vuestro corazón Madre mia; y os rogaré, no me dejeis perecer y acordadme la gracia de soportar la prueba con fe y resignación; de sufrir con amor como Vos, al pie de la cruz, si así quiere Vuestro Hijo.

"Oh Madre Santísima de mi Jesús, que habeis asistido a la atroz agonía de vuestro queridísimo Hijo, querais asistir a la mía.

Oh Madre mía, en vuestro corazón yo vengo a depositar todas las penas de mi corazón para que Vos me deis fuerza y valor".

Integramente dada a Dios y absorta en El, no había en ellas más voluntad; su vida inte-

rior se simplificaba en este sentimiento de total abandono: ¡Oh! Madre mía, ofréceme a Jesús.

¡Oh! Madre tomad mi corazón y ponlo en el corazón de Jesús.

¡Oh! Madre mía, que mi corazón, sumergido en el vuestro, no tenga otra aspiración que agradar a mi Divino Maestro.

Que yo comience aquí abajo con mi alma unida a la vuestra, a glorificar al Señor con el homenaje de una sumisión perfecta.

¡Oh! María recibid mi corazón víctima expiatoria de mis pecados, hacedme abundar el dolor.

¡Oh! María venid en mi socorro, concededme la gracia de anularme a mí misma para no vivir más que de mi dulce Jesús y para mi Jesús.

Oh Madre mía! hágase vuestra voluntad durante toda mi vida, mis sufrimientos, en la hora de mi muerte! Hágase siempre vuestra voluntad, oh! Madre según vuestro Corazón.

Cuando Dios ve a un alma, elevarse a tal sublimidad de conceptos y aspiraciones la toma en sus manos y la plasma a imagen de Cristo sufriente, para que sea como Cristo, un salvador y una hostia. Lo uno y la otra fué Sor María Bernarda.

Roguemos, decía amenudo, roguemos por

los pecadores. La Santísima Virgen ha recomendado mucho rogar por ellos..

No hacemos bastante mortificaciones, mortifiquémonos más.

Deberíamos más bien llorar que alegrarnos —escribía a la Superiora del Hospicio de Lourdes— al ver a nuestra pobre Francia tan endurecida y ciega.

¡Cuántas ofensas al Señor! Roguemos mucho por estos pobres pecadores a fin de que se conviertan; son nuestros hermanos; pidamos a Dios y a la Virgen que cambien estos lobos, en corderos".

Por los grandes pecadores, murmuraba cuando le llevaban alguna medicina de sabor desagradable para ingerir.

—¿Y dónde está este pecador?

—¡Oh! la Santísima Virgen sabe donde se encuentra.

Se cree que Sor María Bernarda se prodigó íntegra por satisfacer los deseos de su celeste Amiga. En el cielo, nosotros podremos conocer el incalculable número de almas que sus plegarias y sus sacrificios arrancaron del abismo que el pecado las habría arrojado, para transportarlas al reino de la luz y del amor.

TERCERA PARTE

I

LA ASCENSION DE UN ALMA

II

HACIA LOS ALTARES

I

La ascensión de un alma

Y los años sucedían a los años, madurando esta alma para el cielo. El asma que nunca había cesado de torturarla, la asaltaba con más frecuentes ataques: un tumor enorme le rodeaba la rodilla derecha y la anquilosaba; ya una terrible necrosis le devoraba los huesos y la médula.

Oh! Cuánto sufro! cuánto sufro! — decía a veces —. Pero enseguida agregaba: "Dios mío, yo os ofrezco mis dolores... Dios mío yo os amo... Sí mi Dios, yo la quiero, yo quiero vuestra cruz".

Después a estos males físicos vinieron a unirse las penas del alma, el martirio del corazón.

"Oh! es muy doloroso no poder respirar —decía a una compañera suya— pero es mu-

cho más doloroso, estar torturada por penas interiores. Es terrible".

Pudo algunas veces dejar la cama. Así escribía en su diario:

"Sí, al ejemplo de Jesús y por el amor de Jesús, yo llevaré la cruz escondida en mi corazón con coraje y generosidad.

"Sí, sí, mi Jesús, sed Vos solo de ahora en adelante mi todo, mi vida.

"Yo os seguiré donde fueras.

Que locura retirar la mano cuando el Señor la pide para apretarla.

"De ahora en adelante, más crucificada esté, estaré más contenta.

"Dios mío, dadme os ruego el amor a la cruz".

"Durante las penas físicas o morales una esposa de Cristo no debe proferir más que estas palabras:

"Sí, Dios mío; **sí,** sin **pero**".

¿No había reunido, con su dulce y serena sumisión a la voluntad de Dios, aquel grado sumo de perfección al que ya habían alcanzado una Santa Teresa o un San Juan de la Cruz? Vibrante de amor, la víctima escribía así en sus notas:

"Oh! Jesús! Jesús. Yo no siento más mi cruz cuando pienso en la vuestra.

"Jesús mío, yo sufro y os amo.

"Yo sufro...! hacia Vos oh! mi Consuelo es hacia quien se elevan sin tregua mis gemidos: y en vuestro corazón adoradísimo yo vierto mis lágrimas, mis amarguras, junto a las vuestras, mis suspiros, mis angustias. Haced oh Jesús mío, que esta santa unión santifique mis penas y mis tormentos.

"Jesús mío, os ruego, dadme el pan de la paciencia para soportar las penas que mi corazón sufre. Oh! Jesús!

Vos me quereis crucificada, hágase vuestra voluntad!

"Dadme el pan de la fortaleza para sufrir bien, el pan para no ver más que Vos solo, en todo y siempre.

"Alégrate, alma mía, de tener un pequeño trago de semejanza con Jesús; quédate oculta en la impotencia.

"Mi Esposo divino me ha llamado a la vida humilde y escondida. Amenudo me dice que mi corazón habría cesado de latir cuando haya sacrificado todo a El y para infundirme fe y valor, me sugería amenudo que en punto de muerte no tendré ningún otro consuelo que Jesús, Jesús crucificado. El solo, amigo fidelísimo podré llevar conmigo a la tumba, entre los dedos rígidos. Oh! que locura si amara otra cosa fuera de El!".

Escribía así a una Hermana de Lourdes el 27 de junio de 1876.

"¿Qué puedo yo deciros de mi? Que estoy siempre en mi capilla blanca. Hace tres semanas que puedo ir el domingo a Misa, y a la vuelta me pongo enseguida en cama.

"Mis piernas ya no me sirven y estoy obligada a recurrir a la ayuda de nuestras Hermanas las que me llevan sentada en un sillón. Lo hacen con tanto interés y devoción que mi sacrificio me parece menos grande. Tengo siempre miedo que hagan demasiado fuerza y pueda resultarles mal, y cuando expreso mis temores, se rien y me dicen que podrían conducir a cuatro como yo".

A la Superiora del Pensionado de Cahors, que le había mandado de regalo un crucifijo le escribía así: "Hace mucho que yo deseaba un crucifijo grande, para colgarlo sobre mi cama ¿Cómo puedo agradeceros y demostraros mi agradecimiento por habérmelo enviado?

He pensado apretándolo contra el pecho y besándolo, que mi querida Madre Sor Sofía, estuvo bien inspírada al mandármelo. He conseguido el permiso de tenerlo y soy más feliz yo con mi Cristo sobre el lecho, que una reina sobre el trono".

Algunas novicias habían obtenido permiso

para visitarla en la enfermería. Señalándolo, colgado en la cortina de la cama; "cuanto más penosa me parece mi soledad y más agudo mi dolor yo lo miro, y mirándolo siento más vivo en mí el deseo y la fuerza de inmolarme".

En medio de sus dolores y su tortura pudo gozar de un día de suprema alegría; fué el día que pronunció sus votos perpetuos, el 22 de septiembre de 1878. "Me parecía de estar en el cielo" decía ella.

Día a día adelgazaba, su rostro lívido, cadavérico. Pudo escribir aún.

"Abandono completo: amor y fidelidad a Jesús hasta la muerte".

"Oh! cruz, eres el altar en el que quiero sacrificarme muriendo con Jesús.

"El Corazón de Jesús con todos sus tesoros es el único bien mío. En ella viviré y moriré en paz, en medio a mis sufrimientos".

Después, habiéndose despojado de cuanto le quedaba, como alguna imagen, conserva para si solamente el crucifijo:

"Solo, esto necesito, El me basta".

A partir del mes de diciembre, no pudo más levantarse estaba definitivamente clavada sobre su cruz.

En una de sus visitas, el capellán le habla-

ba de la gran felicidad que gozaría en el cielo con la contemplación de la belleza de Dios.

"Para haceros una idea —decía— no teneis más que recordar la belleza de María Inmaculada, que en los días de las apariciones os había llenado tanto de alegría".

"Oh! que confortante me es este pensamiento!"

"El Cielo! El Cielo! — gustaba repetir. Se dice que algunos santos no fueron derecho porque en su vida no lo desearon suficientemente. Oh! no será así para mí. Vayamos al Cielo. Trabajemos y suframos por el cielo; lo demás no vale nada".

Habían pasado los últimos días del invierno y ya el aire tibio anunciaba la primavera. Los álamos del convento, los queridos álamos que tanto le recordaban los alrededores de la gruta ya se cubrían de verde y entre sus ramas los pajaritos volvían a comenzar su canción interrumpida.

Bernardita esperaba la hora de la promesa.

El 28 de marzo a las dos de la tarde, ella recibía los últimos sacramentos y ese instante aún, quiere dar prueba de humildad; pidió perdón de sus faltas, de los malos ejemplos dados y sobre todo, lo que ella llamaba su orgullo.

La muerte no llega todavía; pero a medida que la fuerza del cuerpo disminuían su mirada iba tomando expresión límpida y radiosa.

En la noche del lunes al martes de Pascua se le oyó decir: "Afuera, afuera Satanás".

Al día siguiente confió al capellán, que durante la noche, el demonio había buscado la manera de asustarla, pero habiendo invocado el nombre de Jesús, todo había desaparecido.

El director espiritual la exhortaba a renovar el sacrificio de su vida: "Qué sacrificio —exclamó— Oh! no es un sacrificio, ciertamente, dejar esta pobre tierra donde tanto se sufre para servir a Dios!"

Una Hermana le dice: ¿Sufrís mucho verdad?

—Todo esto me sirve para ganarme el cielo.

—Yo rogaré a la Virgen Inmaculada para que os mande consuelo.

—No, no consuelo deseo, sino fuerza y paciencia.

El miércoles siguiente, 16 de abril, a la una, hizo llamar al capellán para purificarse todavía otra vez mediante el sacramento de

la Penitencia. Estaba sentada en un sillón sufriendo terriblemente, respirando apenas.

Después de haberse confesado, recuerda la bendición especial que Pío IX le había acordado para la hora de su muerte y creyendo que era necesario tener en la mano el papel escrito, pidió que se lo trajeran. Le contestaron que bastaba la intención unida a la invocación del santo nombre de Jesús, y enseguida ella pronunció el nombre del Salvador.

Faltándole la fuerza para tener el crucifijo, pidió que se lo colocaran sobre el pecho. Después, poniendo las manos en cruz, exclamó: ¡Jesús mío, cuánto Os amo!

Se recitaron las oraciones de los agonizantes y ella con voz débil, pero distinta repetía las palabras que le eran sugeridas una por una. De tanto en tanto sus ojos resplandecían cuando se fijaban en el crucifijo colgado en la pared. Elevó poco después los ojos al cielo y mientras su cuerpo experimentaba un temblor, tres veces exclamó "oh!".

Sus manos cayeron sobre las rodillas y sus ojos se bajaron mientras con voz clara "Oh!".

"Dios Mío, yo Os amo con todo el corazón, con toda el alma, con toda mi fuerza".

Tomó por si misma el crucifijo, se lo comprimió contra los labios, lo besó largamente, pidió otra vez perdón y con la voz como un hilo dijo "tengo sed".

Le traen para beber. Ella hizo una señal de la cruz, como la Inmaculada le había enseñado, bebe un sorbo.

Después de algunos instantes murmuró: "María Santísima, Madre de Dios, rogad por mí, pobre pecadora"...

Y la víctima de amor expiró con esta última plegaria en los labios, a su celestial Amiga.

Eran las tres y cuarto de la tarde del miércoles 16 de abril de 1879.

* * *

La noticia de su muerte se expandió rápida. Al día siguiente casi todos los habitantes de Nevers concurrían a la Capilla donde estaba expuesto el cadaver de Sor María Bernarda. Cuatro hermanas estuvieron encargadas, durante tres días, de hacer tocar su cuerpo con infinidad de objetos los más diversos, que la gente traía: medallas, imágenes, rosarios, crucifijos, instrumentos de trabajo, tijeras, dedales, etc., etc.

Así ya estaba exaltada y glorificada la humilde y dulce amiga de la Reina de los

Cielos. Los funerales se hicieron el sábado 19 de abril.

El Obispo de Nevers, Monseñor Lelong, interrumpió su visita pastoral para ir a presidirlos. Rodeaban al prelado ochenta sacerdotes entre los que el Padre Sempé Superior de los Padres de la Gruta y el Abad Pomian, el que había preparado a Bernardita para su primera Comunión. Después de Misa, Monseñor Lelong en una elocuente oración fúnebre, narraba la vida de la vidente.

Se cantaron las plegarias de "absolve" y el cuerpo fué depositado en la capilla de San José, en el centro del jardín de Saint Gidard. Sus miembros se conservaron flexibles, sus carnes coloradas, sus uñas rosadas.

Mientras los obreros cavaban la fosa, un niñito de cinco años, se tomó del ataúd y rogó de rodillas mucho tiempo.

Se levantó y dispuso sobre el féretro a manera de corona, un manojo de margaritas recogidas en el camino.

Que grato le habrá sido a Ella este ingenuo y pueril homenaje, a Ella que había amado todo lo pequeño.

Con celoso cuidado había puesto Dios los sellos sobre su vaso de elección y la muerte

debía romperlos para que saliera el suave aroma.

A la tumba de la que siempre había sido como una niña pía, como tantas o una cualquiera ferviente religiosa ya concurrían las gentes atraídas por la excepcional riqueza y "espantable seriedad" de la virtud. Ya era invocada. La que bajo humilde e ingenuo despojo, había estado animada de aquel amor profundo como la muerte, que es propio de los predestinados. Ya se producían prodigios maravillosos, tanto en el orden material como en el espiritual, para ratificar la veneración debida a Ella. Y los prodigios se siguen a los prodigios como todavía hoy. No solamente tumores, lupus, tisis, miocarditis, osteomielitis, le agradan a Ella curar pero sobre todo quiere sanar las más grandes miserias humanas, las llagas del alma, como aquí había hecho desde el día que la Inmaculada le había enseñado que el cristiano es una redención.

Pasaron veintinueve años. El 20 de agosto de 1908 el Obispo de Nevers, Monseñor Gauthey constituía un Tribunal eclesiástico encargado de recoger testimonios sobre la vida, virtud, santidad y milagros de Sor María Bernarda.

Se realizaron ciento treinta y tres sesio-

nes y en octubre del siguiente año el proceso fué enviado a la Sagrada Congregación de Ritos.

Cinco años después Su Santidad Pío X con su decreto del 13 de agosto de 1913 declaraba Venerable a Bernardita.

El 17 de septiembre de 1917, se constituía en Nevers el Tribunal eclesiástico para iniciar el proceso apostólico.

Las sesiones fueron doscientos tres y terminaron el 27 de diciembre de 1919.

El 19 de noviembre de 1923 Su Santidad Pío XI, declaraba a Bernardita "heroina de virtud, ejemplo magnífico de santidad" y formulaba votos para que pronto fuera elevada a aquella gloria y honor que la Iglesia reserva a sus santos.

Treinta años después de la inhumación de Sor María Bernarda, se procede a la primera exhumación de sus restos.

Cuando, fué el cajón fúnebre, abierto no se percibió ningún olor. La cara, manos y antebrazos solamente estaban descubiertos eran de un blanco opaco. La boca semiabierta dejaba ver los dientes; los ojos cerrados y ligeramente hundidos en las órbitas; las manos cruzadas sobre el pecho, estaban intactas con sus uñas.

Cuando la Superiora general y las Her-

manas habían sacado los paños y la tapa de madera, pudieron constatar con el Obispo, con los miembros del Tribunal eclesiástico para la causa, con dos médicos jurados, que el cuerpo estaba desecado, pero perfectamente entero y sin trazas de corrupción.

Una segunda exhumación tuvo lugar el 4 de abril de 1919 y una tercera la pidió la Sacra Congregación de Ritos, se hizo el 18 de abril de 1925. El cuerpo intacto, pero las carnes ennegrecidas. El cajón fué de nuevo cerrado, clavado, soldado y sellada con timbres episcopales y transportada a la capilla de Santa Elena, oratorio privado que está en el interior del Convento.

Finalmente el 14 de junio de 1925 delante una concurrencia inmensa Aquel que tiene facultad de hablar en nombre de Cristo, su augusto Vicario, Pío XI ratificaba frente al cielo y a la tierra, la palabra de beatificación que ya en 1858, la Virgen Inmaculada había hecho intender a su humilde y fiel amiga. (1)

Y el 8 de diciembre de 1933, el mismo Pontífice Pío XI la elevaba al honor de los Altares proclamándola "Santa".

El cuerpo de la Beata fué triunfalmente

(1) Para la Beatificación el Soberano Pontífice aceptaba estos dos milagros: 1º(La cura completa de una úlcera al estómago obtenida instantáneamente, sobre la tumba de Bernardita. Se trata de Sor María Melanie Mery de Moulins.

transportado a aquella misma Capilla de San José donde había sido depositado cuarenta y seis años ha, antes de los funerales. (2)

En un cajón cincelado, que parece de angenes, emana luz y pureza. Bernardita vestida con sus hábitos religiosos parece reposar en dulce sueño.

La cabeza y las manos inclinadas hacia la izquierda, están recubiertas de una capa finita de cera, único obstáculo entre nuestra mirada de estupefacta admiración y esos labios que han murmurado devotamente, tantas Ave María, y esos ojos que dieciocho veves y durante horas se habían llenado, en la tierra de las sonrisas y la belleza divina de la Inmaculada y que ahora la Inmaculada contempla por toda la eternidad en el cielo.

Humilde y dulce Bernardita de los Bartrés, de Lourdes, de Nevers!

Humilde y dulce Bernardita de la Francia!

Humilde y dulce Bernardita del mundo entero!

Humilde y dulce Bernardita del Cielo!

Ejemplo magnífico de Santidad!

A nosotros! oh! dadnos el poder seguir la trayectoria de vuestro luminoso camino!

---

(2) Cura total e instantánea del joven Enrique Boisselet de Nevers, afectado de tuberculosis aguda; peritonitis y bronquitis de origen basilar.

II

HACIA LOS ALTARES

Sobre la lápida de su sepulcro fueron esculpidas estas simples palabras:

DEUS CHARITAS EST

AQUÍ YACE

EN LA PAZ DEL SEÑOR
BERNARDITA SOUBIROUS
HONRADA EN LOURDES, EN 1858,
CON VARIAS APARICIONES DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN.
EN RELIGIÓN
SOR MARÍA BERNARDA
FALLECIDA EN NEVERS
EN LA CASA MADRE
DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD
EL 16 DE ABRIL DE 1879
EN EL 36º AÑO DE SU EDAD
Y EN EL 12º DE SU PROFESIÓN RELIGIOSA

Este es el lugar de mi reposo
Lo tendré porque yo lo elegí...
(Ps. CXXX V. 15)

Requiescat in pace!

Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos CAFORALETTI Hnos.,
Santa Fe 472 al 500, Buenos Aires, el día
30 de Noviembre de 1940

PIA SOCIEDA
HIJAS de SAN PAB

Santa Bernardita Soubirous